MITOS
PLATÓN



Prólogo de Carlos García Gual



MITOS

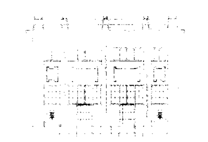
PLATÓN

MITOS

Prólogo de
Carlos García Gual

Selección y actividades
Félix García Moriyón

Traducciones de
C. García Gual, J. Calonge,
M. Martínez, E. Lledó,
C. E. Lan, M.ª I. Santa Cruz,
F.co Lisi, J. M. Pabón
y M. Fernández-Galiano



Ediciones Siruela

1.ª edición: septiembre de 1998
2.ª edición: agosto de 1999
3.ª edición: julio de 2001

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Colección a cargo de Félix García Moriyón
Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela
© Del prólogo, Carlos García Gual
© De la selección y actividades, Félix García Moriyón
© De la traducción de los *Diálogos*,
Editorial Gredos, 1981, 1983, 1986, 1988, 1992
© De la traducción de *Las leyes*,
Centro de Estudios Constitucionales, 1983
© Ediciones Siruela, S. A., 1998
Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»
28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02
Telefax: 91 355 22 01
siruela@siruela.com
www.siruela.com
Printed and made in Spain

ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—Thomas Jefferson

COPIA PRIVADA



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Facebook: Lectura sin Egoísmo
Twitter: @LectSinEgo
o en su defecto escríbanos a:
lecturasinegoismo@gmail.com
Referencia: 1850

ÍNDICE

Invitación a la lectura
Carlos García Gual 9
Nota sobre los mitos seleccionados 35

MITOS

Prometeo y Epimeteo 39
El juicio de Minos, Radamantis y Eaco 43
El andrógino 48
El nacimiento de Eros 54
El misterio del amor 56
El destino de las almas 60
El anillo de Giges 68
El caso fenicio 69
Alegoría de la caverna 70
Er, el armenio 74
El tronco alado 84
Las cigarras 100
El mito de Theuth 101
Los tres mitos de los ciclos 103
La Atlántida y la ciudad ideal 114

El demiurgo 120
La creación de los seres humanos 123
La Atlántida y el modelo
de ciudad ideal 129
Los ciclos de la humanidad 146
Crono 157

Actividades tras la lectura
Félix García Moriyón 159

Por si quieres seguir leyendo 189

INVITACIÓN A LA LECTURA

¿Qué es, en sentido propio, un mito?

La palabra «mito» se usa hoy en muchos sentidos. Es una de esas palabras de repentino éxito en el lenguaje de los medios de comunicación, que suelen usarla con connotaciones varias y vagas. Tal vez esa misma vaguedad de sentidos explique su difusión. Basta echar un vistazo a las noticias de prensa o a los anuncios publicitarios para encontrar el término en referencias muy diversas, calificando a un artista, una modelo, un lugar, una moto o un perfume, por ejemplo. A menudo alude simplemente a algo o alguien que parece en extremo fabuloso, seductor, impregnado de encanto, y acaso un tanto fantasmal y maravilloso, como de otro mundo y de dudosa realidad. Un «mito» es algo que impacta la imaginación popular, y deja un rastro fascinante en la memoria. Por eso, conviene que precisemos su sentido y apuntemos una definición de la palabra. Empecemos por un vistazo a su etimología.

«Mito» proviene del término griego *mythos*, un vocablo sin equivalente exacto en otras lenguas antiguas, y que luego los latinos tradujeron por la palabra latina *fabula*. El caso es que *mythos* significaba originariamente en griego (por ejemplo, en los

textos homéricos) «palabra, discurso, relato, narración, fábula, cuento» con un sentido amplio que se concretaba según su uso en un contexto determinado. Luego, a partir de la época de la sofística, es decir, en la Atenas ilustrada del siglo V a. C., *mythos* pasó a designar el relato tradicional, la narración figurada y dramática, opuesta al discurso razonado o al razonamiento, el *logos*.

Esa oposición de *mythos* y *logos* resulta muy característica del desarrollo de la cultura griega. Se tiende a oponer un método de razonamiento lógico, apoyado en el razonar preciso y estricto, con datos que remiten a la observación de lo real, propio de la filosofía y los saberes científicos y empíricos, a un «pensamiento mítico», que procede recurriendo a los mitos y que se muestra arraigado en esos relatos arcaicos y tradicionales. Se ha descrito el progreso de la filosofía en Grecia como una marcha *del mito al logos*. Es decir, como el paso de las explicaciones basadas en la autoridad tradicional de los mitos, que fueron progresivamente arrumbadas, a las precisas demostraciones fundamentadas en las razones de la experiencia y la argumentación lógica. Platón se halla situado en un momento avanzado y definitivo de esa historia del pensamiento griego. Por eso su afán de recobrar los encantos y saberes del mito resulta un tanto enigmático y sorprendente. Y esa nueva valoración del mito *dentro de su propia obra filosófica* marca otra etapa de la larga marcha de la busca del saber y la verdad última sobre la vida y el mundo. (Trataremos este punto más adelante.)

Presentemos, pues, nuestra propuesta de definición: el mito es una narración dramática y de origen tradicional, que cuenta la actuación decisiva y memorable de unos personajes extraordinarios. Son los dioses y los héroes de la mitología griega, cuya actuación memorable, realizada en un tiempo pasado y prestigioso, reviste un carácter paradigmático. La narración mítica viene así a explicar –de un modo imaginativo y simbólico, con esa forma dramática y sencilla– aspectos importantes del cosmos y del mundo social. Los mitos pertenecen a la memoria colectiva de un pueblo o una nación y se cuentan, de generación en generación, como una herencia cultural decisiva para comprender y ordenar el mundo y las instituciones básicas de la sociedad. Los viejos cuentan los mitos a los jóvenes, los sacerdotes y los poetas los custodian, y en las ceremonias se recuentan o escenifican esos mismos relatos para todo el pueblo. La mitología es una herencia cultural de primer orden y para todos.

Los mitos –en una sociedad primitiva o arcaica– explican, aclaran y revelan el sentido oculto y permanente de la realidad contando las historias fundamentales y sagradas de la tribu. Hablan de dioses y héroes, de los comienzos de las cosas y costumbres, de las causas de las instituciones que mantienen el orden del mundo y de lo que hay más allá de la muerte. Explican el presente y los grandes temas que angustian y preocupan al hombre como resultados de algo que cuentan que sucedió una vez, en un tiempo pasado, prestigioso y distinto. Narran historias sagradas y memorables. Trans-

miten un saber ancestral y se mantienen amparados por la autoridad de esa tradición secular.

Los mitos suministran una primera interpretación del mundo. De algún modo podemos decir que construyen –con su repertorio de grandes relatos– el sentido último del mundo. Por eso los mitos están muy unidos, en su origen, a la religión. Fundan y ofrecen una perspectiva imaginaria sobre la realidad esencial y transmiten una imagen humanizada en extremo del entorno natural y social. Y de lo que hay detrás de lo que vemos en nuestro presente, de esas causas ocultas y esenciales de las cosas, de los poderes cósmicos y divinos, de las huellas de los grandes hechos heroicos, que han marcado el decurso del mundo posterior.

Los mitos explican a su manera, con sus historias fabulosas y dramáticas, por qué el mundo es así. Temas como el del origen del fuego, la invención del sacrificio, o la aparición del mal en el mundo, por ejemplo, se cuentan en mitos de larga resonancia. También cuentan los mitos cómo nacieron y cómo se comportan los dioses. Y explican los méritos y las grandes hazañas de los héroes civilizadores, y las secuelas de sus empresas más gloriosas. Esta explicación de los mitos es anterior y distinta a la que buscan la filosofía y las ciencias, saberes más críticos y empíricos. Y reviste, como venimos diciendo, una forma narrativa un tanto primitiva e ingenua –en contraste con la argumentación crítica posterior– y dramática, con sus figuras extraordinarias y símbolos memorables.

La mitología y los poetas

El conjunto de mitos de una cultura forma una mitología. La mitología griega es un repertorio de narraciones de espléndida fantasía y muy destacada belleza poética, una mitología que se caracteriza no sólo por albergar muchos dioses y diosas, sino a la vez por la importancia de sus numerosos semidioses o héroes y heroínas. Desde Homero (siglo VIII a. C.), ese repertorio de mitos divinos y heroicos es la base de la religión y de la literatura helénica clásica.

Resulta un hecho muy característico y bien conocido de la cultura griega que los encargados de transmitir a las gentes esos relatos míticos hayan sido, no los sacerdotes, como es usual en otras, sino los poetas. Desde los aedos de los poemas épicos, como Homero y Hesíodo, a los poetas de la lírica coral, como Píndaro, y los dramaturgos de la Atenas clásica, que componían sus tragedias siempre sobre los mitos heroicos, los poetas fueron los grandes guardianes y difusores de la tradición mítica. Ya el historiador Heródoto elogiaba la influencia de Homero y Hesíodo en la configuración de una mitología común para todos los griegos, al escribir: «Éstos son los que crearon poéticamente una teogonía para los helenos, dando a los dioses sus epítetos, distribuyendo sus honores y competencias y fijando sus figuras» (*Historia*, II, 53).

No se trata, en efecto, de que los poetas épicos (y luego los líricos y los trágicos) inventaran esas figuras, nombres, imágenes o rasgos singulares de

los dioses y sus cultos; sino de que ellos los expresaron de forma poética con tal acierto que sus poemas los transmitieron por toda Grecia y dieron así una forma canónica a ese repertorio mitológico. Fueron, por así decir, los maestros del saber mítico, inspirados por las Musas a las que invocaban en los comienzos de sus cantos. (Las Musas eran diosas hijas de Zeus y Mnemósyne, la divina Memoria, y, según la creencia primitiva, ofrecían a los poetas la materia de sus poemas, informándolos de ese mundo mitológico y legendario.) Los poetas recrean una muy antigua tradición oral que luego pasa a ser recogida por escrito y que permanece viva en su poesía.

Esta importancia de los poetas en la transmisión de la mitología griega es un hecho muy bien conocido, pero que debemos meditar. Esa tradición poética ha dado a la mitología griega una notable flexibilidad, unas especiales soltura y belleza, y una falta de rigidez y dogmatismo que contrasta con las tradiciones religiosas de otros pueblos. Aunque Homero y Hesíodo hayan fijado los rasgos distintivos de los dioses y los héroes, no hay en Grecia un culto basado en la ortodoxia que obligue a una creencia a pies juntillas. Se admite la crítica y una cierta burla incluso respecto a los dioses, como se ve por ejemplo en las comedias de Aristófanes. Se admiten variantes en la transmisión de los mitos. Y existen a veces notables variaciones respecto de un mito. (Como las que hay, por ejemplo, del nacimiento de la diosa Afrodita, surgida del mar y nacida del esperma de Urano, según Hesíodo, pero hija de Zeus y de Díone, según la versión que recoge

Homero. En el *Banquete* de Platón se ofrecen algunos ejemplos de esas recreaciones poéticas acerca del nacimiento de Eros.)

Tengamos en cuenta ese legado poético a la hora de admirar la frescura y riqueza imaginativa de los relatos míticos, y, a su vez, la flexibilidad para su posible recreación con pequeñas variantes en otras obras literarias. La literatura europea –comenzando por los romanos y los poetas latinos– ha recogido luego la herencia mitológica de los griegos y la ha imitado y manejado con admiración y familiar soltura, en parte por la forma narrativa que le dieron los grandes poetas antiguos.

Platón criticó duramente a los poetas al verlos como los competidores de los filósofos en la educación de los jóvenes. Ciertamente se venían considerando desde antiguo como maestros del saber y educadores del pueblo. Eran unos «maestros de verdad» que ostentaban un prestigio debido a la tradición popular y a los encantos seductores de la poesía, poco fiables, sin embargo, a los ojos del nuevo y sólido saber de quienes conocen de verdad las ideas modélicas. De ahí que le pareciera que merecían ser censurados por ciertos escandalosos relatos sobre los dioses y por su incapacidad de explicar su conocimiento de la realidad. Por eso decidió que deberían ser expulsados de la ciudad ideal de la *República,* donde la educación, tarea importantísima y muy cuidadosamente legislada en su conjunto, está programada de modo racional y queda a cargo de los filósofos guardianes.

Pero lo que resulta sorprendente es que Platón no renuncia, ni siquiera en ese espacio utópico, a

los mitos como una forma de expresar la verdad, sino que, a la postre, los recoge con fines filosóficos y pedagógicos. De ahí una cierta paradoja: en el conflicto entre el *logos* y el *mythos* Platón trata de complementar el uno con el otro desde un nuevo horizonte.

Los mitos en Platón

Platón es un estupendo narrador de mitos. Ése es un hecho indiscutible e indiscutido, y que se evidencia bien en una selección como la que se presenta en las páginas siguientes. Todo lector de Platón es consciente de ese rasgo de su obra. Los mitos no sólo ocupan cierta extensión en sus páginas, sino que destacan en el conjunto de la obra platónica por su fuerza poética y plástica y su seducción intelectual. Quien ha leído los más importantes *Diálogos*, recuerda siempre esos mitos que parecen abrir en las charlas del parlero Sócrates luminosas ventanas a un fantástico más allá. Pero esto nos plantea, desde un comienzo, una serie de cuestiones.

En primer lugar, ¿cómo un filósofo, posterior a la ilustración sofística y discípulo del racionalista Sócrates, recurre a los mitos para su teoría filosófica, siendo así que el razonamiento filosófico, el *logos*, parecía ser distinto, por su propia esencia, y aun oponerse al modo de explicación de los relatos míticos? ¿Por qué convoca de nuevo Platón el encanto misterioso y arcaico de los mitos?

En segundo lugar, ¿cómo es posible inventarse un mito, cuando queríamos definirlo, al mito justa-

mente, como un relato heredado, albergado en la memoria colectiva, y, por tanto, tradicional? ¿Qué significa esa creación de mitos de uso propio? ¿Hasta qué punto se crean o se recrean sobre antiguas pautas esas historias o ficciones míticas?

Platón, por otro lado, parece utilizar los mitos, traídos a cuento con mucha intención y oportunidad, con un valor funcional. Y quizás con más de una función (explicativa, pedagógica y acaso religiosa) se esfuerza en presentarnos todo un abanico de mitos de muy distinto formato y de muy diverso alcance. Por otra parte, es fácil ver que algunos relatos insisten en un mismo tema, como es el caso de las tres narraciones sobre el destino del alma tras la muerte y el viaje al Hades. (Las encontramos con breves variantes en el *Gorgias*, el *Fedón* y la *República*.) Algunos relatos que suelen calificarse de míticos parecen más bien alegorías, como sucede con el famoso «mito de la caverna» o el del viaje de los carros alados en el *Fedro*. Contrastan unos muy breves con otros más extensos. Y algunos están puestos en boca de otros autores, como el de Prometeo, narrado por el sofista Protágoras, o el de los humanos demediados en el *Banquete* o *Simposio*, contado por el cómico Aristófanes. ¿Conviene trazar aquí una división oportuna y clasificar los mitos platónicos en varios tipos? Pues probablemente el carácter diverso e incluso la extensión, tan diversa, de los mitos contados puede guardar relación con la distinta función de los mismos dentro de los diálogos respectivos.

Quizás puede añadirse además una cuarta pregunta: ¿puede advertirse una evolución en la larga

serie de obras de Platón con respecto al uso de los mitos, como podríamos rastrearla en sus ideas respecto al papel de la mitología en la educación de la sociedad?

No quisera ofrecer aquí unas respuestas rápidas a estas cuestiones, sino dejarlas en el aire, para que mediante la lectura y la reflexión podamos contestarlas más matizadamente. Será más útil, pienso, detenernos en el análisis de algunos ejemplos.

El mito de Prometeo en el *Protágoras*

Si tenemos en cuenta el orden de los *Diálogos*, éste es el primer mito que Platón nos cuenta. Pero lo pone, de manera muy significativa, en boca del sofista Protágoras y lo introduce con cierta cautela (*Protágoras*, 320c y ss.). En boca del ingenioso sofista el mito sirve para ilustrar su afirmación de que la «virtud» *(areté)* es susceptible de ser enseñada y de que todos los ciudadanos participan de una común capacidad política que es básica para la democracia.

Invitado por Sócrates a dar una demostración de tal creencia, Protágoras pregunta a sus oyentes:

> «–¿Os parece bien que, como una persona mayor a gente más joven, os haga la demostración contando un mito, o progresando mediante un razonamiento?
>
> Al pronto, muchos de los allí sentados le con-

testaron que actuara como mejor le pareciera.
–Me parece –dijo– que es más agradable relataros un mito.»

Y empieza a contarlo con un estilo sencillo, introduciéndolo mediante la fórmula típica de los cuentos: «Hubo una vez un tiempo...».

Se trata del mito famoso y tradicional acerca de Prometeo. Es un mito que conocemos bien por el relato doble que hace Hesíodo en sus dos obras *Teogonía* y *Trabajos y días*, y que Esquilo había tratado en la trilogía trágica a la que pertenece su *Prometeo encadenado*. Probablemente Protágoras había escrito sobre él en su obra *Acerca del origen de la cultura*. (Y quizás Platón resume aquí las auténticas ideas del sofista. Como hemos perdido del todo ese texto, sólo podemos conjeturarlo.)

Si contrastamos la versión que se nos ofrece aquí, en boca del sofista, con los relatos anteriores que conocemos, es decir, con la versión del poeta épico y la fragmentaria del gran autor trágico, advertimos pronto cómo el narrador insiste en ciertos aspectos y pasa por alto otros. Nada nos cuenta de otros episodios en el enfrentamiento entre el filántropo Prometeo y Zeus, como son la invención del sacrificio y la retirada del fuego, y la creación posterior de la primera mujer, Pandora, que eran elementos fundamentales en la narración de Hesíodo. No menciona tampoco la rebeldía titánica de Prometeo frente a un Zeus tiránico, que caracteriza al sufrido protagonista de la tragedia de Esquilo. En cambio destaca la torpeza de Epimeteo, que obliga a intervenir a su previsor hermano para salvar a la

humanidad, y la decisión salvadora de Zeus de dotar a los hombres con sentido de la decencia y la justicia *(aidós* y *díke).* De tal modo es Zeus quien, con la ayuda subsidiaria de Hermes, funda la convivencia política y asegura así el progreso humano. El narrador ha recontado el mito con una intención significativa propia, y ha recreado los detalles a su conveniencia.

Luego Protágoras completa su demostración explicando cómo frente al reparto del fuego, que simboliza la habilidad técnica, el reparto igualitario y universal de *aidós* y *díke* justifica el uso democrático ateniense de conceder a todos los ciudadanos el mismo derecho de opinión y de voto en las deliberaciones y decisiones de la ciudad sobre asuntos de interés colectivo. Sea cual sea la condición social y la orientación profesional, todos los ciudadanos tienen el mismo derecho a opinar y votar porque todos los hombres han recibido una parte de la justicia y del sentido de lo decente, gracias a la intervención final del providente Zeus. El don del fuego robado por Prometeo sólo favorece el progreso técnico, pero es necesario completarlo con la ciencia de la política para que la humanidad conviva en paz y logre un mundo mejor. Es Zeus quien completa los beneficios de Prometeo, de modo sabio y generoso. ¡Qué atinado puede parecernos aún hoy, en tiempos donde la técnica ha llegado mucho más lejos de lo que cualquier griego pudo soñar, esta distinción platónica de un progreso mecánico y tecnológico frente a un progreso de la sensibilidad, la moralidad y la justicia!

Con la nueva interpretación sobre el progreso

humano y la fundamentación mítica de la *isonomía* democrática, el sofista y Platón han recargado de nueva significación el viejo mito. Pero no es sólo eso lo que debemos destacar aquí, sino que hay que subrayar también cómo el sofista presenta el mito como un recurso pedagógico, una alternativa de la demostración lógica. La emplea porque le parece que es «más agradable», es decir, más divertida y plástica, y lo hace teniendo en cuenta que es una persona mayor frente a unos jóvenes. (Los primeros mitos se los contaban habitualmente los mayores a los niños, y los más sencillos los relataban los ancianos, los abuelos, las nodrizas, antes de que el niño los escuchara a los recitadores más famosos, rapsodas y poetas; y Protágoras juega a resaltar su papel de afable educador de más edad que sus oyentes.)

El texto muestra cómo los sofistas no vacilaban en utilizar un mito como recurso didáctico cuando les parecía más conveniente, o divertido o elegante. En otro ejemplo, que nos atestigua Jenofonte, el sofista Pródico contaba y glosaba en alguna obra el mito de Heracles en la encrucijada, prefiriendo ejemplarmente el camino arduo de la Virtud a la cómoda calzada del Vicio. En esa mítica alegoría al héroe se le presentaban dos bellas mujeres, una sencilla y sin adornos, la otra muy compuesta y alhajada. Representaban la *Areté* y la *Kakía*, la Virtud que invita al esfuerzo y la Maldad, cómoda y ociosa. Y él debía elegir una u otra forma de vida.

El mito de Aristófanes: Eros y los seres demediados

Si en el *Protágoras* es un sofista quien relata el mito, en el *Banquete* (189c-193d) es el comediógrafo Aristófanes quien lo hace. Esta vez no es un mito tradicional, puesto que no lo conocemos en otras versiones. Parece un relato inventado por el imaginativo autor de comedias, con un tono de farsa y notable brillantez. No sabemos que Platón lo haya tomado de una obra de Aristófanes, pero el relato está logrado con un excelente estilo cómico. A diferencia de un autor trágico, que tomaba sus argumentos del repertorio de mitos heroicos, el autor de comedias recurría a su imaginación personal para fabular un mito novedoso, y Aristófanes era muy apreciado por esa fantasía un tanto surrealista. Es un mito ofrecido «al estilo y la manera de Aristófanes».

El mito se presenta sin preámbulos ni advertencias formales. Para indicar cuán grande es el poder de Eros y cómo fue la primitiva naturaleza humana, el famoso comediógrafo cuenta cómo al comienzo los seres humanos eran redondos, con cuatro brazos, cuatro piernas, dos sexos y dos caras. Luego, para castigar su insolencia y reducir su fuerza, los dioses los castigaron partiéndolos por la mitad y retocando los seres demediados resultantes de forma que, en un futuro, pudieran relacionarse mejor los unos con los otros. (Se suele llamar a este mito «el del andrógino» con poca propiedad, pues Aristófanes deja claro que no eran andróginos los seres primitivos, sino de tres sexos, según las combinaciones posibles: hombre-mujer,

mujer-mujer y hombre-hombre.) El impulso erótico es, por tanto, el anhelo por encontrar la mitad perdida y unirse a ella.

El mito parece una chispeante invención del narrador, pero está trazado sobre una pauta tradicional. La intervención de los dioses para castigar a los humanos es un tópico o motivo frecuente en las mitologías. Como el argumento es muy sencillo, vivaz el estilo, y de gran fuerza plástica el relato, deja una viva impresión y se recuerda muy bien. Hasta tal punto que hay quien toma este mito por una variante del amor platónico. No es así, desde luego. Lo que Platón piensa sobre el amor es algo muy distinto. Sócrates lo aclara luego, con alguna alusión despectiva al cuento aristofánico. (En el *eros* platónico no existe un ser humano que complemente el ansia del amante y no hay ninguna unión de los cuerpos que rotundamente recupere la dicha anterior. Nadie tiene por ahí perdida una mitad ni se hace feliz al conquistar a su «media naranja». Por el contrario, el amor platónico es sublimación del anhelo de belleza y afán de trascendencia desde lo corpóreo a lo ideal y eterno. Pero éste no es por ahora nuestro tema.)

El mito de Aristófanes muestra su papel funcional claramente: explica lo actual como consecuencia de un episodio excepcional, acaecido en el tiempo lejano de los mitos, *in illo tempore*, cuando los dioses actuaban para castigar, espectacular y duraderamente, la arrogancia de los hombres primigenios. El mito sirve para explicar así, por sus resultados actuales, los efectos de esa actuación divina en el presente.

Mito y alegoría en el mito socrático de Diotima

Muy distinto es el mito que Sócrates cuenta que le contó a él la sacerdotisa Diotima de Mantinea. Es el relato del extraño nacimiento de Eros, como hijo del rico Poros y la pordiosera Penía, tras el encuentro furtivo en una noche de embriaguez.

La explicación del carácter de un personaje mítico por su origen es frecuente en la mitología. La genealogía de los dioses y los héroes constituye una parte esencial de los mitos. Es curioso notar que la tradición refiere de varios modos el origen divino de Eros. En Hesíodo es una divinidad primordial, anterior a los Olímpicos, como lo ha recordado Fedro antes, en el mismo *Banquete* (en 178b). Surgido del Caos, en los mismos comienzos del mundo, es en ese pasaje de la *Teogonía* un dios cósmico sin figura personal y sin descendencia directa. Otras veces, en cambio, se le menciona como hijo de Afrodita, la diosa del amor (y de Zeus, de Hermes, o de Ares). Ésa es la versión más extendida. Se le representa, con mucha frecuencia en el arte helenístico, como un niño alado y juguetón –y con su carcaj y sus flechas– al lado de su madre.

Pero Platón ha preferido darle por padres dos figuras alegóricas, y convertir su nacimiento en un símbolo que ilumina su modo de ser, a la par generoso e inventivo, menesteroso y suplicante. Con ese breve relato mítico atribuido a Diotima, se nos explica cómo Eros aparece como un ser intermedio, un *daímōn*, ávido de la belleza que no tiene y dadivoso de la esplendidez de su padre. El mito funcio-

na como una alegoría fabricada –sobre una pauta tradicional– para explicar la idea socrática del Amor.

Desde esta perspectiva no hay tanta diferencia con el mito de Aristófanes. Siempre el relato mítico sirve para explicar una realidad mediante el recurso a un hecho maravilloso del pasado. Lo que sucedió antaño entre los dioses ilumina lo que nos intriga ahora. Los mitos nos aclaran, en un caso el anhelo del amante, y en otro la ambigüedad de la pasión del enamorado, personificada en ese dios o *daímōn* de difícil definición que Diotima describe muy bien.

También éste es un mito de construcción muy sencilla, pero que deja una viva impresión en el lector. De nuevo el mito sirve para dar respuesta a algo que puede explicarse por el *logos*, y puede verse, de nuevo, como una alegoría, es decir, como una representación figurada de una enseñanza que podría argumentarse de modo lógico.

Podríamos señalar, entre los mitos de las obras de Platón, algunos relatos mucho más próximos a la alegoría casi desprovista de acción dramática, relatos que nos dan una imagen figurada de la idea que el filósofo quiere evocar con vivos perfiles, pero que no son propiamente mitos en sentido estricto. Así, por ejemplo, sucede con «el mito de la caverna» en la *República* y con «el del carro alado» [o «tronco alado»] del alma en el *Fedro*. Más próximo a un esquema mítico de corte tradicional está «el relato fenicio» de las tres clases de almas de la *República*, aunque se reconozca de antemano que sólo se trata de una «noble mentira» –*gennaîon*

pseûdos–, una ficción política utilizada para enseñar y engañar al pueblo. Pero veamos un tercer tipo de mito, que ya no es alegórico, sino que revela una verdad que no tiene traducción clara al lenguaje lógico.

Los mitos del viaje del alma al Más Allá

Tres de los *Diálogos* más conocidos de Platón concluyen con un mito sobre el destino del alma después de la muerte. Esos tres relatos se presentan como variaciones sobre un mismo tema: el viaje al Más Allá, el juicio en el Hades y el destino futuro del alma. Sirven de colofón inesperado e intrigante en el *Gorgias*, el *Fedón* y la *República*. En los tres casos siguen a una larga conversación dialéctica y en los tres momentos el antes escéptico Sócrates concede a las noticias del mito una curiosa confianza. A quien los lea uno tras otro y los compare le será fácil notar una progresiva atención a ciertos detalles.

El relato en el *Gorgias* es el más sencillo y más acorde a un modelo tradicional. En él se mencionan los tres jueces del tribunal famoso que juzga a las almas: Minos, Radamantis y Eaco, así como los castigos del Hades. En el *Fedón* hay otros elementos, como la curiosa descripción geográfica del mundo infernal en relación con el nuestro. Por su situación en el diálogo sobre la inmortalidad del alma que Sócrates ha mantenido en sus últimas horas, la escena tiene un especial relieve. En la *Re-*

pública está más desarrollado todo el escenario infernal y más elaborado el tema del destino de las almas en su elección de una existencia posterior. El hombre queda como único responsable de su destino feliz o aciago, y «Dios es inocente».

Pero es interesante observar no sólo esas variaciones del contenido narrativo, sino también el modo en que Platón introduce el relato. En la *República* acude a un curioso expediente: el del relato de Er, el armenio, un viajero que ha vuelto del Otro Mundo porque viajó allí antes de tiempo. (Un expediente narrativo que se encuentra en algunos cuentos fantásticos, con algún ejemplo en Luciano.) En el *Gorgias* la narración mítica se introduce con cierta cautela, debido a que Sócrates se dirige a un oyente muy poco dado a tales creencias sobre almas y castigos ultraterrenos, como es el joven Calicles.

Por eso precisamente esa introducción de la narración es más explícita y resulta más sugerente. Sócrates comienza así: «Escucha, pues, como dicen, un precioso relato que tú, según opino, considerarás un mito *(mythos)* pero que yo creo un relato *(logon)* verdadero, pues lo que voy a contarte lo digo convencido de que es verdad» (*Gorgias*, 523a).

Y, al concluir, añade: «Quizá esto te parece un mito, a modo de cuento de vieja, y lo desprecias; por cierto, no sería nada extraño que lo despreciáramos, si investigando pudiéramos hallar algo mejor y más verdadero. Pero ya ves que, aunque estáis aquí vosotros tres, los más sabios de los griegos de ahora: tú, Polo y Gorgias, no podéis demostrar que

se deba llevar un modo de vida distinto a éste que resulta también útil después de la muerte» (*Gorgias*, 527a-527b).

También al final del *Fedón* el viejo Sócrates, que está a punto de morir en su prisión tras haberse tomado la cicuta (y a punto, por tanto, de comprobar personalmente la veracidad de su relato), insiste en su fe en el mensaje del mito en conjunto, si no en su sentido más literal: «Desde luego que el afirmar que esto es tal cual yo lo he expuesto punto por punto, no es propio de un hombre sensato. Pero que existen esas cosas o algunas otras semejantes en lo que toca a nuestras almas y sus moradas, una vez que está claro que el alma es algo inmortal, eso me parece que es conveniente y que vale la pena correr el riesgo de creerlo así –pues es hermoso el riesgo–, y hay que entonar semejantes encantamientos para uno mismo, razón por la que yo hace un rato ya que prolongo este relato mítico» (*Fedón*, 114d).

Creer en la verdad del mito es un «bello peligro» y narrarlo es una especie de conjuro o encantamiento, como para hechizarse a sí mismo con esa esperanza mítica. También al final de la *República* el mito de Er se cierra con unas palabras que suenan semejantes: «De este modo, Glaucón, se salvó el relato y no se perdió, y podrá salvarnos a nosotros, si le hacemos caso, de modo que atravesemos el río del Olvido manteniendo inmaculada nuestra alma. Y si me creéis a mí, teniendo al alma por inmortal y capaz de mantenerse firme ante todos los males y todos los bienes, nos atendremos siempre al camino que va hacia arriba y practicaremos en

todo sentido la justicia acompañada de sabiduría, para que seamos amigos entre nosotros y con los dioses, mientras permanezcamos aquí y cuando nos llevemos los premios de la justicia, tal como los recogen los vencedores. Y, tanto aquí como en el viaje de mil años que hemos descrito, seremos dichosos» (*República*, 621b-d).

El relato de cómo las almas viajan al Hades después de abandonar el cuerpo muerto y allí deben someterse a un examen ante el tribunal de Minos, Radamantis y Eaco, y luego gozar de los premios o castigos merecidos por su comportamiento en la vida anterior, cuenta con precedentes muy antiguos en la literatura griega. Ya en Homero –especialmente en el canto XI de la *Odisea*– se evoca ese mundo tenebroso del Hades donde vagan las almas de los héroes y donde están castigados los mayores pecadores, como Sísifo, Tántalo y Ticio. En los misterios de Eleusis se prometía a los iniciados una vida feliz en el Más Allá, con goces que no tendrían los no iniciados. Píndaro y Esquilo aluden al juicio y los premios de ese Otro Mundo. Pero fueron sobre todo los órficos y los pitagóricos quienes más insistieron en esas recompensas después de la muerte para sus adeptos, que gozarían allí, en el Otro Mundo, de una vida inmortal y feliz, después de haberse instruido y purificado en ésta. (No sólo por algunos textos literarios, sino también por documentos como las laminillas áureas de los órficos, y por dibujos y pinturas en la cerámica, sabemos de esas visiones del viaje de las almas al Hades.)

Platón ha reutilizado materiales tradicionales

para forjar sus relatos, y en ellos pueden reconocerse claros ecos de esas creencias. Tanto los detalles como la estructura del relato del viaje, el juicio y el premio o castigo de las almas (incluyendo la metamorfosis o reencarnación en otros cuerpos), cuentan con precedentes en otros textos y doctrinas anteriores. Pero les ha dado una significación propia, insistiendo, por un lado, en la inmortalidad del alma (que pensaba haber demostrado también en su discusión dialéctica con argumentos propios) y, por otro, en la responsabilidad moral del hombre en su destino eterno. En esos mitos platónicos, los premios o castigos no se dan por pertenecer al grupo de los iniciados en los misterios o de los afiliados a la secta, sino en razón de la conducta buena o mala mantenida en la vida. Platón los inserta en una perspectiva ética de la existencia, como queda de relieve en los tres diálogos mencionados, en el *Gorgias*, en el *Fedón* y en la *República*. El mito promete recompensa y felicidad –en la otra vida– a los que han buscado la justicia y la filosofía.

El mito de la Atlántida y la Atenas primitiva

En sus diálogos de vejez, el filósofo ateniense, desengañado crítico de la democracia de su época, deja vagar su fantasía por las imágenes míticas de otros tiempos mejores: la remota Edad de Oro, el reino de Crono, o la Atenas de muchos siglos antes, primitiva y virtuosa, que supo derrotar a los

invasores venidos de la misteriosa Atlántida. En esos mitos de los últimos diálogos evoca –con una rara nostalgia– el recuerdo de tiempos desaparecidos. Es sobre todo el mito de la Atlántida, narrado en el *Timeo* y en el *Critias*, el que ha tenido más notorios ecos en la tradición posterior.

Atlántida fue una enorme isla en el misterioso océano de más allá de las Columnas de Heracles. Estuvo habitada por los atlantes, un pueblo inquieto, audaz y belicoso, que creó y desarrolló una espléndida civilización. Los atlantes intentaron invadir Europa y fueron derrotados por los griegos acaudillados por los atenienses de antaño. Una pavorosa catástrofe sísmica destruyó luego sus ciudades y sumergió toda la gran isla bajo las aguas del Atlántico nueve mil años antes de la época de Solón. De la Atlántida y su grandeza sólo quedó un fantasmagórico recuerdo que perduró durante siglos.

Al describir esa legendaria Atlántida, Platón abre el camino a un nuevo género de fantasías. Inaugura la serie de descripciones de ciudades utópicas, que tendrán su ejemplo más renombrado en la famosa *Utopía* (1516) de Tomás Moro. Fue esa obra la que dio nombre a todo un tipo de ciudades imaginarias, situadas en ínsulas más o menos lejanas.

Cierto es que, ya antes del *Timeo* y el *Critias*, Platón había descrito el gobierno y el régimen político de una ciudad ideal en la *República* y las *Leyes*, donde ya aparece el prototipo de una ciudad soñada al socaire de su proyecto filosófico, ciudad que tiene ya mucho de utópica, pues sólo existió en la mente

del filósofo. Pero la Atlántida platónica tiene algo más, porque traza un diseño figurativo de esa isla, su cultura y su gente, prodigiosa y perdida. Hay luego en la literatura helenística más imágenes de islas fantásticas y seductoras, como la Panquea de Evémero o las Islas del Sol de Yambulo, por ejemplo. Pero es la Atlántida de Platón el gran modelo recordado por Tomás Moro y otros autores de utopías más modernos. Una vez más el viejo Platón ha elaborado con peculiar estilo e imaginación un motivo mítico de admirable y duradera influencia. Descontento con la democracia de su tiempo, desvinculado de la política real, el viejo Platón imagina otras ciudades y otras constituciones, y una vez más combina la reflexión lógica con la imaginación mítica.

El mito como instrumento de persuasión

Hemos visto los mitos más destacados y más significativos en los textos platónicos. Hay algunos más, algunos muy breves, casi poco más que rápidas citas o alusiones poéticas, como el de las cigarras en el *Fedro*, y otros muy interesantes, como el de la invención de la escritura por el egipcio Theuth, en el mismo diálogo, que muestran el gran ingenio poético del filósofo. Pero no vamos a analizarlos todos. Hemos querido ofrecer una perspectiva de los usos del mito en Platón, y desde esa visión de conjunto pueden situarse todos, unos más próximos a la alegoría y otros como la única manera de hablar de lo que trasciende a la argumentación lógica.

Como ha escrito Luc Brisson (en su libro *Platon. Les mots et les mythes*, París 1982, pág. 171): «El *mythos* no es un discurso verificable porque sus referentes habituales –dioses, démones, héroes, habitantes del Hades y hombres del pasado– permanecen inaccesibles tanto a los sentidos como a la inteligencia; y no es un discurso argumentativo porque esos referentes son descritos y puestos en escena como si se tratara de seres sensibles por una recurrencia sistemática a la imitación. A pesar de la inferioridad del estatuto que le otorga, Platón reconoce al *mythos* una utilidad cierta en los dominios de la ética y la política, en los que constituye, para el político y el legislador, un notable instrumento de persuasión, y eso independientemente de toda interpretación alegórica».

Para el filósofo este hábil empleo y sutil juego dialogado con los mitos tiene una notoria utilidad: como instrumento didáctico, expone sus ideas con un fresco lenguaje de símbolos e imágenes de gran fuerza plástica construidos sobre unos esquemas o pautas tradicionales. Pero, además, los mitos permiten ir más allá de lo que uno podría avanzar mediante los datos reales y los razonamientos, y avistar así paisajes trascendentes, como por ejemplo el destino de las almas en el otro mundo y las ciudades utópicas. Y su uso nos obliga también a considerar los límites de la razón empírica y del *logos* frente a la imaginación seductora. En esos relatos la poesía –autorizada por la tradición inmemorial del legado mitológico– nos permite avanzar y ver más allá del limitado presente, y ahí queda y nos aguarda el «hermoso riesgo» (como decía Sócrates

en el *Fedón*) de confiar en esos relatos de fondo mítico para orientar nuestra vida. Por eso son tan importantes los mitos en esos diálogos de tanto calado filosófico, y a la vez de tanta belleza literaria, y por eso, por su honda poesía, perduran con su ingenuo encanto en la memoria de todo lector de Platón esos inolvidables relatos.

Carlos García Gual

NOTA SOBRE LOS MITOS SELECCIONADOS

Los textos de Platón recogidos en esta antología proceden de:

Platón, ***Diálogos I***, Editorial Gredos, colección Biblioteca Clásica Gredos (BCG) n.º 37, Madrid 1981:
«Prometeo y Epimeteo», en *Protágoras* (320d-322d), traducción de Carlos García Gual.

Platón, ***Diálogos II***, Gredos, BCG n.º 61, Madrid 1983:
«El juicio de Minos, Radamantis y Eaco», en *Gorgias* (523a-526d), trad. de J. Calonge.

Platón, ***Diálogos III***, Gredos, BCG n.º 93, Madrid 1986:
«El andrógino», en *Banquete* (189b-193d), trad. de M. Martínez Hernández.
«El nacimiento de Eros», en *Banquete* (203b-204a).
«El misterio del amor», en *Banquete* (209e-212a).
«El destino de las almas», en *Fedón* (107d-108c y 110b-114c), trad. de Carlos García Gual.
«El tronco alado», en *Fedro* (274c-257b), trad. de E. Lledó Íñigo.
«Las cigarras», en *Fedro* (259b-259c).
«El mito de Theuth», en *Fedro* (274c-275b).

Platón, ***Diálogos IV***, Gredos, BCG n.º 94, Madrid 1986:
«El anillo de Giges», en *República* (II, 359d-360b), trad. de Conrado Eggers Lan.

«El caso fenicio», en *República* (III, 415d-415c).
«Alegoría de la caverna», en *República* (VII, 514-517a).
«Er, el armenio», en *República* (X, 614b-621b).

Platón, *Diálogos V*, Gredos, BCG n.º 117, Madrid 1988:
«Los tres mitos de los ciclos», en *Político* (268e-274e), trad. de M.ª Isabel Santa Cruz.

Platón, *Diálogos VI*, Gredos, BCG n.º 160, Madrid 1992:
«La Atlántida y la ciudad ideal», en *Timeo* (21a-25d), trad. de Francisco Lisi.
«El demiurgo», en *Timeo* (27c-29d).
«La creación de los seres humanos», en *Timeo* (40d-44c).
«La Atlántida y el modelo de ciudad ideal», en *Critias* (108e-121c), trad. de Francisco Lisi.

Platón, *Las leyes*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1983:
«Los ciclos de la humanidad», en *Leyes* (676a-682e), trad. de José Manuel Pabón y Manuel Fernández-Galiano.
«Crono», en *Leyes* (713b-714a).

MITOS

PROMETEO Y EPIMETEO

Hubo una vez un tiempo en que existían los dioses, pero no había razas mortales. Cuando también a éstos les llegó el tiempo destinado de su nacimiento, los forjaron los dioses dentro de la tierra con una mezcla de tierra y fuego, y de las cosas que se mezclan a la tierra y el fuego. Y cuando iban a sacarlos a la luz, ordenaron a Prometeo y a Epimeteo que los aprestaran y les distribuyeran las capacidades a cada uno de forma conveniente. A Prometeo le pide permiso Epimeteo para hacer él la distribución. «Después de hacer yo el reparto», dijo, «tú lo inspeccionas». Así lo convenció, y hace la distribución. En ésta, a los unos les concedía la fuerza sin la rapidez y, a los más débiles, los dotaba con la velocidad. A unos los armaba y, a los que les daba una naturaleza inerme, los proveía de alguna otra capacidad para su salvación. A aquellos que envolvía en su pequeñez, les proporcionaba una fuga alada o un habitáculo subterráneo. Y a los que aumentó en tamaño, con esto mismo los ponía a salvo. Y así, equilibrando las demás cosas, hacía su reparto. Planeaba esto con la precaución de que ninguna especie fuera aniquilada.

Cuando los hubo provisto de recursos de huida contra sus mutuas destrucciones, preparó una protección contra las estaciones del año que Zeus envía, revistiéndolos con espeso cabello y densas pieles, capaces de soportar el invierno y capaces, también, de resistir los ardores del sol, y de modo que, cuando fueran a dormir, estas mismas les sirvieran de

cobertura familiar y natural a todos. Y los calzó a unos con garras y revistió a los otros con pieles duras y sin sangre. A continuación facilitaba medios de alimentación diferentes a unos y a otros: a éstos, el forraje de la tierra, a aquéllos, los frutos de los árboles y a los otros, raíces. A algunos les concedió que su alimento fuera el devorar a otros animales, y les ofreció una exigua descendencia, y, en cambio, a los que eran consumidos por éstos, una descendencia numerosa, proporcionándoles una salvación en la especie. Pero, como no era del todo sabio Epimeteo, no se dio cuenta de que había gastado las capacidades en los animales; entonces todavía le quedaba sin dotar la especie humana, y no sabía qué hacer.

Mientras estaba perplejo, se le acerca Prometeo, que venía a inspeccionar el reparto, y que ve a los demás animales que tenían cuidadosamente de todo, mientras el hombre estaba desnudo y descalzo y sin coberturas ni armas. Precisamente era ya el día destinado, en el que debía también el hombre surgir de la tierra hacia la luz. Así que Prometeo, apurado por la carencia de recursos, tratando de encontrar una protección para el hombre, roba a Hefesto y a Atenea su sabiduría profesional junto con el fuego –ya que era imposible que sin el fuego aquélla pudiera adquirirse o ser de utilidad a alguien– y, así, luego la ofrece como regalo al hombre. De este modo, pues, el hombre consiguió tal saber para su vida; pero carecía del saber político, pues éste dependía de Zeus. Ahora bien, a Prometeo no le daba ya tiempo de penetrar en la acrópolis en la que mora Zeus; además los centinelas de Zeus eran terribles. En cambio, en la vivienda, en común, de Atenea y de Hefesto, en la que aquéllos practicaban sus artes, podía entrar sin ser notado, y, así, robó la técnica de utilizar el fuego de Hefesto y la otra de Atenea y se las entregó al hombre. Y de aquí resul-

ta la posibilidad de la vida para el hombre; aunque a Prometeo luego, a través de Epimeteo, según se cuenta, le llegó el castigo de su robo.

Puesto que el hombre tuvo participación en el dominio divino a causa de su parentesco con la divinidad, fue, en primer lugar, el único de los animales en creer en los dioses, e intentaba construirles altares y esculpir sus estatuas. Después, articuló rápidamente, con conocimiento, la voz y los nombres, e inventó sus casas, vestidos, calzados, coberturas, y alimentos del campo. Una vez equipados de tal modo, en un principio habitaban los humanos en dispersión, y no existían ciudades. Así que se veían destruidos por las fieras, por ser generalmente más débiles que aquéllas; y su técnica manual resultaba un conocimiento suficiente como recurso para la nutrición, pero insuficiente para la lucha contra las fieras. Pues aún no poseían el arte de la política, a la que el arte bélico pertenece. Ya intentaban reunirse y ponerse a salvo con la fundación de ciudades. Pero, cuando se reunían, se atacaban unos a otros, al no poseer la ciencia política; de modo que de nuevo se dispersaban y perecían.

Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza, y envió a Hermes para que trajera a los hombres el sentido moral y la justicia, para que hubiera orden en las ciudades y ligaduras acordes de amistad. Le preguntó, entonces, Hermes a Zeus de qué modo daría el sentido moral y la justicia a los hombres: «¿Las reparto como están repartidos los conocimientos? Están repartidos así: uno solo que domine la medicina vale para muchos particulares, y lo mismo los otros profesionales. ¿También ahora la justicia y el sentido moral los infundiré así a los humanos, o los reparto a todos?». «A todos», dijo Zeus, «y que todos sean partícipes. Pues no habría ciudades, si sólo algunos de ellos

participaran, como de los otros conocimientos. Además, impón una ley de mi parte: que al incapaz de participar del honor y la justicia lo eliminen como a una enfermedad de la ciudad».

EL JUICIO DE MINOS, RADAMANTIS Y EACO

Escucha, pues, como dicen, un precioso relato que tú, según opino, considerarás un mito, pero que yo creo un relato verdadero, pues lo que voy a contarte lo digo convencido de que es verdad. Como dice Homero, Zeus, Poseidón y Plutón se repartieron el gobierno cuando lo recibieron de su padre. Existía en tiempos de Crono, y aun ahora continúa entre los dioses, una ley acerca de los hombres según la cual el que ha pasado la vida justa y piadosamente debe ir, después de muerto, a las Islas de los Bienaventurados y residir allí en la mayor felicidad, libre de todo mal; pero el que ha sido injusto e impío debe ir a la cárcel de la expiación y del castigo, que llaman Tártaro. En tiempos de Crono y aun más recientemente, ya en el reinado de Zeus, los jueces estaban vivos y juzgaban a los hombres vivos en el día en que iban a morir; por tanto, los juicios eran defectuosos. En consecuencia, Plutón y los guardianes de las Islas de los Bienaventurados se presentaron a Zeus y le dijeron que, con frecuencia, iban a uno y otro lugar hombres que no lo merecían. Zeus dijo: «Yo haré que esto deje de suceder. En efecto, ahora se deciden mal los juicios; se juzga a los hombres», dijo, «vestidos, pues se los juzga en vida. Así pues», dijo él, «muchos que tienen el alma perversa están recubiertos con cuerpos hermosos, con nobleza y con riquezas, y cuando llega el juicio se presentan numerosos testigos para asegurar que han vivido justamente; los jueces quedan turbados por todo esto y, además, también

LECTURA Y CULTURA SIN EGOISMOS
BIBLIOTECA
www.lecturasinegoismo.com

ellos juzgan vestidos; sus ojos, sus oídos y todo el cuerpo son como un velo con que cubren por delante su alma. Éstos son los obstáculos que se les interponen y, también, sus ropas y las de los juzgados; así pues, en primer lugar», dijo, «hay que quitar a los hombres el conocimiento anticipado de la hora de la muerte, porque ahora lo tienen. Por lo tanto, ya se ha ordenado a Prometeo que los prive de este conocimiento. Además, hay que juzgarlos desnudos de todas estas cosas. En efecto, deben ser juzgados después de la muerte. También es preciso que el juez esté desnudo y que haya muerto; que examine solamente con su alma el alma de cada uno inmediatamente después de la muerte, cuando está aislado de todos sus parientes y cuando ha dejado en la tierra todo su ornamento, a fin de que el juicio sea justo. Yo ya había advertido esto antes que vosotros y nombré jueces a hijos míos, dos de Asia, Minos y Radamantis, y uno de Europa: Eaco. Éstos, después de que los hombres hayan muerto, celebrarán los juicios en la pradera en la encrucijada de la que parten los dos caminos que conducen el uno a las Islas de los Bienaventurados y el otro al Tártaro. A los de Asia los juzgará Radamantis, a los de Europa, Eaco; a Minos le daré la misión de pronunciar la sentencia definitiva cuando los otros dos tengan duda, a fin de que sea lo más justo posible el juicio sobre el camino que han de seguir los hombres».

Esto es, Calicles, lo que he oído decir, y tengo confianza en que es verdad. Pienso que de este relato se saca la siguiente conclusión. La muerte, según yo creo, no es más que la separación de dos cosas, el alma y el cuerpo. Cuando se han separado la una de la otra, conserva cada una de ellas, en cierto modo, el mismo estado que cuando el hombre estaba en vida. El cuerpo conserva su naturaleza y deja

visibles todos los cuidados y enfermedades. Por ejemplo, si cuando uno vivía tenía un cuerpo grande por naturaleza o por la alimentación o por ambas cosas, después de muerto su cadáver es grande; si era robusto, también lo es después de muerto, y así sucesivamente. Si acostumbraba llevar largo el cabello, su cuerpo tiene también larga cabellera. Si era un continuo merecedor de azotes y, cuando vivía, tenía las señales de los golpes, las cicatrices del látigo o de otras heridas, también después de muerto son manifiestas estas señales. Si alguno en vida tenía los miembros rotos o deformados, también una vez muerto quedan visibles estos mismos defectos. En una palabra, la disposición adquirida por el cuerpo en vida permanece manifiesta después de la muerte en todo o en parte durante cierto tiempo.

Me parece que esto mismo sucede respecto al alma, Calicles; cuando pierde la envoltura del cuerpo, son visibles en ella todas las señales, tanto las de su naturaleza como las impresiones que el hombre grabó en ella por su conducta en cada situación. Así pues, cuando llegan a presencia del juez, los de Asia, por ejemplo, ante Radamantis, éste les hace detenerse y examina el alma de cada uno sin saber de quién es, sino que, con frecuencia, tomando al rey de Persia o a otro rey o príncipe cualquiera, observa que no hay en su alma nada sano, sino que la ve cruzada de azotes y llena de cicatrices por efecto de los perjurios y la injusticia, señales que cada una de sus acciones dejó impresas en el alma, y ve que en ella todo está torcido por la mentira y la vanidad y nada es recto, porque ha vivido lejos de la verdad. Observa también que el poder, la molicie, la insolencia y la intemperancia de sus actos han llenado el alma de desorden y de infamia; al ver este alma, la envía directamente con ignominia a la prisión en la que debe sufrir los castigos adecuados.

Es propio de todo el que sufre un castigo, si se le castiga justamente, hacerse mejor, y así sacar provecho, o servir a los demás de ejemplo para que, al verle otros sufrir el castigo, tengan miedo y se mejoren. Los que sacan provecho de sufrir un castigo impuesto por los dioses o por los hombres son los que han cometido delitos que admiten curación; a pesar de ello, este provecho no lo alcanzan más que por medio de sufrimientos y dolores, aquí y en el Hades, porque de otro modo no es posible curarse de la injusticia. Los que han cometido los más graves delitos y, a causa de ellos, se han hecho ya incurables son los que sirven de ejemplo a los demás; ellos mismos ya no sacan ninguna ventaja, puesto que son incurables, pero sí la sacan los que los ven padecer para siempre los mayores y más dolorosos suplicios a causa de sus culpas, colgados, por así decirlo, como ejemplo, allí en la prisión del Hades, donde son espectáculo y advertencia para los culpables que, sucesivamente, van llegando. Yo digo que Arquelao llegará a ser uno de éstos, si es verdad lo que dice Polo, y cualquier otro que sea un tirano de esta clase. Creo que el mayor número de los que sirven de ejemplo sale de los tiranos, reyes, príncipes y de los que gobiernan las ciudades, pues éstos, a causa de su poder, cometen los delitos más graves e impíos. Confirma esto Homero, pues son reyes y príncipes los que él ha representado como condenados en el Hades a castigos sin fin, Tántalo, Sísifo y Ticio. En cambio, a Tersites o a cualquier otro malvado de vida privada nadie lo ha representado sujeto a los más graves castigos como incurable, porque, en mi opinión, no le era posible hacer mal y, por ello, ha sido más afortunado que aquellos a los que les era posible hacerlo. En efecto, Calicles, los hombres que llegan a ser más perversos salen de entre los poderosos; sin embargo, nada impide que entre ellos se produzcan también hombres bue-

nos, y los que lo son merecen la mayor admiración. Ciertamente es muy difícil y digno de gran alabanza mantenerse justo toda la vida, cuando se tiene plena libertad de ser injusto. Estos hombres son pocos, aunque, en efecto, aquí y en otras partes, han existido en el pasado y creo que existirán en el futuro hombres buenos y honrados respecto a esa virtud de administrar justamente lo que se les confía. Uno muy famoso, aun entre los demás griegos, ha sido Arístides, hijo de Lisímaco; pero, amigo, la mayor parte de los hombres poderosos se hacen malos.

Como iba diciendo, cuando Radamantis toma a uno de esos hombres, no sabe absolutamente nada acerca de él, ni quién es ni quiénes son sus padres, pero sí sabe que es un malvado, y, al ver esto, lo envía al Tártaro con la indicación de si le juzga curable o incurable; llegado allí, sufre los castigos adecuados. Alguna vez, al ver un alma que ha vivido piadosamente y sin salirse de la verdad, alma de un particular o de otro cualquiera, pero, especialmente, estoy seguro de ello, Calicles, de un filósofo que se ha dedicado a su ocupación, sin inmiscuirse en negocios ajenos mientras vivió, se admira y la envía a las Islas de los Bienaventurados. Esto mismo hace también Eaco; cada uno de ellos juzga teniendo en la mano una vara; Minos está sentado observando; sólo él lleva cetro de oro, como en Homero dice Ulises que le vio «llevando un cetro de oro, administrando justicia a los muertos».

EL ANDRÓGINO

Es preciso que conozcáis la naturaleza humana y las modificaciones que ha sufrido, ya que nuestra antigua naturaleza no era la misma de ahora, sino diferente. En primer lugar, tres eran los sexos de las personas, no dos, como ahora, masculino y femenino, sino que había, además, un tercero que participaba de estos dos, cuyo nombre sobrevive todavía, aunque él mismo ha desaparecido. El andrógino, en efecto, era entonces una cosa sola en cuanto a forma y nombre, que participaba de uno y de otro, de lo masculino y de lo femenino, pero que ahora no es sino un nombre que yace en la ignominia. En segundo lugar, la forma de cada persona era redonda en su totalidad, con la espalda y los costados en forma de círculo. Tenía cuatro manos, mismo número de pies que de manos y dos rostros perfectamente iguales sobre un cuello circular. Y sobre estos dos rostros, situados en direcciones opuestas, una sola cabeza, y además cuatro orejas, dos órganos sexuales, y todo lo demás como uno puede imaginarse a tenor de lo dicho. Caminaba también recto como ahora, en cualquiera de las dos direcciones que quisiera; pero cada vez que se lanzaba a correr velozmente, al igual que ahora los acróbatas dan volteretas circulares haciendo girar las piernas hasta la posición vertical, se movía en círculo rápidamente apoyándose en sus miembros que entonces eran ocho. Eran tres los sexos y de estas características, porque lo masculino era originariamente descendiente del sol, lo femenino, de la tierra y lo

que participaba de ambos, de la luna, pues también la luna participa de uno y de otro. Precisamente eran circulares ellos mismos y su marcha, por ser similares a sus progenitores. Eran también extraordinarios en fuerza y vigor y tenían un inmenso orgullo, hasta el punto de que conspiraron contra los dioses. Y lo que dice Homero de Esfialtes y de Oto se dice también de ellos: que intentaron subir hasta el cielo para atacar a los dioses. Entonces, Zeus y los demás dioses deliberaban sobre qué debían hacer con ellos y no encontraban solución. Porque ni podían matarlos y exterminar su linaje, fulminándolos con el rayo como a los gigantes, pues entonces se les habrían esfumado también los honores y sacrificios que recibían de parte de los hombres, ni podían permitirles tampoco seguir siendo insolentes. Tras pensarlo detenidamente dijo, al fin, Zeus: «Me parece que tengo el medio de cómo podrían seguir existiendo los hombres y, a la vez, cesar de su desenfreno haciéndolos más débiles. Ahora mismo», dijo, «los cortaré en dos mitades a cada uno y de esta forma serán a la vez más débiles y más útiles para nosotros por ser más numerosos. Andarán rectos sobre dos piernas y si nos parece que todavía perduran en su insolencia y no quieren permanecer tranquilos, de nuevo», dijo, «los cortaré en dos mitades, de modo que caminarán dando saltos sobre una sola pierna». Dicho esto, cortaba a cada individuo en dos mitades, como los que cortan las serbas y las ponen en conserva o como los que cortan los huevos con crines. Y al que iba cortando ordenaba a Apolo que volviera su rostro y la mitad de su cuello en dirección al corte, para que el hombre, al ver su propia división, se hiciera más moderado, ordenándole también curar lo demás. Entonces, Apolo volvía el rostro y, juntando la piel de todas partes en lo que ahora se llama vientre, como bolsas cerradas con cordel, la ataba haciendo un agujero en

medio del vientre, lo que llaman precisamente ombligo. Alisó las otras arrugas en su mayoría y modeló también el pecho con un instrumento parecido al de los zapateros cuando alisan sobre la horma los pliegues de los cueros. Pero dejó unas pocas en torno al vientre mismo y al ombligo, para que fueran un recuerdo del antiguo estado. Así, pues, una vez que fue seccionada en dos la forma original, añorando cada uno su propia mitad se juntaba con ella y rodeándose con las manos y entrelazándose unos con otros, deseosos de unirse en una sola naturaleza, morían de hambre y de absoluta inacción, por no querer hacer nada separados unos de otros. Y cada vez que moría una de las mitades y quedaba la otra, la que quedaba buscaba otra y se enlazaba con ella, ya se tropezara con la mitad de una mujer entera, lo que ahora precisamente llamamos mujer, ya con la de un hombre, y así seguían muriendo. Compadeciéndose entonces Zeus, inventa otro recurso y traslada sus órganos genitales hacia la parte delantera, pues hasta entonces también éstos los tenían por fuera y engendraban y parían no los unos en los otros, sino en la tierra, como las cigarras. De esta forma, pues, cambió hacia la parte frontal sus órganos genitales y consiguió que mediante éstos tuviera lugar la generación en ellos mismos, a través de lo masculino en lo femenino, para que, si en el abrazo se encontraba hombre con mujer, engendraran y siguiera existiendo la especie humana, pero, si se encontraba varón con varón, hubiera, al menos, satisfacción de su contacto, descansaran, volvieran a sus trabajos y se preocuparan de las demás cosas de la vida. Desde hace tanto tiempo, pues, es el amor de los unos a los otros innato en los hombres y restaurador de la antigua naturaleza, que intenta hacer uno solo de dos y sanar la naturaleza humana. Por tanto, cada uno de nosotros es un símbolo de hombre, al haber queda-

do seccionado en dos de uno solo, como los lenguados. Por esta razón, precisamente, cada uno está buscando siempre su propio símbolo. En consecuencia, cuantos hombres son sección de aquel ser de sexo común que entonces se llamaba andrógino son aficionados a las mujeres, y pertenece también a este género la mayoría de los adúlteros; y proceden también de él cuantas mujeres, a su vez, son aficionadas a los hombres y adúlteras. Pero cuantas mujeres son sección de mujer, no prestan mucha atención a los hombres, sino que están más inclinadas a las mujeres, y de este género proceden también las lesbianas. Cuantos, por el contrario, son sección de varón, persiguen a los varones y mientras son jóvenes, al ser rodajas de varón, aman a los hombres y se alegran de acostarse y abrazarse; éstos son los mejores de entre los jóvenes y adolescentes, ya que son los más viriles por naturaleza. Algunos dicen que son unos desvergonzados, pero se equivocan. Pues no hacen esto por desvergüenza, sino por audacia, hombría y masculinidad, abrazando lo que es similar a ellos. Y una gran prueba de esto es que, llegados al término de su formación, los de tal naturaleza son los únicos que resultan valientes en los asuntos políticos. Y cuando son ya unos hombres, aman a los mancebos y no prestan atención por inclinación natural a los casamientos ni a la procreación de hijos, sino que son obligados por la ley, pues les basta vivir solteros todo el tiempo en mutua compañía. Por consiguiente, el que es de tal clase resulta, ciertamente, un amante de mancebos y un amigo del amante, ya que siempre se apega a lo que le está emparentado. Pero, cuando se encuentran con aquella auténtica mitad de sí mismos tanto el pederasta como cualquier otro, quedan entonces maravillosamente impresionados por afecto, afinidad y amor, sin querer, por así decirlo, separarse unos de otros ni siquiera por un momento. Éstos

son los que permanecen unidos en mutua compañía a lo largo de toda su vida, y ni siquiera podrían decir qué desean conseguir realmente unos de otros. Pues a ninguno se le ocurriría pensar que ello fuera el contacto de las relaciones sexuales y que, precisamente por esto, el uno se alegra de estar en compañía del otro con tan gran empeño. Antes bien, es evidente que el alma de cada uno desea otra cosa que no puede expresar, si bien adivina lo que quiere y lo insinúa enigmáticamente. Y si mientras están acostados juntos se presentara Hefesto con sus instrumentos y les preguntara: «¿Qué es, realmente, lo que queréis, hombres, conseguir uno del otro?», y si al verlos perplejos volviera a preguntarles: «¿Acaso lo que deseáis es estar juntos lo más posible el uno del otro, de modo que ni de noche ni de día os separéis el uno del otro? Si realmente deseáis esto, quiero fundiros y soldaros en uno solo, de suerte que siendo dos lleguéis a ser uno, y mientras viváis, como si fuerais uno solo, viváis los dos en común y, cuando muráis, también allí en el Hades seáis uno en lugar de dos, muertos ambos a la vez. Mirad, pues, si deseáis esto y si estaréis contentos si lo conseguís». Al oír estas palabras, sabemos que ninguno se negaría ni daría a entender que desea otra cosa, sino que simplemente creería haber escuchado lo que, en realidad, anhelaba desde hacía tiempo: llegar a ser uno solo de dos, juntándose y fundiéndose con el amado. Pues la razón de esto es que nuestra antigua naturaleza era como se ha descrito y nosotros estábamos íntegros. Amor es, en consecuencia, el nombre para el deseo y persecución de esta integridad. Antes, como digo, éramos uno, pero ahora, por nuestra iniquidad, hemos sido separados por la divinidad, como los arcadios por los lacedemonios. Existe, pues, el temor de que, si no somos mesurados respecto a los dioses, podamos ser partidos de nuevo en dos y andemos por

ahí como los que están esculpidos en relieve en las estelas, serrados en dos por la nariz, convertidos en téseras. Ésta es la razón, precisamente, por la que todo hombre debe exhortar a otros a ser piadosos con los dioses en todo, para evitar lo uno y conseguir lo otro, siendo Eros nuestro guía y caudillo. Que nadie obre en su contra –y obra en su contra el que se enemista con los dioses–, pues si somos sus amigos y estamos reconciliados con el dios, descubriremos y nos encontraremos con nuestros propios amados, lo que ahora consiguen sólo unos pocos. Y que no me interrumpa Erixímaco para burlarse de mi discurso diciendo que aludo a Pausanias y a Agatón, pues tal vez también ellos pertenezcan realmente a esta clase y sean ambos varones por naturaleza. Yo me estoy refiriendo a todos, hombres y mujeres, cuando digo que nuestra raza sólo podría llegar a ser plenamente feliz si lleváramos el amor a su culminación y cada uno encontrara el amado que le pertenece retornando a su antigua naturaleza. Y si esto es lo mejor, necesariamente también será lo mejor lo que, en las actuales circunstancias, se acerque más a esto, a saber, encontrar un amado que por naturaleza responda a nuestras aspiraciones. Por consiguiente, si celebramos al dios causante de esto, celebraríamos con toda justicia a Eros, que en el momento actual nos procura los mayores beneficios por llevarnos a lo que nos es afín y nos proporciona para el futuro las mayores esperanzas de que, si mostramos piedad con los dioses, nos hará dichosos y plenamente felices, tras restablecernos en nuestra antigua naturaleza y curarnos.

EL NACIMIENTO DE EROS

Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un banquete y, entre otros, estaba también Poros, el hijo de Metis. Después que terminaron de comer, vino a mendigar Penía, como era de esperar en una ocasión festiva, y estaba cerca de la puerta. Mientras, Poros, embriagado de néctar –pues aún no había vino–, entró en el jardín de Zeus y, entorpecido por la embriaguez, se durmió. Entonces Penía, maquinando, impulsada por su carencia de recursos, hacerse un hijo de Poros, se acuesta a su lado y concibió a Eros. Por esta razón, precisamente, es Eros también acompañante y escudero de Afrodita, al ser engendrado en la fiesta del nacimiento de la diosa y al ser a la vez, por naturaleza un amante de lo bello, dado que también Afrodita es bella. Siendo hijo, pues, de Poros y Penía, Eros se ha quedado con las siguientes características. En primer lugar, es siempre pobre, y lejos de ser delicado y bello, como cree la mayoría, es, más bien, duro y seco, descalzo y sin casa, duerme siempre en el suelo y descubierto, se acuesta a la intemperie en las puertas y al borde de los caminos, compañero siempre inseparable de la indigencia por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otra parte, de acuerdo con la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bello y de lo bueno; es valiente, audaz y activo, hábil cazador, siempre urdiendo alguna trama, ávido de sabiduría y rico en recursos, un amante del conocimiento a lo largo de toda su vida, un formidable mago, hechicero y sofista. No es por naturaleza ni

inmortal ni mortal, sino que en el mismo día unas veces florece y vive, cuando está en la abundancia, y otras muere, pero recobra la vida de nuevo gracias a la naturaleza de su padre. Mas lo que consigue siempre se le escapa, de suerte que Eros nunca ni está falto de recursos ni es rico, y está, además, en el medio de la sabiduría y la ignorancia. Pues la cosa es como sigue: ninguno de los dioses ama la sabiduría ni desea ser sabio, porque ya lo es, como tampoco ama la sabiduría cualquier otro que sea sabio. Por otro lado, los ignorantes ni aman la sabiduría ni desean hacerse sabios, pues en esto precisamente es la ignorancia una cosa molesta: en que quien no es ni bello, ni bueno, ni inteligente se crea a sí mismo que lo es suficientemente. Así, pues, el que no cree estar necesitado no desea tampoco lo que no cree necesitar.

EL MISTERIO DEL AMOR

Éstas son, pues, las cosas del amor en cuyo misterio también tú, Sócrates, tal vez podrías iniciarte. Pero en los ritos finales y suprema revelación, por cuya causa existen aquéllas, si se procede correctamente, no sé si serías capaz de iniciarte. Por consiguiente, yo misma te los diré –afirmó– y no escatimaré ningún esfuerzo; intenta seguirme, si puedes. Es preciso, en efecto –dijo–, que quien quiera ir por el recto camino a ese fin comience desde joven a dirigirse hacia los cuerpos bellos. Y, si su guía lo dirige rectamente, enamorarse en primer lugar de un solo cuerpo y engendrar en él bellos razonamientos; luego debe comprender que la belleza que hay en cualquier cuerpo es afín a la que hay en otro y que, si es preciso perseguir la belleza de la forma, es una gran necedad no considerar una y la misma la belleza que hay en todos los cuerpos. Una vez que haya comprendido esto, debe hacerse amante de todos los cuerpos bellos y calmar ese fuerte arrebato por uno solo, despreciándolo y considerándolo insignificante. A continuación debe considerar más valiosa la belleza de las almas que la del cuerpo, de suerte que si alguien es virtuoso de alma, aunque tenga un escaso esplendor, séale suficiente para amarle, cuidarle, engendrar y buscar razonamientos tales que hagan mejores a los jóvenes, para que sea obligado, una vez más, a contemplar la belleza que reside en las normas de conducta y en las leyes y a reconocer que todo lo bello está emparentado consigo mismo, y considere de esta for-

ma la belleza del cuerpo como algo insignificante. Después de las normas de conducta debe conducirle a las ciencias, para que vea también la belleza de éstas y, fijando ya su mirada en esa inmensa belleza, no sea, por servil dependencia, mediocre y corto de espíritu, apegándose, como un esclavo, a la belleza de un solo ser, cual la de un muchacho, de un hombre o de una norma de conducta, sino que, vuelto hacia ese mar de lo bello y contemplándolo, engendre muchos bellos y magníficos discursos y pensamientos en ilimitado amor por la sabiduría, hasta que fortalecido entonces y crecido descubra una única ciencia cual es la ciencia de una belleza como la siguiente. Intenta ahora –dijo– prestarme la máxima atención posible. En efecto, quien hasta aquí haya sido instruido en las cosas del amor, tras haber contemplado las cosas bellas en ordenada y correcta sucesión, descubrirá de repente, llegando ya al término de su iniciación amorosa, algo maravillosamente bello por naturaleza, a saber, aquello mismo, Sócrates, por lo que precisamente se hicieron todos los esfuerzos anteriores, que, en primer lugar, existe siempre y ni nace ni perece, ni crece ni decrece; en segundo lugar, no es bello en un aspecto y feo en otro, ni unas veces bello y otras no, ni bello respecto a una cosa y feo respecto a otra, ni aquí bello y allí feo, como si fuera para unos bello y para otros feo. Ni tampoco se le aparecerá esta belleza bajo la forma de un rostro ni de unas manos ni de cualquier otra cosa, de las que participa un cuerpo, ni como un razonamiento, ni como una ciencia, ni como existente en otra cosa por ejemplo, en un ser vivo, en la tierra, en el cielo o en algún otro, sino la belleza en sí, que es siempre consigo misma específicamente única, mientras que todas las otras cosas bellas participan de ella de una manera tal que el nacimiento y muerte de éstas no le causa ni aumento ni disminución, ni le ocurre absoluta-

mente nada. Por consiguiente, cuando alguien asciende a partir de las cosas de este mundo mediante el recto amor de los jóvenes y empieza a divisar aquella belleza, puede decirse que toca casi el fin. Pues ésta es justamente la manera correcta de acercarse a las cosas del amor o de ser conducido por otro: empezando por las cosas bellas de aquí y sirviéndose de ellas como de peldaños ir ascendiendo continuamente, en base a aquella belleza, de uno solo a dos y de dos a todos los cuerpos bellos y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a los bellos conocimientos, y partiendo de éstos terminar en aquel conocimiento que es conocimiento no de otra cosa sino de aquella belleza absoluta, para que conozca al fin lo que es la belleza en sí. En este período de la vida, querido Sócrates –dijo la extranjera de Mantinea–, más que en ningún otro, le merece la pena al hombre vivir: cuando contempla la belleza en sí. Si alguna vez llegas a verla, te parecerá que no es comparable ni con el oro ni con los vestidos ni con los jóvenes y adolescentes bellos, ante cuya presencia ahora te quedas extasiado y estás dispuesto, tanto tú como otros muchos, con tal de poder ver al amado y estar siempre con él, a no comer ni beber, si fuera posible, sino únicamente a contemplarlo y estar en su compañía. ¿Qué debemos imaginar, pues –dijo–, si le fuera posible a alguno ver la belleza en sí, pura, limpia, sin mezcla y no infectada de carnes humanas, ni de colores ni, en suma, de otras muchas fruslerías mortales, y pudiera contemplar la divina belleza en sí, específicamente única? ¿Acaso crees –dijo– que es vana la vida de un hombre que mira en esa dirección, que contempla esa belleza con lo que es necesario contemplarla y vive en su compañía? ¿O no crees –dijo– que sólo entonces, cuando vea la belleza con lo que es visible, le será posible engendrar, no ya imágenes de virtud, al no estar en con-

tacto con una imagen, sino virtudes verdaderas, ya que está en contacto con la verdad? Y al que ha engendrado y criado una virtud verdadera, ¿no crees que le es posible hacerse amigo de los dioses y llegar a ser, si algún otro hombre puede serlo, inmortal también él?

EL DESTINO DE LAS ALMAS

Se cuenta eso de que, cuando cada uno muere, el *daímōn* de cada uno, el que le cupo en suerte en vida, ése intenta llevarlo hacia un cierto lugar, en donde es preciso que los congregados sean sentenciados para marchar hacia el Hades en compañía del guía aquel al que le está encomendado dirigirlos de aquí hasta allí. Y una vez que allí reciben lo que deben recibir y permanecen el tiempo que deben, de nuevo en sentido inverso los reconduce el guía a través de muchos y amplios períodos de tiempo. No es, por tanto, el viaje como dice el *Télefo* de Esquilo. Pues él dice que es sencillo el sendero que conduce al Hades; pero me parece que ni es sencillo ni único. Pues, de serlo, no se necesitarían guías, ya que entonces ninguno se extraviaría nunca, por ser único el camino. Ahora, empero, parece que presenta muchas bifurcaciones y encrucijadas. Lo digo conjeturándolo por los ritos fúnebres y las ceremonias habituales de aquí. Ciertamente el alma ordenada y sensata sigue y no ignora lo que tiene ante sí. Pero la que estuvo apasionada de su cuerpo, como decía en lo anterior, y que durante largo tiempo ha estado prendada de éste y del lugar de lo visible, ofreciendo muchas resistencias y tras sufrir mucho, marcha con violencia y a duras penas conducida por el *daímōn* designado. Y cuando llega allí donde las demás, al alma que va sin purificar y que ha cometido algún crimen, que ha ejecutado asesinatos injustos o perpetrado otros delitos por el estilo, que resultan hermanos de ésos o actos propios de almas

hermanas, a ésta todo el mundo la rehúye y le vuelve la espalda y nadie quiere hacerse su compañero de viaje ni su guía, y ella va errante encontrándose en una total indigencia hasta que pasan ciertos períodos de tiempo, al llegar los cuales es arrastrada por la necesidad hacia la morada que le corresponde. En cambio, la que ha pasado la vida pura y moderadamente, tras encontrar allí a dioses como compañeros de viaje y guías, habita el lugar que ella se merece. Y son muchas y maravillosas las regiones de la tierra, y ella no es, ni en aspecto ni en tamaño, como opinan los que están habituados a hablar de las cosas bajo tierra, según yo me he dejado convencer por alguien. [...]

–Por nuestra parte, desde luego –dijo Simmias–, de buena gana escucharíamos ese mito.

–Pues bien, amigo mío –dijo él–, se cuenta que esa tierra en su aspecto visible, si uno la contempla desde lo alto, es como las pelotas de doce franjas de cuero, variopinta, decorada por los colores, de los que los colores que hay aquí, esos que usan los pintores, son como muestras. Allí toda la tierra está formada con ellos, que además son mucho más brillantes y más puros que los de aquí. Una parte es purpúrea y de una belleza admirable, otra de aspecto dorado, y otra toda blanca, y más blanca que el yeso o la nieve; y del mismo modo está adornada también con otros colores, más numerosos y más bellos que todos los que nosotros hemos visto. Porque también sus propias cavidades, que están colmadas de agua y de aire, le proporcionan cierta belleza de colorido, al resplandecer entre la variedad de los demás colores, de modo que proyectan la imagen de un tono continuo e irisado. Y en ella, por ser tal como es, las plantas crecen proporcionadamente: árboles, flores y frutos. Y, a la par, los montes presentan sus rocas también con igual proporción, más bellas [que las de aquí] por su lisura,

su transparencia y sus colores. Justamente partículas de ésas son las piedrecillas éstas tan apreciadas: cornalinas, jaspes, esmeraldas, y todas las semejantes. Pero allí no hay nada que no sea de tal clase y aún más hermoso. La causa de esto es que allí las piedras son puras y no están corroídas ni estropeadas como las de acá por la podredumbre y la salinidad de los elementos que aquí han confluido, que causan tanto a las piedras como a la tierra y a los animales y plantas afeamientos y enfermedades. Pero la tierra auténtica está embellecida por todo eso y, además, por oro y plata y las demás cosas de esa clase. Pues todas esas riquezas están expuestas a la vista, y son muchas en cantidad, y grandes en cualquier lugar de la tierra, de manera que contemplarla es un espectáculo propio de felices espectadores. En ella hay muchos seres vivos, y entre ellos seres humanos, que viven los unos en el interior de la tierra, y otros en torno al aire como nosotros en torno al mar, y otros habitan en islas bañadas por el aire a corta distancia de la tierra firme. En una palabra, lo que para nosotros es el agua y el mar para nuestra utilidad, eso es allí el aire, y lo que para nosotros es el aire, para ellos lo es el éter. Sus estaciones mantienen una temperatura tal que ellos desconocen las enfermedades y viven mucho más tiempo que la gente de acá, y en vista, oído, inteligencia y todas las demás facultades nos aventajan en la misma proporción en que se distancia el aire del agua y el éter del aire respecto a ligereza y pureza. Por cierto que también tienen ellos bosques consagrados a los dioses y templos, en los que los dioses están de verdad, y tienen profecías, oráculos, apariciones de los dioses, y tratos personales y recíprocos. En cuanto al sol, la luna y las estrellas, ellos los ven como son realmente, y el resto de su felicidad está acorde con estos rasgos. Conque así están formadas naturalmente la tierra en su conjunto y las cosas que rodean

la tierra. Pero hay también en ella, de acuerdo con sus cavidades, muchos lugares distribuidos en círculo en toda su superficie; los unos más profundos y más abiertos que este en el que nosotros vivimos; otros que, siendo más hondos, tienen una apertura menor que este terreno nuestro, y otros hay que son de menor hondura que éste y más amplios. Todos estos están conectados entre sí bajo tierra en muchos puntos y por orificios a veces más estrechos y otros más anchos, y tienen conductos por donde fluye agua abundante de unos a otros como en los vasos comunicantes. Incluso hay bajo tierra ríos perennes de incontable grandeza, tanto de aguas calientes como frías. E inmenso fuego y ríos enormes de fuego, y otros muchos de fango húmedo, más limpio o más cenagoso, como esos torrentes de barro que en Sicilia fluyen por delante de la lava y como la misma lava.

De ellos se llenan, en efecto, todos esos lugares, cuando les alcanza en su turno la corriente circular. Todos estos elementos se mueven hacia arriba y hacia abajo como si hubiera dentro de la tierra una especie de columpio. Esta oscilación de columpio resulta a causa de su naturaleza, que es así. Hay entre las simas de la tierra una que resulta ser extraordinariamente la mayor y que atraviesa de parte a parte la tierra entera. A ella alude Homero cuando dice: «Muy lejos, por donde está bajo tierra el abismo más profundo», y es la que en otro lugar él, y también otros muchos poetas, ha denominado Tártaro. Pues hacia este abismo confluyen todos los ríos y desde éste de nuevo refluyen. Cada uno de ellos se hace tal cual es la tierra por la que fluye. La causa de que manen desde allí, y allá afluyan todas las corrientes, es que esa masa de agua no tiene ni fondo ni lecho. Conque se balancea y forma olas arriba y abajo y el aire y el viento que la rodean hacen lo mismo. Porque la acompañan tanto

cuando se precipita hacia la tierra de más allá como cuando hacia las regiones de más acá, y como el aire que fluye de los que respiran continuamente fluye en espiraciones e inspiraciones, así también, moviéndose al compás de la masa húmeda, el aire produce ciertos vientos tremendos e incalculables tanto al entrar como al salir. Así que, cuando se retira el agua hacia el lugar que llamamos de abajo, las corrientes afluyen a través de la tierra hacia aquellos terrenos de abajo y los llenan como hacen los que riegan acequias. Y cuando se retira de allí, y avanza hacia acá, llena a su vez los terrenos de aquí, y lo lleno fluye a través de los canales y a través de la tierra, llegando cada vez a los lugares a los que se encaminaba, y allí crea mares, lagunas, ríos y fuentes. Desde aquí se sumergen de nuevo bajo tierra, rodeando unas unos terrenos más extensos y más numerosos, y otras espacios menores y más cortos, y abocan al Tártaro, las unas bastante más abajo que su lugar de origen, y otras tan sólo un poco. Pero todas desembocan por debajo de su punto de partida, y algunas vienen a dar a la zona de enfrente de la que habían abandonado, y otras al mismo lado. Las hay que, discurriendo en círculo, dieron una vuelta completa, enroscándose a la tierra como las serpientes, una o muchas veces, y vienen a desembocar de nuevo tras haber descendido todo lo posible. Les es posible a unas y otras descender hasta el centro, pero no más allá; porque a las corrientes de ambos lados la otra parte les queda cuesta arriba.

Hay muchas, grandes y variadas corrientes, pero entre esas muchas destacan cuatro corrientes, de las que aquella con un curso mayor y más extenso que fluye en círculo es el llamado Océano. Enfrente de él y en sentido opuesto fluye el Aqueronte, que discurre a través de otras y desérticas regiones y, discurriendo bajo tierra, llega hasta la

laguna Aquerusíade, adonde van a parar la mayoría de las almas de los difuntos, para permanecer allí durante ciertos tiempos predeterminados, las unas en estancias más largas, y las otras menos, y de allí son enviadas de nuevo a las generaciones de los seres vivos. Un tercer río sale de en medio de éstos, y cerca de su nacimiento desemboca en un terreno amplio que está ardiendo con fuego abundante, y forma una laguna mayor que nuestro mar, hirviente de agua y barro. Desde allí avanza turbulento y cenagoso, y dando vueltas a la tierra llega a otros lugares y a los confines del lago Aquerusíade, sin mezclarse con el agua de éste. Y enroscándose varias veces a la tierra desemboca en la parte de más abajo del Tártaro. Éste es el río que denominan Piriflegetonte, cuyos torrentes de lava arrojan fragmentos al brotar en cualquier lugar de la tierra. Y, a su vez, de enfrente de éste surge el cuarto río, que primero va por un lugar terrible y salvaje, según se dice, y que tiene todo él un color como el del lapislázuli; es el que llaman Estigio, y Estigia llaman a la laguna que forma el río al desembocar allí. Tras haber afluido en ella y haber cobrado tremendas energías en el agua, se sumerge bajo tierra y avanza dando vueltas en un sentido opuesto al Piriflegetonte hasta penetrar en la laguna Aquerusíade por el lado contrario. Tampoco su agua se mezcla con ninguna, sino que avanza serpenteando y desemboca en el Tártaro enfrente del Piriflegetonte. El nombre de este río es, según cuentan los poetas, Cocito.

Siendo así la naturaleza de esos lugares, una vez que los difuntos llegan a la región adonde a cada uno le conduce su *daímōn*, comienzan por ser juzgados los que han vivido bien y piadosamente y los que no. Y quienes parece que han vivido moderadamente, enviados hacia el Aqueronte, suben a las embarcaciones que hay para ellos, y sobre éstas

llegan a la laguna, y allá habitan purificándose y pagando las penas de sus delitos, si es que han cometido alguno, y son absueltos y reciben honores por sus buenas acciones, cada uno según su mérito. En cambio, los que se estima que son irremediables a causa de la magnitud de sus crímenes, ya sea porque cometieron numerosos y enormes sacrilegios, o asesinatos injustos e ilegales en abundancia, y cualquier tipo de crímenes por el estilo, a ésos el destino que les corresponde los arroja al Tártaro, de donde nunca saldrán. Y los que parece que han cometido pecados grandes, pero curables, como por ejemplo atropellar brutalmente en actos de ira a su padre o su madre, y luego han vivido con remordimiento el resto de su vida, o que se han hecho homicidas en algún otro proceso semejante, éstos es necesario que sean arrojados al Tártaro, pero tras haber caído en él y haber pasado allá un año entero los expulsa el oleaje, a los criminales por el Cocito, y a los que maltrataron al padre o a la madre por el Piriflegetonte. Cuando llegan arrastrados por los ríos a la laguna Aquerusíade, entonces gritan y llaman, los unos a quienes mataron, los otros a quienes ofendieron, y en sus clamores les suplican y les ruegan que les permitan salir a la laguna y que los acepten allí y, si los persuaden, salen y cesan sus males; y si no, son arrastrados otra vez hacia el Tártaro y desde allí de nuevo por los ríos, y sus padecimientos no cesan hasta que logran convencer a quienes dañaron injustamente. Pues esa es la sentencia que les ha sido impuesta por sus jueces. En cambio, los que se estima que se distinguieron por su santo vivir, éstos son los que, liberándose de esas regiones del interior de la tierra y apartándose de ellas como de cárceles, ascienden a la superficie para llegar a la morada pura y establecerse sobre la tierra. De entre ellos, los que se han purificado suficientemente en el ejercicio de la filosofía viven

completamente sin cuerpos para todo el porvenir, y van a parar a moradas aún más bellas que ésas, que no es fácil describirlas ni tampoco tenemos tiempo suficiente para ello en este momento. Así que con vistas a eso que hemos relatado, Simmias, es preciso hacerlo todo de tal modo que participemos de la virtud y la prudencia en esta vida. Pues es bella la competición y la esperanza grande.

EL ANILLO DE GIGES

Giges era un pastor que servía al entonces rey de Lidia. Un día sobrevino una gran tormenta y un terremoto que rasgó la tierra y produjo un abismo en el lugar en que Giges llevaba el ganado a pastorear. Asombrado al ver esto, descendió al abismo y halló, entre otras maravillas que narran los mitos, un caballo de bronce, hueco y con ventanillas, a través de las cuales divisó adentro un cadáver de tamaño más grande que el de un hombre, según parecía, y que no tenía nada excepto un anillo de oro en la mano. Giges le quitó el anillo y salió del abismo. Ahora bien, los pastores hacían su reunión habitual para dar al rey el informe mensual concerniente a la hacienda, cuando llegó Giges llevando el anillo. Tras sentarse entre los demás, casualmente volvió el engaste del anillo hacia el interior de su mano. Al suceder esto se tornó invisible para los que estaban sentados allí, quienes se pusieron a hablar de él como si se hubiera ido. Giges se asombró, y luego, examinando el anillo, dio vuelta el engaste hacia fuera y tornó a hacerse visible. Al advertirlo, experimentó con el anillo para ver si tenía tal propiedad, y comprobó que así era: cuando giraba el engaste hacia adentro, su dueño se hacía invisible, y, cuando lo giraba hacia afuera, se hacía visible. En cuanto se hubo cerciorado de ello, maquinó el modo de formar parte de los que fueron a la residencia del rey como informantes; y una vez allí sedujo a la reina, y con ayuda de ella mató al rey y se apoderó del gobierno.

EL CASO FENICIO

Vosotros, todos cuantos habitáis en el Estado, sois hermanos. Pero el dios que os modeló puso oro en la mezcla con que se generaron cuantos de vosotros son capaces de gobernar, por lo cual son los que más valen; plata, en cambio, en la de los guardias, y hierro y bronce en las de los labradores y demás artesanos. Puesto que todos sois congéneres, la mayoría de las veces engendraréis hijos semejantes a vosotros mismos, pero puede darse el caso de que de un hombre de oro sea engendrado un hijo de plata, o de uno de plata uno de oro, y de modo análogo entre los hombres diversos. En primer lugar y de manera principal, el dios ordena a los gobernantes que de nada sean tan buenos guardianes y nada vigilen tan intensamente como aquel metal que se mezcla en la composición de las almas de sus hijos. E incluso si sus propios hijos nacen con una mezcla de bronce o de hierro, de ningún modo tendrán compasión, sino que, estimando el valor adecuado de sus naturalezas, los arrojarán entre los artesanos o los labradores. Y si de éstos, a su vez, nace alguno con mezcla de oro o plata, tras tasar su valor, los ascenderán entre los guardianes o los guardias, respectivamente, con la idea de que existe un oráculo según el cual el Estado sucumbirá cuando lo custodie un guardián de hierro o bronce.

ALEGORÍA DE LA CAVERNA

–Después de eso –proseguí– compara nuestra naturaleza respecto de su educación y de su falta de educación con una experiencia como ésta. Represéntate hombres en una morada subterránea en forma de caverna, que tiene la entrada abierta, en toda su extensión, a la luz. En ella están desde niños con las piernas y el cuello encadenados, de modo que deben permanecer allí y mirar sólo delante de ellos, porque las cadenas les impiden girar en derredor la cabeza. Más arriba y más lejos se halla la luz de un fuego que brilla detrás de ellos; y entre el fuego y los prisioneros hay un camino más alto, junto al cual imagínate un tabique construido de lado a lado, como el biombo que los titiriteros levantan delante del público para mostrar, por encima del biombo, los muñecos.

–Me lo imagino.

–Imagínate ahora que, del otro lado del tabique, pasan sombras que llevan toda clase de utensilios y figurillas de hombres y otros animales, hechos en piedra y madera y de diversas clases; y entre los que pasan unos hablan y otros callan.

–Extraña comparación haces, y extraños son esos prisioneros.

–Pero son como nosotros. Pues, en primer lugar, ¿crees que han visto de sí mismos, o unos de los otros, otra cosa que las sombras proyectadas por el fuego en la parte de la caverna que tienen frente a sí?

–Claro que no, si toda su vida están forzados a no mover las cabezas.

–¿Y no sucede lo mismo con los objetos que llevan los que pasan del otro lado del tabique?

–Indudablemente.

–Pues entonces, si dialogaran entre sí, ¿no te parece que entenderían estar nombrando a los objetos que pasan y que ellos ven?

–Necesariamente.

–Y si la prisión contara con un eco desde la pared que tienen frente a sí, y alguno de los que pasan del otro lado del tabique hablara, ¿no piensas que creerían que lo que oyen proviene de la sombra que pasa delante de ellos?

–¡Por Zeus que sí!

–¿Y que los prisioneros no tendrían por real otra cosa que las sombras de los objetos artificiales transportados?

–Es de toda necesidad.

–Examina ahora el caso de una liberación de sus cadenas y de una curación de su ignorancia, qué pasaría si naturalmente les ocurriese esto: que uno de ellos fuera liberado y forzado a levantarse de repente, volver el cuello y marchar mirando a la luz y, al hacer todo esto, sufriera y a causa del encandilamiento fuera incapaz de percibir aquellas cosas cuyas sombras había visto antes. ¿Qué piensas que respondería si se le dijese que lo que había visto antes eran fruslerías y que ahora, en cambio, está más próximo a lo real, vuelto hacia cosas más reales y que mira correctamente? Y si se le mostrara cada uno de los objetos que pasan del otro lado de tabique y se le obligara a contestar preguntas sobre lo que son, ¿no piensas que se sentirá en dificultades y que considerará que las cosas que antes veía eran más verdaderas que las que se le muestran ahora?

–Mucho más verdaderas.

–Y si se le forzara a mirar hacia la luz misma, ¿no le dolerían los ojos y trataría de eludirla, volviéndose hacia aquellas cosas que podía percibir, por considerar que éstas son realmente más claras que las que se le muestran?

–Así es.

–Y si a la fuerza se lo arrastrara por una escarpada y empinada cuesta, sin soltarlo antes de llegar hasta la luz del sol, ¿no sufriría acaso y se irritaría por ser arrastrado y, tras llegar a la luz, tendría los ojos llenos de fulgores que le impedirían ver uno solo de los objetos que ahora decimos que son los verdaderos?

–Por cierto al menos inmediatamente.

–Necesitaría acostumbrarse, para poder llegar a mirar las cosas de arriba. En primer lugar miraría con mayor facilidad las sombras, y después las figuras de los hombres y de los otros objetos reflejados en el agua, luego los hombres y los objetos mismos. A continuación contemplaría de noche lo que hay en el cielo y el cielo mismo, mirando la luz de los astros y la luna más fácilmente que, durante el día, el sol y la luz del sol.

–Sin duda.

–Finalmente, pienso, podría percibir el sol, no ya en imágenes en el agua o en otros lugares que le son extraños, sino contemplarlo como es en sí y por sí, en su propio ámbito.

–Necesariamente.

–Después de lo cual concluiría, con respecto al sol, que es lo que produce las estaciones y los años y que gobierna todo en el ámbito visible y que de algún modo es causa de las cosas que ellos habían visto.

–Es evidente que, después de todo esto, arribaría a tales conclusiones.

–Y si se acordara de su primera morada, del tipo de sabi-

duría existente allí y de sus entonces compañeros de cautiverio, ¿no piensas que se sentiría feliz del cambio y que los compadecería?

–Por cierto.

–Respecto de los honores y elogios que se tributaban unos a otros, y de las recompensas para aquel que con mayor agudeza divisara las sombras de los objetos que pasaban detrás del tabique, y para el que mejor se acordase de cuáles habían desfilado habitualmente antes y cuáles después, y para aquel de ellos que fuese capaz de adivinar lo que iba a pasar, ¿te parece que estaría deseoso de todo eso y que envidiaría a los más honrados y poderosos entre aquéllos? ¿O más bien no le pasaría como al Aquiles de Homero, y «preferiría ser un labrador que fuera siervo de un hombre pobre» o soportar cualquier otra cosa, antes que volver a su anterior modo de opinar y a aquella vida?

–Así creo también yo, que padecería cualquier cosa antes que soportar aquella vida.

–Piensa ahora esto: si descendiera nuevamente y ocupara su propio asiento, ¿no tendría ofuscados los ojos por las tinieblas, al llegar repentinamente del sol?

–Sin duda.

–Y si tuviera que discriminar de nuevo aquellas sombras, en ardua competencia con aquellos que han conservado en todo momento las cadenas, y viera confusamente hasta que sus ojos se reacomodaran a ese estado y se acostumbraran en un tiempo nada breve, ¿no se expondría al ridículo y a que se dijera de él que, por haber subido hasta lo alto, se había estropeado los ojos, y que ni siquiera valdría la pena intentar marchar hacia arriba? Y si intentase desatarlos y conducirlos hacia la luz, ¿no lo matarían, si pudieran tenerlo en sus manos y matarlo?

ER, EL ARMENIO

No es precisamente un relato de Alcínoo lo que te voy a contar, sino el relato de un bravo varón, Er el armenio, de la tribu panfilia. Habiendo muerto en la guerra, cuando al décimo día fueron recogidos los cadáveres putrefactos, él fue hallado en buen estado; introducido en su casa para enterrarlo, yacía sobre la pira cuando volvió a la vida y, resucitado, contó lo que había visto allá. Dijo que, cuando su alma había dejado el cuerpo, se puso en camino junto con muchas otras almas, y llegaron a un lugar maravilloso, donde había en la tierra dos aberturas, una frente a la otra, y arriba, en el cielo, otras dos opuestas a las primeras. Entre ellas había jueces sentados que, una vez pronunciada su sentencia, ordenaban a los justos que caminaran a la derecha y hacia arriba, colgándoles por delante letreros indicativos de cómo habían sido juzgados, y a los injustos los hacían marchar a la izquierda y hacia abajo, portando por atrás letreros indicativos de lo que habían hecho. Al aproximarse Er, le dijeron que debía convertirse en mensajero de las cosas de allá para los hombres, y le recomendaron que escuchara y contemplara cuanto sucedía en ese lugar. Miró entonces cómo las almas, una vez juzgadas, pasaban por una de las aberturas del cielo y de la tierra, mientras por una de las otras dos subían desde abajo de la tierra almas llenas de suciedad y de polvo, en tanto por la restante descendían desde el cielo otras, limpias. Y las que llegaban parecían volver de un largo viaje; marchaban gozosas a acam-

par en el prado, como en un festival, y se saludaban entre sí cuantas se conocían, y las que venían de la tierra inquirían a las otras sobre lo que pasaba en el cielo, y las que procedían del cielo sobre lo que sucedía en la tierra; y hacían sus relatos unas a otras, unas con lamentos y quejidos, recordando cuantas cosas habían padecido y visto en su marcha bajo tierra –que duraba mil años–, mientras las procedentes del cielo narraban sus goces y espectáculos de inconmensurable belleza. Tomaría mucho tiempo, Glaucón, referir sus múltiples relatos, pero lo principal era lo siguiente: cuantas injusticias había cometido cada una, contra alguien, todas eran expiadas por turno, diez veces por cada una, a razón de cien años en cada caso –por ser ésta la duración de la vida humana–, a fin de que se pagara diez veces cada injusticia. Por ejemplo, si algunas eran responsables de muchas muertes, fuera por traicionar a Estados o a ejércitos, reduciéndolos a la esclavitud, o por haber sido partícipes de alguna otra maldad, recibían por cada delito un castigo diez veces mayor; por su parte, las que habían realizado actos buenos y habían sido justas y piadosas, recibían en la misma proporción su recompensa. En cuanto a los niños que habían muerto en seguida de nacer o que habían vivido poco tiempo, Er contó otras cosas que no vale la pena recordar. Y narraba que eran mayores aún las retribuciones por la piedad e impiedad respecto de los dioses y de los padres, así como por haber cometido asesinatos con su propia mano.

Contó que había estado junto a alguien que preguntaba a otro dónde estaba Ardieo el Grande. Ahora bien, este Ardieo había llegado a ser tirano en algún Estado de Panfilia mil años antes de ese momento, y había matado a su padre anciano y a su hermano mayor y, según se decía, había cometido muchos otros sacrilegios. Dijo Er que el hombre

interrogado respondió: «No ha venido ni es probable que venga. En efecto, entre otros espectáculos terribles hemos contemplado éste: cuando estábamos cerca de la abertura e íbamos a ascender, tras padecer todas estas cosas, de pronto divisamos a Ardieo y con él a otros que en su mayor parte habían sido tiranos; también había algunos que habían sido simples particulares que habían cometido grandes crímenes. Cuando pensaban que subirían, la abertura no se lo permitía, sino que mugía cuando intentaba ascender alguno de estos sujetos incurablemente adheridos al mal o que no habían pagado debidamente su falta. Allí había unos hombres salvajes y de aspecto ígneo», contó, «que estaban alerta, y que, al oír el mugido, se apoderaron de unos y los llevaron; en cuanto a Ardieo y a los demás, les encadenaron los pies, las manos y la cabeza, los derribaron y, apaleándolos violentamente, los arrastraron al costado del camino y los desgarraron sobre espinas, explicando a los que pasaban la causa por la que les hacían eso, y que los llevaban para arrojarlos al Tártaro». Allí –dijo Er–, de los muchos y variados temores que habían experimentado, éste excedía a los demás: el de que cada uno oiría el mugido cuando ascendiera, y si éste callaba subían regocijados. De tal índole eran las penas y los castigos, y las recompensas eran correlativas; y después de que pasaban siete días en el prado, al octavo se les requería que se levantaran y se pusieran en marcha. Cuatro días después llegaron a un lugar desde donde podía divisarse, extendida desde lo alto a través del cielo íntegro y de la tierra, una luz recta como una columna, muy similar al arco iris pero más brillante y más pura, hasta la cual arribaron después de hacer un día de caminata; y en el centro de la luz vieron los extremos de las cadenas, extendidos desde el cielo; pues la luz era el cinturón del cielo, algo así como las sogas de las trirremes, y de

este modo sujetaba la bóveda en rotación. Desde los extremos se extendía el huso de la Necesidad, a través del cual giraban las esferas; su vara y su gancho eran de adamanto, en tanto que su tortera era de una aleación de adamanto y otras clases de metales. La naturaleza de la tortera era de la siguiente manera. Su estructura era como la de las torteras de aquí, pero Er dijo que había que concebirla como si en una gran tortera, hueca y vacía por completo, se hubiera insertado con justeza otra más pequeña –como vasijas que encajan unas en otras–, luego una tercera, una cuarta y cuatro más. Eran, en efecto, en total ocho las torteras, insertadas unas en otras, mostrando en lo alto bordes circulares y conformando la superficie continua de una tortera única alrededor de la vara que pasaba a través del centro de la octava. La primera tortera, que era la más exterior, tenía el borde circular más ancho; en segundo lugar la sexta, en tercer lugar la cuarta, en cuarto lugar la octava, en quinto lugar la séptima, en sexto lugar la quinta, en séptimo lugar la tercera y en octavo lugar la segunda. El círculo de la tortera más grande era estrellado, el de la séptima el más brillante, el de la octava tenía su color del resplandor de la séptima, el de la segunda y el de la quinta eran semejantes entre sí y más amarillos que los otros, el tercero tenía el color más blanco, el cuarto era rojizo, el sexto era segundo en blancura. El huso entero giraba circularmente con el mismo movimiento, pero, dentro del conjunto que rotaba, los siete círculos interiores daban vuelta lentamente en sentido contrario al del conjunto. El que de éstos marchaba más rápido era el octavo; en segundo lugar, y simultáneamente entre sí, el séptimo, el sexto y el quinto; en tercer lugar, les parecía, estaba el cuarto, que marchaba circularmente en sentido inverso; en cuarto lugar el tercero y en quinto lugar el segundo. En cuanto al huso mismo, giraba sobre las ro-

dillas de la Necesidad; en lo alto de cada uno de los círculos estaba una sirena que giraba junto con el círculo y emitía un solo sonido de un solo tono, de manera que todas las voces, que eran ocho, concordaban en una armonía única. Y había tres mujeres sentadas en círculo a intervalos iguales, cada una en su trono; eran las Parcas, hijas de la Necesidad, vestidas de blanco y con guirnaldas en la cabeza, a saber, Láquesis, Cloto y Atropo, y cantaban en armonía con las sirenas: Láquesis las cosas pasadas, Cloto las presentes y Atropo las futuras. Tocando el huso con la mano derecha, en forma intermitente, Cloto ayudaba a que girara la circunferencia exterior; del mismo modo Atropo, con la mano izquierda, la interior; en cuanto a Láquesis, tocaba alternadamente con una u otra mano y ayudaba a girar alternadamente el círculo exterior y los interiores. Una vez que los hombres llegaban debían marchar inmediatamente hasta Láquesis. Un profeta primeramente los colocaba en fila, después tomaba lotes y modelos de vida que había sobre las rodillas de Láquesis, y tras subir a una alta tribuna, dijo: «Palabra de la virgen Láquesis, hija de la Necesidad: almas efímeras, éste es el comienzo, para vuestro género mortal, de otro ciclo anudado a la muerte. No os escogerá un demonio, sino que vosotros escogeréis un demonio. Que el que resulte por sorteo el primero elija un modo de vida, al cual quedará necesariamente asociado. En cuanto a la excelencia, no tiene dueño, sino que cada uno tendrá mayor o menor parte de ella según la honre o la desprecie; la responsabilidad es del que elige, Dios está exento de culpa». Tras decir esto, arrojó los lotes entre todos, y cada uno escogió el que le había caído al lado, con excepción de Er, a quien no le fue permitido. A cada uno se le hizo entonces claro el orden en que debía escoger. Después de esto, el profeta colocó en tierra, delante de ellos, los modelos de vi-

da, en número mayor que el de los presentes, y de gran variedad. Había toda clase de vidas animales y humanas: tiranías de por vida, o bien interrumpidas por la mitad, y que terminaban en pobreza, exilio o mendicidad; había vidas de hombres célebres por la hermosura de su cuerpo o por su fuerza en la lucha, o bien por su cuna y por las virtudes de sus antepasados; también las había de hombres oscuros y, análogamente, de mujeres. Pero no había en estas vidas ningún rasgo del alma, porque ésta se volvía inexorablemente distinta según el modo de vida que elegía; mas todo lo demás estaba mezclado entre sí y con la riqueza o con la pobreza, con la enfermedad o con la salud, o con estados intermedios entre éstas. Según parece, allí estaba todo el riesgo para el hombre, querido Glaucón. Por este motivo se deben desatender los otros estudios y preocuparse al máximo sólo de éste, para investigar y conocer si se puede descubrir y aprender quién lo hará capaz y entendido para distinguir el modo de vida valioso del perverso, y elegir siempre y en todas partes lo mejor en tanto sea posible, teniendo en cuenta las cosas que hemos dicho, en relación con la excelencia de su vida, sea que se las tome en conjunto o separadamente. Ha de saber cómo la hermosura, mezclada con la pobreza o la riqueza o con algún estado del alma, produce el mal o el bien, y qué efectos tendrá el nacimiento noble y plebeyo, la permanencia en lo privado o el ejercicio de cargos públicos, la fuerza y la debilidad, la facilidad y la dificultad de aprender y todas las demás cosas que, combinándose entre sí, existen por naturaleza en el alma o que ésta adquiere; de modo que, a partir de todas ellas, sea capaz de escoger razonando el modo de vida mejor o el peor, mirando a la naturaleza del alma, denominando «el peor» al que la vuelva más injusta, y «mejor» al que la vuelva más justa, renunciando a todo lo demás, ya que he-

mos visto que es la elección que más importa, tanto en vida como tras haber muerto. Y hay que tener esta opinión de modo firme, como el adamanto, al marchar al Hades, para ser allí imperturbable ante las riquezas y males semejantes, y para no caer en tiranías y en otras acciones de esa índole con que se producen muchos males e incurables y uno mismo sufre más aún; sino que hay que saber siempre elegir el modo de vida intermedio entre éstos y evitar los excesos en uno u otro sentido, en lo posible, tanto en esta vida como en cualquier otra que venga después; pues es de este modo como el hombre llega a ser más feliz.

Y entonces el mensajero del más allá narró que el profeta habló de este modo: «Incluso para el que llegue último, si elige con inteligencia y vive seriamente, hay una vida con la cual ha de estar contento, porque no es mala. De modo que no se descuide quien elija primero ni se descorazone quien resulte último». Y contó que, después de estas palabras, aquel a quien había tocado ser el primero fue derecho a escoger la más grande tiranía, y por insensatez y codicia no examinó suficientemente la elección, por lo cual no advirtió que incluía el destino de devorarse a sus hijos y otras desgracias; pero cuando la observó con más tiempo, se golpeó el pecho, lamentándose de su elección, por haber dejado de lado las advertencias del profeta; pues no se culpó a sí mismo de las desgracias, sino al azar, a su demonio y a cualquier otra cosa menos a él mismo. Era uno de los que habían llegado desde el cielo y que en su vida anterior había vivido en un régimen político bien organizado, habiendo tomado parte en la excelencia, pero por hábito y sin filosofía. Y podría decirse que entre los sorprendidos en tales circunstancias no eran los menos los que habían venido del cielo, por cuanto no se habían ejercitado en los sufrimientos. Pero la mayoría de los que procedían de bajo

tierra, por haber sufrido ellos mismos y haber visto sufrir a otros, no actuaban irreflexivamente al elegir. Por este motivo, además de por el azar del sorteo, era por lo que se producía para la mayoría de las almas el trueque de males y bienes. Porque si cada uno, cada vez que llegara a la vida de aquí, filosofara sanamente y no le tocara en suerte ser de los últimos, de acuerdo con lo que se relataba acerca del más allá probablemente no sería sólo feliz aquí sino que también haría el trayecto de acá para allá y el regreso de allá para acá no por un sendero áspero y subterráneo, sino por otro liso y celestial. Dijo Er, pues, que era un espectáculo digno de verse, el de cada alma escogiendo modos de vida, ya que inspiraba piedad, risa y asombro, porque en la mayoría de los casos se elegía de acuerdo con los hábitos de la vida anterior. Contó que había visto al alma que había sido de Orfeo eligiendo la vida de un cisne, por ser tal su odio al sexo femenino, a raíz de haber muerto a manos suyas, que no consentía en nacer procreada en una mujer; y que había visto también el alma de Támiras escogiendo la vida de un ruiseñor, y, a su vez, a un cisne que, en su elección, trocaba su modo de vida por uno humano, y del mismo modo con otros animales cantores. Al alma que le tocó en suerte ser la vigésima la vio eligiendo la vida de un león: era la de Ayante Telamonio, que, recordando el juicio de las armas, no quería renacer como hombre. A ésta seguía la de Agamenón, también en conflicto con la raza humana debido a sus padecimientos, que se intercambiaba con una vida de águila. Al alma de Atalanta le tocó en suerte uno de los puestos intermedios, y, luego de ver los grandes honores rendidos a un atleta, ya no pudo seguir de largo sino que los cogió. Después de ésta vio la de Epeo, hijo de Panopeo, que pasaba a la naturaleza de una mujer artesana; y lejos, en los últimos puestos, divisó el alma del hazmerreír Tersites, que se

revestía con un cuerpo de mono; y la de Ulises, a quien por azar le tocaba ser la última de todas, que avanzaba para hacer su elección y, con la ambición abatida por el recuerdo de las fatigas pasadas, buscaba el modo de vida de un particular ajeno a los cargos públicos, dando vueltas mucho tiempo; no sin dificultad halló una que quedaba en algún lugar, menospreciada por los demás, y, tras verla, dijo que habría obrado del mismo modo si le hubiera tocado en suerte ser la primera, y la eligió gozosa. Análogamente, los animales pasaban a hombres o a otros animales, transformándose los injustos en salvajes y los justos en mansos; y se efectuaba todo tipo de mezclas. Una vez que todas las almas escogieron su modo de vida, se acercaban a Láquesis en el orden que les había tocado. Láquesis hizo que a cada una la acompañara el demonio que había escogido, como guardián de su vida y ejecutor de su elección. Cada demonio condujo a su alma hasta Cloto, poniéndola bajo sus manos y bajo la rotación del huso que Cloto hacía girar, ratificando así el destino que, de acuerdo con el sorteo, el alma había escogido. Después de haber tocado el huso, el demonio la condujo hacia la trama de Átropo, para que lo que había sido hilado por Cloto se hiciera inalterable, y de allí, y sin volver atrás, por debajo del trono de la Necesidad, pasando hasta el otro lado de éste. Después de que pasaron también las demás, marcharon todos hacia la planicie del Olvido, a través de un calor terrible y sofocante. En efecto, la planicie estaba desierta de árboles y de cuanto crece de la tierra. Llegada la tarde, acamparon a la orilla del río de la Desatención, cuyas aguas ninguna vasija puede retenerlas. Todas las almas estaban obligadas a beber una medida de agua, pero a algunas no las preservaba su sabiduría de beber más allá de la medida, y así, tras beber, se olvidaban de todo. Luego se durmieron, y en medio de la noche

hubo un trueno y un terremoto, y bruscamente las almas fueron lanzadas desde allí –unas a un lado, otras a otro– hacia arriba, como estrellas fugaces, para su nacimiento. A Er se le impidió beber el agua; por dónde y cómo regresó a su cuerpo, no lo supo, sino que súbitamente levantó la vista y, al alba, se vio tendido sobre la pira.

EL TRONCO ALADO

Cómo es el alma, requeriría toda una larga y divina explicación; pero decir a qué se parece, es ya asunto humano y, por supuesto, más breve. Podríamos entonces decir que se parece a una fuerza que, como si hubieran nacido juntos, lleva a una yunta alada y a su auriga. Pues bien, los caballos y los aurigas de los dioses son todos ellos buenos, y buena su casta, la de los otros es mezclada. Por lo que a nosotros se refiere, hay, en primer lugar, un conductor que guía un tronco de caballos y, después, estos caballos de los cuales uno es bueno y hermoso, y está hecho de esos mismos elementos, y el otro de todo lo contrario, como también su origen. Necesariamente, pues, nos resultará difícil y duro su manejo.

Y ahora, precisamente, hay que intentar decir de dónde le viene al viviente la denominación de mortal e inmortal. Todo lo que es alma tiene a su cargo lo inanimado, y recorre el cielo entero, tomando unas veces una forma y otras otra. Si es perfecta y alada, surca las alturas, y gobierna todo el Cosmos. Pero la que ha perdido sus alas va a la deriva, hasta que se agarra a algo sólido, donde se asienta y se hace con cuerpo terrestre que parece moverse a sí mismo en virtud de la fuerza de aquélla. Este compuesto, cristalización de alma y cuerpo, se llama ser vivo, y recibe el sobrenombre de mortal. El nombre de inmortal no puede razonarse con palabra alguna; pero, no habiéndolo visto ni intuido satisfactoriamente, nos figuramos a la divinidad,

como un viviente inmortal, que tiene alma, que tiene cuerpo, unidos ambos, de forma natural, por toda la eternidad. Pero, en fin, que sea como plazca a la divinidad, y que sean estas nuestras palabras.

Consideremos la causa de la pérdida de las alas, y por la que se le desprenden al alma. Es algo así como lo que sigue.

El poder natural del ala es levantar lo pesado, llevándolo hacia arriba, hacia donde mora el linaje de los dioses. En cierta manera, de todo lo que tiene que ver con el cuerpo, es lo que más unido se encuentra a lo divino. Y lo divino es bello, sabio, bueno y otras cosas por el estilo. De esto se alimenta y con esto crece, sobre todo, el plumaje del alma; pero con lo torpe y lo malo y todo lo que le es contrario, se consume y acaba. Por cierto que Zeus, el poderoso señor de los cielos, conduciendo su alado carro, marcha en cabeza, ordenándolo todo y de todo ocupándose. Le sigue un tropel de dioses y démones ordenados en once filas. Pues Hestia se queda en la morada de los dioses, sola, mientras todos los otros, que han sido colocados en número de doce, como dioses jefes, van al frente de los órdenes a cada uno asignados. Son muchas, por cierto, las miríficas visiones que ofrece la intimidad de las sendas celestes, caminadas por el linaje de los felices dioses, haciendo cada uno lo que tienen que hacer, y seguidos por los que, en cualquier caso, quieran y puedan. Está lejos la envidia de los coros divinos. Y, sin embargo, cuando van a festejarse a sus banquetes, marchan hacia las empinadas cumbres, por lo más alto del arco que sostiene el cielo, donde precisamente los carros de los dioses, con el suave balanceo de sus firmes riendas, avanzan fácilmente, pero a los otros les cuesta trabajo. Porque el caballo entreverado de maldad gravita y tira hacia la tierra, forzando al auriga que no lo haya domesticado con esmero. Allí se encuentra el alma con su dura y fati-

gosa prueba. Pues las que se llaman inmortales, cuando han alcanzado la cima, saliéndose fuera, se alzan sobre la espalda del cielo, y al alzarse se las lleva el movimiento circular en su órbita, y contemplan lo que está al otro lado del cielo.

A ese lugar supraceleste, no lo ha cantado poeta alguno de los de aquí abajo, ni lo cantará jamás como merece. Pero es algo como esto –ya que se ha de tener el coraje de decir la verdad, y sobre todo cuando es de ella de la que se habla–: porque, incolora, informe, intangible esa esencia cuyo ser es realmente ser, vista sólo por el entendimiento, piloto del alma, y alrededor de la que crece el verdadero saber, ocupa, precisamente, tal lugar. Como la mente de lo divino se alimenta de un entender y saber incontaminado, lo mismo que toda alma que tenga empeño en recibir lo que le conviene, viendo, al cabo del tiempo, el ser, se llena de contento, y en la contemplación de la verdad, encuentra su alimento y bienestar, hasta que el movimiento, en su ronda, la vuelva a su sitio. En este giro, tiene ante su vista a la misma justicia, tiene ante su vista a la sensatez, tiene ante su vista a la ciencia, y no aquella a la que le es propia la génesis, ni la que, de algún modo, es otra al ser en otro –en eso otro que nosotros llamamos entes–, sino esa ciencia que es de lo que verdaderamente es ser. Y habiendo visto, de la misma manera, todos los otros seres que de verdad son, y nutrida de ellos, se hunde de nuevo en el interior del cielo, y vuelve a su casa. Una vez que ha llegado, el auriga detiene los caballos ante el pesebre, les echa, de pienso, ambrosía, y los abreva con néctar.

Tal es, pues, la vida de los dioses. De las otras almas, la que mejor ha seguido al dios y más se le parece, levanta la cabeza del auriga hacia el lugar exterior, siguiendo, en su giro, el movimiento celeste, pero, soliviantada por los caballos, apenas si alcanza a ver los seres. Hay alguna que, a ratos, se

alza, a ratos se hunde y, forzada por los caballos, ve unas cosas sí y otras no. Las hay que, deseosas todas de las alturas, siguen adelante, pero no lo consiguen y acaban sumergiéndose en ese movimiento que las arrastra, pateándose y amontonándose, al intentar ser unas más que otras. Confusión, pues, y porfías y supremas fatigas donde, por torpeza de los aurigas, se quedan muchas renqueantes, y a otras muchas se les parten muchas alas. Todas, en fin, después de tantas penas, tienen que irse sin haber podido alcanzar la visión del ser; y, una vez que se han ido, les queda sólo la opinión por alimento. El porqué de todo este empeño por divisar dónde está la llenura de la Verdad, se debe a que el pasto adecuado para la mejor parte del alma es el que viene del prado que allí hay, y el que la naturaleza del ala, que hace ligera al alma, de él se nutre.

Así es, pues, el precepto de Adrastea. Cualquier alma que, en el séquito de lo divino, haya vislumbrado algo de lo verdadero, estará indemne hasta el próximo giro y, siempre que haga lo mismo, estará libre de daño. Pero cuando, por no haber podido seguirlo, no lo ha visto, y por cualquier azaroso suceso se va gravitando llena de olvido y dejadez, debido a este lastre, pierde las alas y cae a tierra.

Entonces es de ley que tal alma no se implante en ninguna naturaleza animal, en la primera generación, sino que sea la que más ha visto la que llegue a los genes de un varón que habrá de ser amigo del saber, de la belleza o de las Musas tal vez, y del amor; la segunda, que sea para un rey nacido de leyes o un guerrero y hombre de gobierno; la tercera, para un político o un administrador o un hombre de negocios; la cuarta, para alguien a quien le va el esfuerzo corporal, para un gimnasta, o para quien se dedique a curar cuerpos; la quinta habrá de ser para una vida dedicada al arte adivinatorio o a los ritos de iniciación; con la sexta se

acoplará un poeta, uno de ésos a quienes les da por la imitación; sea la séptima para un artesano o un campesino; la octava, para un sofista o un demagogo, y para un tirano la novena. De entre todos estos casos, aquel que haya llevado una vida justa es partícipe de un mejor destino, y el que haya vivido injustamente, de uno peor. Porque allí mismo de donde partió no vuelve alma alguna antes de diez mil años –ya que no le salen alas antes de ese tiempo–, a no ser en el caso de aquel que haya filosofado sin engaño, o haya amado a los jóvenes con filosofía. Éstas, en el tercer período de mil años, si han elegido tres veces seguidas la misma vida, vuelven a cobrar sus alas y, con ellas, se alejan al cumplirse esos tres mil años. Las demás, sin embargo, cuando acabaron su primera vida, son llamadas a juicio y, una vez juzgadas, van a parar a prisiones subterráneas, donde expían su pena; y otras hay que, elevadas por la justicia a algún lugar celeste, llevan una vida tan digna como la que vivieron cuando tenían forma humana. Al llegar el milenio, teniendo unas y otras que sortear y escoger la segunda existencia, son libres de elegir la que quieran. Puede ocurrir entonces que un alma humana venga a vivir a un animal, y el que alguna vez fue hombre se pase, otra vez, de animal a hombre.

Porque nunca el alma que no haya visto la verdad puede tomar figura humana. Conviene que, en efecto, el hombre se dé cuenta de lo que le dicen las ideas, yendo de muchas sensaciones a aquello que se concentra en el pensamiento. Esto es, por cierto, la reminiscencia de lo que vio, en otro tiempo, nuestra alma, cuando iba de camino con la divinidad, mirando desde lo alto a lo que ahora decimos que es, y alzando la cabeza a lo que es en realidad. Por eso, es justo que sólo la mente del filósofo sea alada, ya que, en su memoria y en la medida de lo posible, se encuentra aquello

que siempre es y que hace que, por tenerlo delante, el dios sea divino. El varón, pues, que haga uso adecuado de tales recordatorios, iniciado en tales ceremonias perfectas, sólo él será perfecto. Apartado, así, de humanos menesteres y volcado a lo divino, es tachado por la gente de perturbado, sin darse cuenta de que lo que está es «entusiasmado».

Y aquí es, precisamente, a donde viene a parar todo ese discurso sobre la cuarta forma de locura, aquella que se da cuando alguien contempla la belleza de este mundo, y, recordando la verdadera, le salen alas y, así alado, le entran deseos de alzar el vuelo, y no lográndolo, mira hacia arriba como si fuera un pájaro, olvidado de las de aquí abajo, y dando ocasión a que se le tenga por loco. Así que, de todas las formas de «entusiasmo», es ésta la mejor de las mejores, tanto para el que la tiene, como para el que con ella se comunica; y al partícipe de esta manía, al amante de los bellos, se le llama enamorado.

Así que, como se ha dicho, toda alma de hombre, por su propia naturaleza, ha visto a los seres verdaderos, o no habría llegado a ser el viviente que es. Pero el acordarse de ellos, por los de aquí, no es asunto fácil para todo el mundo, ni para cuantos, fugazmente, vieron entonces las cosas de allí, ni para los que tuvieron la desdicha, al caer, de descarriarse en ciertas compañías, hacia lo injusto, viniéndoles el olvido del sagrado espectáculo que otrora habían visto. Pocas hay, pues, que tengan suficiente memoria. Pero éstas, cuando ven algo semejante a las de allí, se quedan como traspuestas, sin poder ser dueñas de sí mismas, y sin saber qué es lo que les está pasando, al no percibirlo con propiedad. De la justicia, pues, y de la sensatez y de cuanto hay de valioso para las almas no queda resplandor alguno en las imitaciones de aquí abajo, y sólo con esfuerzo y a través de órganos poco claros les es dado a unos pocos, apoyándose

en las imágenes, intuir el género de lo representado. Pero ver el fulgor de la belleza se pudo entonces, cuando con el coro de bienaventurados teníamos a la vista la divina y dichosa visión, al seguir nosotros el cortejo de Zeus, y otros el de otros dioses, como iniciados que éramos en esos misterios, que es justo llamar los más llenos de dicha, y que celebramos en toda nuestra plenitud y sin padecer ninguno de los males que, en tiempo venidero, nos aguardaban. Plenas y puras y serenas y felices las visiones en las que hemos sido iniciados, y de las que, en su momento supremo, alcanzábamos el brillo más límpido, límpidos también nosotros, sin el estigma que es toda esta tumba que nos rodea y que llamamos cuerpo, prisioneros en él como una ostra.

Sea todo esto en gracia al recuerdo que, en el anhelo de lo de entonces, ha hecho que ahora se hable largamente aquí. Como íbamos diciendo, y por lo que a la belleza se refiere, resplandecía entre todas aquellas visiones; pero, llegados aquí, la captamos a través del más claro de nuestros sentidos, porque es también el que más claramente brilla. Es la vista, en efecto, para nosotros, la más fina de las sensaciones que, por medio del cuerpo, nos llegan; pero con ella no se ve la mente –porque nos procuraría terribles amores, si en su imagen hubiese la misma claridad que ella tiene, y llegase así a nuestra vista–, y lo mismo pasaría con todo cuanto hay digno de amarse. Pero sólo a la belleza le ha sido dado el ser lo más deslumbrante y lo más amable.

Ahora bien, el que ya no es novicio o se ha corrompido, no se deja llevar, con presteza, de aquí para allá, para donde está la belleza misma, por el hecho de mirar lo que aquí tiene tal nombre, de forma que, al contemplarla, no siente estremecimiento alguno, sino que, dado al placer, pretende como un cuadrúpedo, cubrir y hacer hijos, y muy versado ya en sus excesos, ni teme ni se avergüenza de perseguir un

placer contra naturaleza. Sin embargo, aquel cuya iniciación es todavía reciente, el que contempló mucho de las de entonces, cuando ve un rostro de forma divina, o entrevé, en el cuerpo, una idea que imita bien a la belleza, se estremece primero, y le sobreviene algo de los temores de antaño y, después, lo venera, al mirarlo, como a un dios, y si no tuviera miedo de parecer muy enloquecido, ofrecería a su amado sacrificios como si fuera la imagen de un dios. Y es que, habiéndolo visto, le toma, después del escalofrío, como un trastorno que le provoca sudores y un inusitado ardor. Recibiendo, pues, este chorreo de belleza por los ojos, se calienta con un calor que empapa, por así decirlo, la naturaleza del ala, y, al caldearse, se ablandan las semillas de la germinación que, cerradas por la aridez, les impedía florecer; y, además, si el alimento afluye, se esponja el tallo del ala y echa a nacer desde la raíz, por dentro de la sustancia misma del alma, que antes, por cierto, estuvo toda alada. Anda, pues, en plena ebullición y burbujeo, y como con esa sensación que tienen los que están echando los dientes cuando ya van a romper, ese picor y escozor en las encías, así le pasa al alma del que empieza a echar las plumas. Bullen, escuecen, cosquillean las nacientes alas; y si pone los ojos en la belleza del muchacho y recibe de allí partículas que vienen fluyendo –que por eso se llaman «río de deseos»–, se empapa y calienta y se le acaban las penas y se llena de gozo. Pero cuando está separada y aridece, los orificios de salida, por donde empuja la pluma, se resecan entonces y, al cerrarse, impiden el brote de la pluma que, ocluida dentro con el deseo, salta como una arteria que late, y pincha cada una en su propia salida, de forma que, aguijoneada el alma toda y por todas partes, se revuelve de dolor.

Sólo, en cambio, se alegra si le viene el recuerdo de la be-

lleza del amado. Por la mezcla de estos sentimientos encontrados, se aflige ante lo absurdo de lo que le pasa y, no sabiendo por dónde ir, se enfurece, y, así enfurecida, no puede dormir de noche ni parar de día y corre deseosa a donde piensa que ha de ver al que lleva consigo la belleza. Y cuando lo ha visto, y ha encauzado el deseo, abre lo que antes estaba cerrado, y, recobrando aliento, ceden sus pinchazos y va cosechando, entretanto, el placer más dulce. De ahí que no se presten a que la abandonen –a nadie coloca por encima del hermoso muchacho–, olvidándose de madre, hermanos y amigos todos, sin importarle un bledo que, por sus descuidos, se disipen sus bienes y desdeñando todos aquellos convencionalismos y fingimientos con los que antes se adornaba, presto a hacerse esclavo y a poner su lecho donde le permita estar lo más cerca del deseado.

Y es que, además de venerarle, ha encontrado en el poseedor de la belleza al médico apropiado para sus grandísimos males. A esta pasión, pues, hermoso muchacho, al que precisamente van enhebradas mis palabras, llaman los hombres amor; pero si oyes cómo la llaman los dioses, por lo chocante que es, acabarás por reírte. Dicen algunos, sobre el Amor, dos versos sacados, creo, de poemas no publicados de los homéridas, el segundo de los cuales es muy desvergonzado, y no demasiado bien medido. Suenan así:

Los mortales, por cierto, volátil al Amor llaman;
los inmortales, alado, porque obliga a ahuecar el ala.

Se puede o no se puede creer esto; no obstante, la causa de lo que les sucede a los amantes es eso y sólo eso.

Así pues, el que, de entre los compañeros de Zeus, ha sido preso, puede soportar más dignamente la carga de aquel que tiene su nombre de las alas. Pero aquellos que, al servi-

cio de Ares, andaban dando vueltas al cielo, cuando han caído en manos del Amor, y han llegado a pensar que su amado les agravia, se vuelven homicidas, y son capaces de inmolarse a sí mimos y a quien aman. Y así, según sea el dios a cuyo séquito se pertenece, vive cada uno honrándole e imitándole en lo posible, mientras no se haya corrompido, y sea ésta la primera generación que haya vivido; y de tal modo se comporta y trata a los que ama y a los otros. Cada uno escoge, según esto, una forma del Amor hacia los bellos y, como si aquel amado fuera su mismo dios, se fabrica una imagen que adorna para honrarla y rendirle culto. En efecto, los de Zeus buscan que aquel al que aman sea, en su alma, un poco también Zeus. Y miran, pues, si por naturaleza hay alguien con capacidad de saber o gobernar, y si lo encuentran se enamoran, y hacen todo lo posible para que sea tal cual es. Y si antes no se habían dado a tales menesteres, cuando ponen las manos en ello, aprenden de donde pueden, y siguen huellas y rastrean hasta que se les abre el camino para encontrar por sí mismos la naturaleza de su dios, al verse obligados a mirar fijamente hacia él. Y una vez que se han enlazado con él por el recuerdo, y en pleno entusiasmo, toman de él hábitos y maneras de vivir, en la medida en que es posible a un hombre participar del dios.

Por cierto que, al convertir al amado en el causante de todo, lo aman todavía más, y lo que sorben, como las bacantes en la fuente de Zeus, lo vierten sobre el alma del amado, y hacen que, así, se asemejen todo lo más que puedan al dios suyo. Los que, por otro lado, seguían a Hera, buscan a alguien de naturaleza regia y, habiéndolo encontrado, hacen lo mismo con él. Y así los de Apolo, y los de cada uno de los dioses, que, al ir en pos de determinado dios, buscan a un amado de naturaleza semejante. Y cuando lo

han logrado, con su ejemplo, persuasión y orientación conducen al amado a los gustos e idea de ese dios, según la capacidad que cada uno tiene. Y no experimentan, frente a sus amados, envidia alguna, ni malquerencia impropia de hombres libres, sino que intentan, todo lo más que pueden, llevarlos a una total semejanza con ellos mismos y con el dios al que veneran. La aspiración, pues, de aquellos que verdaderamente aman, y su ceremonia de iniciación –si llevan a término lo que desean y tal como lo digo– llega a ser así de bella y dichosa para el que es amado por un amigo enloquecido por el Amor, sobre todo si acaba siendo conquistado. Y esta conquista tiene lugar de la siguiente manera.

Tal como hicimos al principio de este mito, en el que dividimos cada alma en tres partes, y dos de ellas tenían forma de caballo y una tercera forma de auriga, sigamos utilizando también ahora este símil. Decíamos, pues, que de los caballos uno es bueno y el otro no. En qué consistía la excelencia del bueno y la rebeldía del malo no lo dijimos entonces, pero habrá que decirlo ahora. Pues bien, de ellos, el que ocupa el lugar preferente es de erguida planta y de finos remos, de altiva cerviz, aguileño hocico, blanco de color, de negros ojos, amante de la gloria con moderación y pundonor, seguidor de la opinión verdadera y, sin fusta, dócil a la voz y a la palabra. En cambio, el otro es contrahecho, grande, de toscas articulaciones, de grueso y corto cuello, de achatada testuz, color negro, ojos grises, sangre ardiente, compañero de excesos y petulancias, de peludas orejas, sordo, apenas obediente al látigo y los acicates. Así que cuando el auriga, viendo el semblante amado, siente un calor que recorre toda el alma, llenándose del cosquilleo y de los aguijones del deseo, aquel de los caballos que le es dócil, dominado entonces, como siempre, por el pundonor, se contiene a sí mismo para no saltar sobre el amado. El

otro, sin embargo, que no hace ya caso ni de los aguijones, ni del látigo del auriga, se lanza, en impetuoso salto, poniendo en toda clase de aprietos al que con él va uncido y al auriga, y los fuerza a ir hacia el amado y traerle a la memoria los goces de Afrodita. Ellos, al principio se resisten irritados, como si tuvieran que hacer algo indigno y ultrajante. Pero, al final, cuando ya no se puede poner freno al mal, se dejan llevar a donde los lleven, cediendo y conviniendo en hacer aquello a lo que se les empuja. Y llegan así junto a él, y contemplan el rostro resplandeciente del amado.

Al presenciarlo el auriga, se transporta su recuerdo a la naturaleza de lo bello, y de nuevo la ve alzada en su sacro trono y en compañía de la sensatez. Viéndola, de miedo y veneración cae boca arriba. Al mismo tiempo, no puede por menos de tirar hacia atrás de las riendas, tan violentamente que hace sentar a ambos caballos sobre sus ancas, al uno de buen grado, al no ofrecer resistencia, al indómito, muy a su pesar. Un poco alejado ya el uno, de vergüenza y pasmo rompe a sudar empapando toda el alma; pero el otro, al calmarse el dolor del freno y la caída y aún sin aliento, se pone a injuriar con furia dirigiendo toda clase de insultos contra el auriga y contra su pareja de tiro, como si por cobardía y debilidad hubiese incumplido su deber y su promesa. Y, de nuevo, obligando a acercarse a los que no quieren, consiente a duras penas, cuando se lo piden, en dejarlo para otra vez.

Pero cuando llega el tiempo señalado, refresca la memoria a los que hacen como si no se acordaran, les coacciona con relinchos y tirones, hasta que los obliga de nuevo a aproximarse al amado para decirle las mismas palabras. Cuando ya están cerca, con la testuz gacha y la cola extendida, tascando el freno, los arrastra con insolencia. Con todo, el auriga, que experimenta todavía más el mismo sen-

timiento, se tensa, como si estuviera en la línea de salida, arrancando el freno de los dientes del avasallador corcel por la fuerza con que, hacia atrás, ahora le aguanta. Se le llena de sangre la malhablada lengua y las quijadas, y «entrega al sufrimiento» las patas y la grupa, clavándolas en tierra. Pero cuando el mal caballo ha tenido que soportar muchas veces lo mismo, y se le acaba la indocilidad, humillado, se acopla, al fin, a la prudencia del auriga, y ante la visión del bello amado, se siente morir de miedo. Y ocurre, entonces, que el alma del amante, reverente y temerosa, sigue al amado. Así pues, cuidado con toda clase de esmero, como igual a un dios, por un amante que no finge sino que siente la verdad, y siendo él mismo, por naturaleza, amigo de quien así le cuida –si bien en otra época pudiera haber sido censurado por condíscipulos u otros cualesquiera, diciéndole lo vergonzoso que era tener relaciones con un amante y, por ello, lo hubiera apartado de sí–, la edad y la fuerza de las cosas le empujan a aceptar, con el paso del tiempo, la compañía. Porque, en verdad, que no está escrito que el malo sea amigo del malo, ni que el bueno no lo sea del bueno. Y, una vez que le ha dejado acercarse, y aceptado su conversación y compañía, la benevolencia del amante, vista de cerca, conturba al amado que se da cuenta de que todos los otros juntos, amigos y familiares, no le pueden ofrecer parcela alguna de amistad como la del amigo entusiasta. Y cuando vaya pasando el tiempo de este modo, y se toquen los cuerpos en los gimnasios y en otros lugares públicos, entonces ya aquella fuente que mana, a la que Zeus llamó «deseo», cuando estaba enamorado de Ganimedes, inunda caudalosamente al amante, lo empapa y lo rebosa. Y, semejante a un aire o a un eco que, rebotando de algo pulido y duro, vuelve de nuevo al punto de partida, así el manantial de la belleza vuelve al bello muchacho, a tra-

vés de los ojos, camino natural hacia el alma que, al recibirlo, se enciende y riega los orificios de las alas, e impulsa la salida de las plumas y llena, a su vez, de amor el alma del amado. Entonces sí que es verdad que ama, pero no sabe qué. Ni sabe qué le pasa, ni expresarlo puede, sino que, como al que se le ha pegado de otro una oftalmía, no acierta a qué atribuirlo y se olvida de que, como en un espejo, se está mirando a sí mismo en el amante. Y cuando éste se halla presente, de la misma manera que a él, se le acaban las penas; pero si está ausente, también por lo mismo desea y es deseado. Un reflejo del amor, un anti-amor (Anteros), es lo que tiene. Está convencido, sin embargo, de que no es amor sino amistad, y así lo llama. Ansía, igual que aquél, pero más débilmente, ver, tocar, besar, acostarse a su lado.

Y así, como es natural, se seguirá rápidamente, después de esto, todo lo demás. Y mientras yacen juntos, el caballo desenfrenado del amante tiene algo que decir al auriga, pues se cree merecedor, por tan largas penalidades, de disfrutar un poco. Pero el del amado no tiene nada que decir, sino que, henchido de deseo, desconcertado, abraza al amante y lo besa, como se abraza y se besa a quien mucho se quiere, y cuando yacen juntos, está dispuesto a no negarse, por su parte, a dar sus favores al amante, si es que se los pide. En cambio, el compañero de tiro y el auriga se oponen a ello con respeto y buenas razones. De esta manera, si vence la parte mejor de la mente, que conduce a una vida ordenada y a la filosofía, transcurre la existencia en felicidad y concordia, dueños de sí mismos, llenos de mesura, subyugando lo que engendra la maldad en el alma, y dejando en libertad aquello en lo que lo excelente habita. Y, así pues, al final de sus vidas, alados e ingrávidos, habrán vencido en una de las tres competiciones verdaderamente olímpicas, y ni la humana sensatez ni la divina locura pue-

den otorgar al hombre un mayor bien. Pero si acaso escogieron un modo de vida menos noble y, en consecuencia, menos filosófico y más dado a los honores, bien podría ocurrir que, en estado de embriaguez o en algún momento de descuido, los caballos desenfrenados de ambos, cogiendo de improviso a las almas, las lleven juntamente allí donde se elige y se cumple lo que el vulgo considera la más feliz conquista.

Y una vez cumplido, se atan a ello en lo sucesivo, si bien no con frecuencia, porque siempre hay una parte de la mente que no da su asentimiento. Es cierto que éstos también son amigos entre sí, pero menos que aquéllos, tanto mientras dura el amor como si se les ha escapado, en la idea de que se han dado y aceptado las mayores pruebas de fidelidad, que sería desleal incumplirlas, para caer, entonces, en enemistad. Al fin emigran del cuerpo, es verdad que sin alas, pero no sin el deseo de haberlas buscado. De modo que no es pequeño el trofeo que su locura amorosa les aporta. Porque no es a las tinieblas de un viaje subterráneo a donde la ley prescribe que vayan los que ya comenzaron su ruta bajo el cielo, sino a que juntos gocen de una vida clara y dichosa y, gracias al amor, obtengan sus alas, cuando les llegue el tiempo de tenerlas.

Dones tan grandes y tan divinos, muchacho, te traerá la amistad del enamorado. Pero la intimidad con el que no ama, mezclada de mortal sensatez, y dispensadora también de lo mortal y miserable, produciendo en el alma amiga una ruindad que la gente alaba como virtud, dará lugar a que durante nueve mil años ande rodando por la tierra y bajo ella, en total ignorancia.

Sea ésta, querido Amor, la más bella y mejor palinodia que estaba en nuestro poder ofrecerte, como dádiva y recompensa, y que no podía por menos de decirse poética-

mente y en términos poéticos, a causa de Fedro. Obteniendo tu perdón por las primeras palabras y tu gracia por éstas, benevolente y propicio como eres, no me prives del amoroso arte que me has dado, ni en tu cólera me lo embotes, y dame todavía, más que ahora, la estima de los bellos. Y si en lo que, tanto Fedro como yo, dijimos antes, hay algo duro para ti, echa la culpa a Lisias, padre de las palabras, hazle enmudecer de tales discursos y volver, como ha vuelto su hermano Polemarco, a la filosofía, para que este amante suyo no divague como ahora, sino que simplemente lleve su vida hacia el Amor con discursos filosóficos.

LAS CIGARRAS

Se cuenta que, en otros tiempos, las cigarras eran hombres de esos que existieron antes de las Musas, pero que, al nacer éstas y aparecer el canto, algunos de ellos quedaron embelesados de gozo hasta tal punto que se pusieron a cantar sin acordarse de comer ni beber, y en ese olvido se murieron. De ellos se originó, después, la raza de las cigarras, que recibieron de las Musas ese don de no necesitar alimento alguno desde que nacen y, sin comer ni beber, no dejar de cantar hasta que mueren, y, después de esto, el de ir a las Musas a anunciarles quién de los de aquí abajo honra a cada una de ellas. En efecto, a Terpsícore le cuentan quiénes de ellos la honran en las danzas, y hacen así que los mire con mejores ojos; a Érato le dicen quiénes la honran en el amor, y de semejante manera a todas las otras, según la especie de honor propio de cada una. Pero es a la mayor, Calíope, y a la que va detrás de ella, Urania, a quienes anuncian los que pasan la vida en la filosofía y honran su música. Precisamente éstas, por ser de entre las Musas las que tienen que ver con el cielo y con los discursos divinos y humanos, son también las que dejan oír la voz más bella. De mucho hay, pues, que hablar, en lugar de sestear, al mediodía.

EL MITO DE THEUTH

Pues bien, oí que había por Náucratis, en Egipto, uno de los antiguos dioses del lugar al que, por cierto, está consagrado el pájaro que llaman Ibis. El nombre de aquella divinidad era el de Theuth. Fue este quien, primero, descubrió el número y el cálculo, y, también, la geometría y la astronomía, y, además, el juego de damas y el de dados, y, sobre todo, las letras. Por aquel entonces, era rey de todo Egipto Thamus, que vivía en la gran ciudad de la parte alta del país, que los griegos llaman la Tebas egipcia, así como a Thamus llaman Ammón. A él vino Theuth, y le mostraba sus artes, diciéndole que debían ser entregadas al resto de los egipcios. Pero él le preguntó cuál era la utilidad que cada una tenía, y, conforme se las iba minuciosamente exponiendo, lo aprobaba o desaprobaba, según le pareciese bien o mal lo que decía. Muchas, según se cuenta, son las observaciones que, a favor o en contra de cada arte, hizo Thamus a Theuth, y tendríamos que disponer de muchas palabras para tratarlas todas. Pero, cuando llegaron a lo de las letras, dijo Theuth: «Este conocimiento, oh rey, hará más sabios a los egipcios y más memoriosos, pues se ha inventado como un fármaco de la memoria y de la sabiduría». Pero él le dijo: «¡Oh artificiosísimo Theuth! A unos les es dado crear arte, a otros juzgar qué daño o provecho aporta para los que pretenden hacer uso de él. Y ahora tú, precisamente, padre que eres de las letras, por apego a ellas, les atribuyes poderes contrarios a los que tienen. Porque es olvido lo que

producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio. Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos, que no verdad. Porque, habiendo oído muchas cosas sin aprenderlas, parecerá que tienen muchos conocimientos, siendo, al contrario, en la mayoría de los casos, totalmente ignorantes, y difíciles, además, de tratar porque han acabado por convertirse en sabios aparentes en lugar de sabios de verdad».

LOS TRES MITOS DE LOS CICLOS

Extranjero Presta, entonces, toda tu atención a mi mito, como los niños. A fin de cuentas, dada tu edad, tan lejos no estás de los juegos infantiles.

Joven Sócrates Habla.

Extranjero Se contaba, y se seguirá aún contando, entre las muchas otras leyendas de antaño, aquella del prodigio que tuvo lugar a propósito de la tan mentada disputa entre Atreo y Tiestes. Seguramente has oído hablar de ella y recuerdas lo que se dice que aconteció entonces.

Joven Sócrates Te refieres, tal vez, al presagio concerniente al carnero de oro.

Extranjero No; no a ése, sino a aquel otro relativo al cambio de la puesta y de la salida del sol y de los demás astros, ya que en el punto del que ahora salen antes se ponían, y salían precisamente por el lado opuesto. Fue con ocasión de esa disputa cuando el dios, para ofrecer una prueba en favor de Atreo, cambió su curso, llevándolo al presente estado.

Joven Sócrates Sí, también esto es lo que se cuenta.

Extranjero Y, además, del reinado de Crono hemos oído hablar a mucha gente, sin duda.

Joven Sócrates A muchísima, claro.

Extranjero Sí. ¿Y qué me dices de aquello de que los hombres de antaño nacían de la tierra y no procreaban entre sí?

Joven Sócrates También es ésa una de las antiguas leyendas.

Extranjero Todas esas historias, por cierto, tienen su origen en un mismo acontecimiento y, además de éstas, muchísimas otras aún más maravillosas. Pero, en razón del larguísimo tiempo transcurrido, algunas de ellas han acabado por perderse y otras, que se han ido dispersando, se narran por separado, desconectadas entre sí. Pero de aquel acontecimiento que constituye la causa de todas ellas nadie ha hablado, y ahora precisamente tenemos que hacer mención de él; porque, una vez referido, vendrá muy bien para poner en claro la naturaleza del rey.

Joven Sócrates ¡Te has expresado de maravilla! Habla, pues, sin omitir nada.

Extranjero Escúchame bien. En lo que toca a éste, nuestro universo, durante un cierto tiempo dios personalmente guía su marcha y conduce su revolución circular, mientras que, en otros momentos, lo deja librado a sí mismo, cuando sus revoluciones han alcanzado ya la medida de la duración que les corresponde; y es entonces cuando él vuelve a girar, espontáneamente, en sentido contrario, porque es un ser viviente y ha recibido desde el comienzo una inteligencia que le fuera concedida por aquel que lo compuso. Y esa su marcha retrógrada se da en él necesariamente como algo que le es connatural, por la siguiente razón.

Joven Sócrates ¿Por cuál?

Extranjero Comportarse siempre idénticamente y del mismo modo y ser siempre idéntico a sí mismo es algo que conviene sólo a los más divinos de los seres; la naturaleza corpórea, en cambio, no pertenece a ese orden. Ahora bien, aquello a lo que llamamos cielo y mundo ha recibido en lote de quien lo engendró muchos y magníficos dones, pero es también partícipe del cuerpo. De ahí que le resulte imposible estar totalmente exento de cambio y, sin embargo, en la medida de sus fuerzas, se mueve en un mismo lugar,

del mismo modo y con un único tipo de desplazamiento. En consecuencia, le ha tocado cumplir un movimiento circular retrógrado, dado que es éste la mínima variación de su propio movimiento. Girar por sí mismo no le es posible casi a ninguno, excepción hecha de aquel que conduce a todo cuanto se mueve. A éste no le ha sido dado el mover ora de un modo e inmediatamente del modo opuesto. Por todo ello, entonces, no debe afirmarse que el mundo gire por sí mismo, ni tampoco que a todo él un dios lo haga girar en dos direcciones opuestas ni, por último, que lo hagan girar dos dioses con designios entre sí opuestos; lo que debe afirmarse, por el contrario, es precisamente lo que ha poco se dijo y que es lo único que resta, a saber, que en ciertos momentos es guiado en su marcha por una causa divina diferente de él, recuperando la vida y recibiendo de su artífice una inmortalidad renovada, mientras que en otros momentos, cuando ha sido librado a sí mismo, sigue andando por su propio impulso, porque ha sido abandonado a sí mismo en un momento tal que le permite marchar hacia atrás durante muchas miríadas de revoluciones, dado que, inmenso y equilibradísimo como es, se mueve sosteniéndose sobre un mínimo punto de apoyo.

Joven Sócrates Todo cuanto acabas de exponer ofrece, sin lugar a dudas, la mayor verosimilitud.

Extranjero Razonando tratemos, entonces, de pensar juntos, sobre la base de lo que acabamos de decir, en ese acontecimiento que –sosteníamos– es causante de tantas maravillas. Y es, justamente, el siguiente.

Joven Sócrates ¿Cuál?

Extranjero Que el universo se desplaza, unas veces, en la dirección en la que ahora gira y, otras veces, en cambio, en la dirección opuesta.

Joven Sócrates ¿Cómo es eso?

Extranjero Es preciso pensar que este cambio, de todas las reversiones que se dan en el cielo, es la reversión más importante y acabada.

Joven Sócrates Eso parece, al menos.

Extranjero Y debe suponerse que, en ese momento, tienen lugar enormes cambios también para nosotros, que habitamos en su interior.

Joven Sócrates También esto es verosímil.

Extranjero Y cuando esos cambios, que son tan grandes, numerosos y de toda índole, se dan todos a la vez, ¿acaso no sabemos que la naturaleza de los seres vivos los tolera con dificultad?

Joven Sócrates ¿Cómo no?

Extranjero Como consecuencia, inevitablemente acontecen entonces cuantiosas destrucciones de los diversos seres vivos, y del género humano en particular poco es, por cierto, lo que sobrevive. A estos fenómenos se les añaden otros, maravillosos y nuevos, pero hay uno que es el más importante y que es consecuencia del retroceso del curso del universo, en el momento en que se produce la reversión en sentido opuesto a la dirección actualmente establecida.

Joven Sócrates ¿Cuál?

Extranjero La edad, cualquiera que fuese, que tenía cada ser vivo comenzó en todos ellos por detenerse, y todo cuanto era mortal cesó de presentar rasgos de paulatino envejecimiento y, al cambiar su dirección en sentido opuesto, comenzó a volverse más joven y tierno; los cabellos canos de los ancianos se iban oscureciendo; las mejillas de quienes ya tenían barba poco a poco se suavizaban, restituyendo a cada uno a su pasada edad florida; los cuerpos de los jóvenes aún imberbes, por su parte, haciéndose más suaves y menudos día a día y noche a noche, retornaban al estado natural del niño recién nacido, asimilándose a él

tanto en el alma como en el cuerpo. Y, como consecuencia de ello, acababan al fin por desaparecer totalmente. Además, los cadáveres de quienes por aquel tiempo morían de muerte violenta, al sufrir todas estas mismas transformaciones, desaparecían por completo en pocos días sin dejar traza.

Joven Sócrates Pero, dime, extranjero, ¿cuál era entonces el modo de nacimiento de los seres vivos? ¿Y cómo podían procrear unos de otros?

Extranjero Está claro, Sócrates, que el hecho de procrearse unos de otros no se daba en la naturaleza de entonces, sino que los hijos de la tierra –esa raza que, según se cuenta, existió una vez– eran los que por aquel tiempo resurgían de la tierra; esa raza fue recordada por nuestros primeros antepasados, quienes, al acabar ese primer ciclo, vivieron en el tiempo que le siguió inmediatamente y nacieron al comienzo del ciclo actual. Esos relatos fueron ellos quienes nos los transmitieron, relatos de los que muchos hoy, sin razón, desconfían. Pero yo creo que debemos reflexionar sobre lo que de tal hecho se desprende. En efecto, la consecuencia de que los ancianos fueran tornándose niños es que de los que estaban muertos, yacentes en la tierra, otros, allí mismo, se reconstituyeran y renacieran, siguiendo la reversión del universo –porque el proceso de nacimiento estaba invertido– y, por esa razón, brotaran necesariamente nacidos de la tierra; de ahí surge su nombre y la tradición sobre todos aquellos a quienes el dios no condujo a otro destino.

Joven Sócrates Esto, en efecto, es perfecta consecuencia de lo anterior. Pero la vida que, según dices, se daba en la época en que Crono ejercía el poder, ¿aconteció en ocasión de aquellas reversiones de dirección de la marcha del mundo, o bien en estas actuales? Porque el cambio de los astros, así como el del sol, está bien claro que debe ocurrir

tanto en uno como en otro ciclo, cuando se produce la reversión.

Extranjero Has seguido muy bien el hilo de mi exposición. Pero, en cuanto a lo que preguntabas sobre la época en que todo surgía espontáneamente para los hombres, poco o nada tiene que ver con el actual ciclo del mundo, sino que correspondía precisamente al anterior. Porque, en ese entonces, al principio el dios regía la revolución circular, brindándole por entero sus cuidados, como ahora, y región por región, del mismo modo, todas las partes del mundo estaban distribuidas entre dioses que las gobernaban. Además, a los animales, según sus razas y en rebaños, cual pastores divinos, se los habían distribuido entre ellas unas divinidades inferiores, cada una de las cuales se bastaba por sí misma para atender a todo cuanto necesitaba cada uno de los rebaños que ella personalmente apacentaba, de modo tal que no había ninguna criatura salvaje ni los animales se devoraban unos a otros, y no existía guerra ni ningún tipo de discordia. Todas las restantes consecuencias de semejante organización del mundo serían, sin duda, muchísimas de enumerar. Aquello, pues, que se narra de esos hombres, acerca de su vida espontánea, se ha dicho por la siguiente razón: un dios los apacentaba dirigiéndolos personalmente, como ahora los hombres, que son una especie viviente más divina, apacientan a otras razas que le son inferiores. Cuando el dios los apacentaba, no había regímenes políticos ni los hombres poseían mujeres ni hijos. Surgiendo de la tierra, en efecto, todos recobraban vida, sin guardar recuerdo alguno de su anterior existencia; y, si bien de todo esto carecían, disponían en compensación de una profusión de frutos que les brindaban los árboles y muchas otras plantas que crecían sin necesidad de cultivo y que la tierra proveía como don espontáneo. Desnudos, sin necesidad de abri-

gos, vivían la mayor parte del tiempo al aire libre, porque, como las estaciones eran templadas, no les ocasionaban penurias y, además, disponían de blandos lechos de un césped abundante que de la tierra brotaba. Esta vida, Sócrates, de la que te estoy hablando, era, por cierto, la vida de los hombres de la época de Crono. En cuanto a aquella que, según la tradición, corresponde a la época de Zeus, la actual, la conoces por propia experiencia, ya que vives en ella. ¿Podrías tú, acaso, decidir cuál de las dos vidas es la más feliz, y estarías dispuesto a hacerlo?

Joven Sócrates De ningún modo.

Extranjero ¿Quieres, pues, que sea yo quien lo decida por ti?

Joven Sócrates Sí, con todo gusto.

Extranjero Muy bien. Si los retoños de Crono, al tener tanto tiempo libre y la posibilidad de trabar conversación no sólo con los hombres sino también con las bestias, usaban todas esas ventajas para la práctica de la filosofía, hablando tanto con las bestias como entre ellos y preguntando a uno y otro si advertía que alguno de ellos, por poseer una capacidad propia especial, presentaba alguna superioridad sobre los demás para enriquecer el caudal de su saber, fácil es decidir que, comparados con los de ahora, los hombres de entonces eran muchísimo más felices. Pero si, por el contrario, dándose en exceso a la comida y a la bebida, no hacían sino contarse entre sí y a las bestias mitos como los que ahora efectivamente se narran sobre ellos, también en este caso –al menos si doy mi parecer– es muy fácil decidirse. Dejemos, sin embargo, todo esto de lado, hasta tanto se nos presente algún intérprete lo suficientemente capaz como para decirnos si los hombres de antaño tenían o no el corazón dispuesto para entregarse a las ciencias y al uso de la argumentación. Pero ahora debemos decir qué era lo que

nos proponíamos al revivir este mito, para poder llevar adelante lo que sigue.

Una vez, pues, que el tiempo de todas estas condiciones tocó a su fin, que debía producirse un cambio y que había desaparecido ya por completo esa raza nacida de la tierra, porque cada alma había pagado todos los nacimientos, cayendo, cual semilla en la tierra, todas las veces que a cada una le habían sido asignadas, precisamente en ese momento el piloto del universo, abandonando, por así decirlo, la caña del timón, se retiró a su puesto de observación e hicieron dar marcha atrás al curso del mundo el destino y su inclinación natural. En ese momento, todos los dioses que, cada uno en su región, asistían en su gobierno a la máxima divinidad, al advertir lo que estaba sucediendo, abandonaron, a su vez, las partes del mundo a las que dispensaban sus cuidados personales. Y éste, en su rotar hacia atrás, al sufrir el choque de los impulsos contrarios del movimiento que comenzaba y del que acababa, produjo en sí una gran sacudida, cuya consecuencia fue, otra vez, una nueva destrucción de todas las criaturas vivientes. Más tarde, cuando hubo transcurrido suficiente tiempo y el mundo estaba ya haciendo cesar el estrépito y el tumulto y calmando las sacudidas, recuperando su equilibrio retornó a su movimiento propio y habitual, ejerciendo sus cuidados y su autoridad sobre lo que él encierra, así como sobre sí mismo, porque recordaba, en la medida de sus fuerzas, las enseñanzas de su artífice y padre. Al principio, claro está, lo ponía en práctica con mayor precisión, pero acabó por hacerlo de una forma más confusa; causa de esto es el elemento corpóreo de su constitución, ligado íntimamente a su antigua y primitiva naturaleza, porque era partícipe de un enorme desorden antes de haber llegado a su orden actual. En efecto, de quien lo compuso el mundo ha recibido todo cuanto

tiene de bello; de su condición anterior, en cambio, cuanto ocurre de defectuoso e injusto en el cielo, ello le viene de aquélla y lo reproduce en los seres vivos. Así pues, cuando criaba, con la asistencia del piloto, a las criaturas vivientes que en él encerraba, pocos eran los males que en ellos producía y enormes, en cambio, los bienes. Pero cuando de él se separa, en el tiempo que sigue inmediatamente a este abandono, continúa llevando todo del mejor modo posible y a medida que transcurre el tiempo y lo invade el olvido más se adueña de él su condición de antiguo desorden, y luego, cuando el tiempo toca a su fin, el desorden hace eclosión y pocos son los bienes y mucha, en cambio, la mezcla de opuestos que él incorpora; corre entonces el peligro de su propia destrucción y la de lo que en él contiene. Es, precisamente, por eso por lo que en tal circunstancia el dios que lo organizó, al ver que se halla en dificultades, tratando de evitar que, azotado por la tempestad y el desorden, no acabe por hundirse en la región infinita de la desemejanza, volviendo a sentarse al timón, después de cambiar lo que se había vuelto enfermo y disoluto en el período anterior, cuando andaba por sí solo, lo pone en orden y, enderezándolo, lo vuelve inmortal y exento de vejez.

Con esto toca a su fin nuestro relato. Pero para exhibir la naturaleza del rey bastará con atenernos a su parte anterior. En efecto, cuando el mundo revirtió otra vez, tomando el camino que lleva hacia la actual generación, la edad de los individuos, también ella, volvió a detenerse y se produjeron nuevos procesos en el sentido opuesto a los anteriores. Aquellos, entre los seres vivos, que estaban ya a punto de desaparecer en razón de su pequeñez, comenzaron a crecer, mientras que los cuerpos apenas nacidos de la tierra iban encaneciendo y, nuevamente, al morir, descendían a la tierra. Así también todo lo demás se iba transformando,

imitando la condición del universo y conformándose a ella y, en especial, todo lo referente a la gestación, el alumbramiento y la nutrición imitaba y acompañaba por necesidad a todo el resto. Pues ya no le era posible al ser vivo nacer en la tierra por acción de agentes exteriores que lo compusieran, sino que, así como al mundo le había sido impuesto ser amo y señor de su propio curso, así, precisamente del mismo modo, también a sus partes por sí mismas, en la medida de lo posible, les estaba impuesto, por un impulso similar, gestar, alumbrar y nutrir por sus propios medios. ¡Y bien! El propósito de nuestro discurso ya lo hemos logrado. Respecto de las diversas bestias haría falta, por cierto, explicar larga y prolijamente a partir de qué estados y por qué causas cada una se transformó; en lo que toca a los hombres, en cambio, la explicación será más breve y más a propósito. En efecto, al estar privados del cuidado de la divinidad que nos tenía en propiedad y nos apacentaba, como un gran número de las bestias que eran naturalmente feroces se habían vuelto del todo salvajes y los hombres se habían debilitado y carecían ya de protección, eran despedazados por ellas, con el agravante de que en los primeros tiempos carecían de recursos y de artes, había desaparecido el alimento espontáneo y no sabían cómo procurárselo, porque no habían sido obligados antes a ello por ninguna necesidad. En virtud de todo esto, se hallaban en grandes aprietos. Justamente es ése el origen de los dones que, según se cuenta, nos fueron antaño conferidos por los dioses, junto con la necesaria instrucción y enseñanza: el fuego, por Prometeo; las artes, por Hefesto y su colaboradora; las simientes y las plantas, en fin, por otras divinidades.

Y todo cuanto concurre a la preservación de la vida humana ha surgido de ellos, una vez que el don de los dioses al que acabo de referirme –es decir, el cuidado que ellos nos

brindaban– faltó a los hombres y éstos por sí mismos debieron llevar su vida y cuidarse de sí mismos, como el mundo todo, imitando y siguiendo al cual, en todo tiempo –ahora de este modo y antes de aquel otro–, vivimos y crecemos. He aquí el fin de nuestro mito, pero tratemos de que nos resulte de utilidad para darnos cuenta bien a las claras de qué grandes errores habíamos cometido al presentar al hombre real y político en nuestra argumentación anterior.

LA ATLÁNTIDA Y LA CIUDAD IDEAL

Pues entonces Critias, así decía, tenía ya casi noventa años y yo, a lo sumo diez. Era, casualmente, la Kureotis, el tercer día de los Apaturia. A los muchachos les sucedió lo que es siempre habitual en esa fiesta y lo era también entonces. Nuestros padres hicieron certámenes de recitación. Se declamaron poemas de muchos poetas y, como en aquella época los de Solón eran recientes, muchos niños los cantamos. Uno de los miembros de la fratría, sea que lo creía realmente o por hacerle un cumplido a Critias, dijo que si bien Solón le parecía muy sabio en todos los otros campos, en la poesía lo tenía por el más libre de todos los poetas. El anciano, entonces –me acuerdo con gran claridad– se puso muy contento y sonriendo dijo: «¡Ay Aminandro!, ¡ojalá la poesía no hubiera sido para él una actividad secundaria! Si se hubiera esforzado como los otros y hubiera terminado el argumento que trajo de Egipto y si, al llegar aquí, las contiendas civiles y otros males no lo hubieran obligado a descuidar todo lo que descubrió allí, ni Hesíodo ni Homero, en mi opinión, ni ningún otro poeta jamás habría llegado a tener una fama mayor que la suya». «¿Qué historia era, Critias?», preguntó el otro. «La historia de la hazaña más importante y, con justicia, la más renombrada de todas las realizadas por nuestra ciudad, pero que no llegó hasta nosotros por el tiempo transcurrido y por la desaparición de los que la llevaron a cabo», dijo el anciano. «Cuenta desde el comienzo», exclamó el otro,

«qué decía Solón, y cómo y de quiénes la había escuchado como algo verdadero».

«En Egipto», comenzó Critias, «donde la corriente del Nilo se divide en dos en el extremo inferior del Delta, hay una región llamada Saítica, cuya ciudad más importante, Sais –de donde, por cierto, también era el rey Amasis–, tiene por patrona a una diosa cuyo nombre en egipcio es Neith y en griego, según la versión de aquéllos, Atenea. Afirman que aprecian mucho a Atenas y sostienen que en cierta forma están emparentados con los de esta ciudad. Solón contaba que cuando llegó allí recibió de ellos muchos honores y que, al consultar sobre las antigüedades a los sacerdotes que más conocían el tema, descubrió que ni él mismo ni ningún otro griego sabía, por decir así, prácticamente nada acerca de esos asuntos. En una ocasión, para entablar conversación con ellos sobre esto, se puso a contar los hechos más antiguos de esta ciudad, la historia de Foroneo, del que se dice que es el primer hombre, y de Níobe, y narró cómo Deucalión y Pirras sobrevivieron después del diluvio e hizo la genealogía de sus descendientes y quiso calcular el tiempo transcurrido desde entonces recordando cuántos años había vivido cada uno. En ese instante, un sacerdote muy anciano exclamó: "¡Ay!, Solón, Solón, ¡los griegos seréis siempre niños!, ¡no existe el griego viejo!". Al escuchar esto, Solón le preguntó: "¿Por qué lo dices?". "Todos", replicó aquél, "tenéis almas de jóvenes, sin creencias antiguas transmitidas por una larga tradición, y carecéis de conocimientos encanecidos por el tiempo. Esto se debe a que tuvieron y tendrán lugar muchas destrucciones de hombres, las más grandes por fuego y agua, pero también otras menores provocadas por otras innumerables causas. Tomemos un ejemplo, lo que se cuenta entre vosotros de que una vez Faetón, el hijo del

Sol, montó en el carro de su padre y, por no ser capaz de marchar por el sendero paterno, quemó lo que estaba sobre la tierra y murió alcanzado por un rayo. La historia, aunque relatada como una leyenda, se refiere, en realidad, a una desviación de los cuerpos que en el cielo giran alrededor de la tierra y a la destrucción, a grandes intervalos, de lo que cubre la superficie terrestre por un gran fuego. Entonces, el número de habitantes de las montañas y de lugares altos y secos que muere es mayor que el de los que viven cerca de los ríos y el mar. El Nilo, salvador nuestro en otras ocasiones, también nos salva entonces de esa desgracia. Pero cuando los dioses purifican la tierra con aguas y la inundan, se salvan los habitantes de las montañas, pastores de bueyes y cabras, y los que viven en vuestras ciudades son arrastrados al mar por los ríos. En esta región, ni entonces ni nunca fluye el agua de arriba sobre los campos, sino que, por el contrario, es natural que suba, en su totalidad, desde el interior de la tierra. Por ello se dice que lo que aquí se conserva es lo más antiguo. En realidad, sin embargo, en todas las regiones en las que no se da un invierno riguroso y un calor extremo, la raza humana, en mayor o menor número, está siempre presente. Desde antiguo registramos y conservamos en nuestros templos todo aquello que llega a nuestros oídos acerca de lo que pasa entre vosotros, aquí o en cualquier otro lugar, si sucedió algo bello, importante o con otra peculiaridad. Contrariamente, siempre que vosotros, o los demás, os acabáis de proveer de escritura y de todo lo que necesita una ciudad, después del período habitual de años, os vuelve a caer, como una enfermedad, un torrente celestial que deja sólo a los iletrados e incultos, de modo que nacéis de nuevo, como niños, desde el principio, sin saber nada ni de nuestra ciudad ni de lo que ha sucedido entre vosotros durante las

épocas antiguas. Por ejemplo, Solón, las genealogías de los vuestros que acabas de exponer poco se diferencian de los cuentos de niños, porque, primero, recordáis un diluvio sobre la tierra, mientras que antes de él habían sucedido muchos y, en segundo lugar, no sabéis ya que la raza mejor y más bella de entre los hombres nació en vuestra región, de la que tú y toda la ciudad vuestra descendéis ahora, al quedar una vez un poco de simiente. Lo habéis olvidado porque los que sobrevivieron ignoraron la escritura durante muchas generaciones. En efecto, antes de la gran destrucción por el agua, la que es ahora la ciudad de los atenienses era la mejor en la guerra y la más absolutamente obediente de las leyes. Cuentan que tuvieron lugar las hazañas más hermosas y que se dio la mejor organización política de todas cuantas hemos recibido noticia bajo el cielo". Solón solía decir que al escucharlo se sorprendió y tuvo muchas ganas de conocer más, de modo que pidió que le contara con exactitud todo lo que los sacerdotes conservaban de los antiguos atenienses. El sacerdote replicó: "Sin ninguna reticencia, oh Solón, lo contaré por ti y por vuestra ciudad, pero sobre todo por la diosa a la que tocó en suerte vuestra patria y también la nuestra y las crió y educó, primero aquélla, mil años antes, después de recibir simiente de Gea y Hefesto, y, más tarde, ésta. Los escritos sagrados establecen la cantidad de ocho mil años para el orden imperante entre nosotros. Ahora, te haré un resumen de las leyes de los ciudadanos de hace nueve mil años y de la hazaña más heroica que realizaron. Más tarde, tomaremos con tranquilidad los escritos mismos y discurriremos en detalle y ordenadamente acerca de todo. En cuanto a las leyes, observa las nuestras, pues descubrirás ahora aquí muchos ejemplos de las que existían entonces entre vosotros. En primer lugar, el que la casta de los sa-

cerdotes esté separada de las otras; después, lo de los artesanos, el que cada oficio trabaje individualmente sin mezclarse con el otro, ni tampoco los pastores, los cazadores ni los agricultores. En particular, supongo que habrás notado que aquí el estamento de los guerreros se encuentra separado de los restantes y que sólo tiene las ocupaciones guerreras que la ley le ordena. Además, la manera en que se arman con escudos y espadas, que fuimos los primeros en utilizar en Asia tal como la diosa los dio a conocer por primera vez en aquellas regiones entre vosotros. También ves, creo, cuánto se preocupó nuestra ley desde sus inicios por la sabiduría pues, tras descubrirlo todo acerca del universo, incluidas la adivinación y la medicina, lo trasladó de estos seres divinos al ámbito humano para salud de éste y adquirió el resto de los conocimientos que están relacionados con ellos. En aquel tiempo, pues, la diosa os impuso a vosotros en primer lugar todo este orden y disposición y fundó vuestra ciudad después de elegir la región en que nacisteis porque vio que la buena mezcla de estaciones que se daba en ella podría llegar a producir los hombres más prudentes. Como es amiga de la guerra y de la sabiduría, eligió primero el sitio que daría los hombres más adecuados a ella y lo pobló. Vivíais, pues, bajo estas leyes y, lo que es más importante aún, las respetabais y superabais en virtud a todos los hombres, como es lógico, ya que erais hijos y alumnos de dioses. Admiramos muchas y grandes hazañas de vuestra ciudad registradas aquí, pero una de entre todas se destaca por importancia y excelencia. En efecto, nuestros escritos refieren cómo vuestra ciudad detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el Océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desemboca-

dura que vosotros, así decís, llamáis Columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho. En realidad, era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme. En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras islas, así como partes de la tierra firme. En este continente, dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia. Toda esta potencia unida intentó una vez esclavizar en un ataque a toda vuestra región, la nuestra y el interior de la desembocadura. Entonces, Solón, el poderío de vuestra ciudad se hizo famoso entre todos los hombres por su excelencia y fuerza, pues superó a todos en valentía y en artes guerreras, condujo en un momento de la lucha a los griegos, luego se vio obligada a combatir sola cuando los otros se separaron, corrió los peligros más extremos y dominó a los que nos atacaban. Alcanzó así una gran victoria e impidió que los que todavía no habían sido esclavizados lo fueran y al resto, cuantos habitábamos más acá de los confines heráclidas, nos liberó generosamente. Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad"».

EL DEMIURGO

Pero, Sócrates, cualquiera que sea un poco prudente invoca a un dios antes de emprender una tarea o un asunto grande o pequeño. También nosotros, que vamos a hacer un discurso acerca del universo, cómo nació y si es o no generado, si no desvariamos completamente, debemos invocar a los dioses y diosas y pedirles que nuestra exposición sea adecuada, en primer lugar, a ellos y, en segundo, a nosotros. Sirva esto como invocación a los dioses. En cuanto a nosotros, debo rogar para que vosotros podáis entender mi discurso con la mayor facilidad y yo mostrar de la mejor manera lo que pienso acerca de los temas propuestos.

Pues bien, en mi opinión hay que diferenciar primero lo siguiente: ¿qué es lo que es siempre y no deviene y qué lo que deviene continuamente, pero nunca es? Uno puede ser comprendido por la inteligencia mediante el razonamiento, el ser siempre inmutable; el otro es opinable, por medio de la opinión unida a la percepción sensible no racional, nace y fenece, pero nunca es realmente. Además, todo lo que deviene, deviene necesariamente por alguna causa; es imposible, por tanto, que algo devenga sin una causa. Cuando el artífice de algo, al construir su forma y cualidad, fija constantemente su mirada en el ser inmutable y lo usa de modelo, lo así hecho será necesariamente bello. Pero aquello cuya forma y cualidad hayan sido conformadas por medio de la observación de lo generado, con un modelo generado, no será bello. Acerca del universo –o cosmos o si

en alguna ocasión se le hubiera dado otro nombre más apropiado, usémoslo– debemos indagar primero lo que se supone que hay que considerar en primer lugar en toda ocasión: si siempre ha sido, sin comienzo de la generación, o si se generó y tuvo algún inicio. Es generado, pues es visible y tangible y tiene un cuerpo y tales cosas son todas sensibles y lo sensible, captado por la opinión unida a la sensación, se mostró generado y engendrado. Decíamos, además, que lo generado debe serlo necesariamente por alguna causa. Descubrir al hacedor y padre de este universo es difícil, pero, una vez descubierto, comunicárselo a todos es imposible. Por otra parte, hay que observar acerca de él lo siguiente: qué modelo contempló su artífice al hacerlo, el que es inmutable y permanente o el generado. Bien, si este mundo es bello y su creador bueno, es evidente que miró el modelo eterno. Pero si es lo que ni siquiera está permitido pronunciar a nadie, el generado. A todos les es absolutamente evidente que contempló el eterno, ya que este universo es el más bello de los seres generados y aquél la mejor de las causas. Por ello, engendrado de esta manera, fue fabricado según lo que se capta por el razonamiento y la inteligencia y es inmutable. Si esto es así, es de total necesidad que este mundo sea una imagen de algo. Por cierto, lo más importante es comenzar de acuerdo con la naturaleza del tema. Entonces, acerca de la imagen y de su modelo hay que hacer la siguiente distinción en la convicción de que los discursos están emparentados con aquellas cosas que explican: los concernientes al orden estable, firme y evidente con la ayuda de la inteligencia, son estables e infalibles –no deben carecer de nada de cuanto conviene que posean los discursos irrefutables e invulnerables–; los que se refieren a lo que ha sido asemejado a lo inmutable, dado que es una imagen, han de ser verosímiles y proporcionales a los infa-

libles. Lo que el ser es a la generación, es la verdad a la creencia. Por tanto, Sócrates, si en muchos temas, los dioses y la generación del universo, no llegamos a ser eventualmente capaces de ofrecer un discurso que sea totalmente coherente en todos sus aspectos y exacto, no te admires. Pero si lo hacemos tan verosímil como cualquier otro, será necesario alegrarse, ya que hemos de tener presente que yo, el que habla, y vosotros, los jueces, tenemos una naturaleza humana, de modo que acerca de esto conviene que aceptemos el relato probable y no busquemos más allá.

LA CREACIÓN DE LOS SERES HUMANOS

Decir y conocer el origen de las otras divinidades es una tarea que va más allá de nuestras fuerzas. Hay que creer, por consiguiente, a los que hablaron antes, dado que en tanto descendientes de dioses, como afirmaron, supongo que al menos conocerían bien a sus antepasados. No es posible, entonces, desconfiar de hijos de dioses, aunque hablen sin demostraciones probables ni necesarias, sino, siguiendo la costumbre, debemos creerles cuando dicen que relatan asuntos familiares. Aceptemos y refiramos pues el origen de los dioses tal como lo exponen ellos. Océano y Tetis fueron hijos de Gea y Urano, de ellos nacieron Forcis, Crono, Rea y todos los de su generación; de Crono y Rea, Zeus, Hera y todos los que sabemos que son llamados sus hermanos y, además, los restantes que son descendientes de éstos. Después de que nacieran todos los dioses que marchan de manera visible y todos los que aparecen cuando quieren, el creador de este universo les dijo lo siguiente: «Dioses hijos de dioses, las obras de las que soy artesano y padre, por haberlas yo generado, no se destruyen si yo no lo quiero. Por cierto, todo lo atado puede ser desatado, pero es propio del malvado el querer desatar lo que está construido de manera armónicamente bella y se encuentra en buen estado. No sois en absoluto ni inmortales ni indisolubles porque habéis nacido y por las causas que os han dado nacimiento; sin embargo, no seréis destruidos ni tendréis un destino mortal, porque habéis obte-

nido en suerte el vínculo de mi decisión, aún mayor y más poderoso que aquellos con los que fuisteis atados cuando nacisteis. Ahora, enteraos de lo que os he de mostrar. Hay tres géneros mortales más que aún no han sido engendrados. Si éstos no llegan a ser, el universo será imperfecto, pues no tendrá en él todos los géneros de seres vivientes y debe tenerlos si ha de ser suficientemente perfecto. Pero si nacieran y participaran de la vida por mi intermedio, se igualarían a los dioses. Entonces, para que sean mortales y este universo sea realmente un todo, aplicaos a la creación de los seres vivos de acuerdo con la naturaleza e imitad mi poder en vuestra generación. Comenzaré por plantar la simiente de lo que conviene que haya en ellos del mismo nombre que los inmortales, dado que es llamado divino, y gobierno en los que quieren obedecer siempre a la justicia y a vosotros, y os lo entregaré. Vosotros haréis el resto, entretejiendo lo mortal con lo inmortal. Engendrad seres vivientes, alimentadlos, hacedlos crecer y recibidlos nuevamente cuando mueran».

Dijo esto y vertió nuevamente en el recipiente, en el que antes había mezclado el alma del universo, los restos de la mezcla anterior y los mezcló de una manera que era en cierto sentido igual, aunque ya no eran igualmente puros, sino que poseían una pureza de segundo y tercer grado. Una vez que hubo compuesto el conjunto, lo dividió en un número de almas igual al de los cuerpos celestes y distribuyó una en cada astro. Después de montarlas en una especie de carruaje, les mostró la naturaleza del universo y les proclamó las leyes del destino. Todas tendrían prescrita una primera y única generación, para que nadie fuera perjudicado por él. Después de implantadas en los instrumentos del tiempo correspondientes a cada una, deberían nacer en el más piadoso de los animales, pero, pues-

to que la naturaleza humana es doble, tal género mejor sería el que luego se habría de llamar hombre. Cuando se hubieran necesariamente implantado en cuerpos, al entrar o salir, deberían tener, primero, una única percepción connatural a todas producida por cambios violentos; en segundo lugar, amor mezclado con placer y dolor; además, temor e ira y todo lo relacionado con ellos y cuanto por naturaleza se les opone. Si los dominaran, habrían de vivir con justicia, pero si fueran dominados, en injusticia. El que viviera correctamente durante el lapso asignado, al retornar a la casa del astro que le fuera atribuido, tendría la vida feliz que le corresponde, pero si fallara en esto, cambiaría a la naturaleza femenina en la segunda generación; y si en esa vida aún no abandonara el vicio, sufriría una metamorfosis hacia una naturaleza animal semejante a la especie del carácter en que se hubiera envilecido. Sometido al cambio, no dejaría de sufrir si, conjuntamente con la revolución de lo mismo y semejante que hay en él, no controlara la gran multitud de ruidos e irracional hecha de fuego, agua, aire y tierra que le ha nacido como un agregado posterior y, tras haberla dominado con el razonamiento, no llegara a la forma de la primera y mejor actitud moral. Después de establecer estas leyes para no ser culpable luego del vicio de cada una, las plantó, unas, en la tierra, otras, en la luna y las demás, en los restantes instrumentos del tiempo. Tras la siembra, encargó a los dioses jóvenes plasmar los cuerpos mortales y comenzar a hacer cuanto aún restaba por generar del alma humana y todo lo relacionado con ello, y gobernar en la medida de lo posible de la manera más bella y mejor al animal mortal, para que no se convirtiera en culpable de sus males.

Una vez que hubo dispuesto lo que antecede, retornó a su actitud habitual. Mientras permanecía en ella, sus hijos,

después de meditar sobre la orden del padre, la llevaron a cabo. Tomaron el principio inmortal del viviente mortal e imitaron al que los había creado. Tomaron prestadas del universo porciones de fuego y tierra, agua y aire –porciones que posteriormente le deberían ser devueltas– y las unieron y pegaron, no con los vínculos indisolubles que ellos mismos poseían, sino que las ensamblaron con numerosos nexos invisibles por su pequeñez. Hicieron de todo un cuerpo individual y ataron las revoluciones del alma inmortal a un cuerpo sometido a flujos y reflujos. Éstas, atadas a la gran corriente, ni dominaban ni eran dominadas, eran movidas con violencia y con violencia movían, de modo que todo el animal se movía y, de manera desordenada e irracional, avanzaba sin dirección porque poseía los seis movimientos. En efecto, iba hacia delante y hacia atrás, hacia la derecha y la izquierda y hacia arriba y hacia abajo y erraba en todas direcciones según los seis lugares. Aunque la ola alimenticia que fluía y refluía era grande, los procesos desatados por lo que se introducía ocasionaban una conmoción todavía mayor, cuando el cuerpo de alguien chocaba con un fuego ajeno exterior, con la solidez corpórea de la tierra o con el deslizamiento húmedo de las aguas, o era atrapado por un huracán de vientos movidos por el aire, y los movimientos que éstos suscitaban, tras transmitirse a todo el cuerpo, afectaban el alma. Por eso, más tarde se denominó a estos procesos percepciones y aún hoy se los llama así. En ese momento en particular, producían un movimiento extremadamente intenso y muy violento, porque, conjuntamente con la corriente que afluía de modo continuo, movían y agitaban las revoluciones del alma con violencia. Al fluir en sentido contrario a la revolución de lo mismo, la encadenaron completamente y le impidieron gobernar y marchar. Asimismo, convulsionaron totalmente la

revolución de lo otro, de modo que los intervalos dobles y triples, tres de cada clase, y los medios y uniones de tres medios, cuatro tercios y nueve octavos –como no eran completamente disolubles, excepto por el que los había unido– se retorcieron completamente y sus círculos se rompieron y destruyeron cuando era posible, de forma que, aunque, manteniéndose unidos con dificultad, se movían, lo hacían de manera desordenada, unas veces enfrentados, otras oblicuos, otras de espaldas; como cuando uno, acostado boca arriba, con la cabeza sobre la tierra, levanta los pies y los apoya sobre algo; entonces, al que lleva a cabo esta acción y a los que lo ven se les aparecerá respectivamente a cada uno lo derecho del otro, izquierdo y lo izquierdo, derecho. Si las revoluciones sufren con violencia éstos y otros procesos semejantes, cuando se encuentran con un objeto exterior del género de lo mismo o de lo otro, anuncian de manera contraria a lo verdadero lo que es igual y lo diferente de él y se vuelven mentirosas y carentes de inteligencia. En ese momento, ninguna de las dos revoluciones es jefe ni guía. Cuando algunas sensaciones provenientes del exterior asaltan las revoluciones del alma y la arrastran junto con toda la cavidad del alma, entonces, aunque dominadas, parecen dominar. Por todos estos fenómenos, tanto ahora como al comienzo, cuando el alma es atada al cuerpo mortal, en un primer momento se vuelve irracional. Pero cuando la afluencia de crecimiento y alimentación es menor y, al pasar el tiempo, las revoluciones, tranquilizadas, retoman y restablecen su camino, las órbitas, que se han corregido y reinsertado en el curso que recorre cada uno de los círculos y anuncian correctamente lo igual y lo diferente, hacen que se vuelva prudente el que ha llegado a poseerlas. En caso de que se reciba, además, una correcta formación educativa, se llegará a ser completa-

mente sano, puesto que se habrá evitado la enfermedad más grave. Pero cuando uno se descuida y lleva una forma de vida coja, como un no iniciado e insensato, retorna al Hades. Mas este discurso tendrá lugar más tarde en alguna ocasión.

LA ATLÁNTIDA Y EL MODELO DE CIUDAD IDEAL

Ante todo recordemos que el total de años transcurridos desde que se dice que estalló la guerra entre los que habitaban más allá de las Columnas de Heracles y todos los que poblaban las zonas interiores, es de nueve mil; ahora debemos narrarla en detalle. Se decía que esta ciudad mandaba a estos últimos y que luchó toda la guerra. A la cabeza de los otros estaban los reyes de la isla de Atlántida, de la que dijimos que era en un tiempo mayor que Libia y Asia, pero que ahora, hundida por terremotos, impide el paso, como una ciénaga intransitable, a los que navegan de allí al océano, de modo que ya no la pueden atravesar. En su desarrollo, la exposición del relato mostrará singularmente en cada caso lo que corresponde a los muchos pueblos bárbaros y a las razas helenas de entonces. Pero es necesario exponer al principio, en primer lugar, lo concerniente a los atenienses de aquel entonces y a los enemigos con los que lucharon, las fuerzas de guerra de cada uno y sus formas de organización política. De éstas, hay que preferir hablar antes de las de esta ciudad.

En una ocasión, los dioses distribuyeron entre sí las regiones de toda la tierra por medio de la suerte –sin disputa; pues no sería correcto afirmar que ignoraban lo que convenía a cada uno ni, tampoco, que, a pesar de saberlo, intentaban apropiarse unos y otros de lo más conveniente a los restantes por medio de rencillas–. Una vez que cada uno obtuvo lo que le agradaba a través de las suertes de la justi-

cia, poblaron las regiones y, después de poblarlas, nos criaban como sus rebaños y animales, como los pastores hacen con el ganado, sólo que no violentaban cuerpos con cuerpos, como los pastores apacientan las manadas a golpes, sino como es más fácil de manejar un animal: dirigían desde la proa. Actuaban sobre el alma por medio de la convicción como si fuera un timón, según su propia intención, y así conducían y gobernaban todo ser mortal. Mientras los otros dioses recibieron en suerte las restantes regiones y las ordenaron, Hefesto y Atenea, por su naturaleza común –su hermana por provenir del mismo padre y porque por amor a la sabiduría y a la ciencia se dedicaban a lo mismo–, recibieron ambos esta región como única parcela, apropiada y útil a la virtud y a la inteligencia por naturaleza, implantaron hombres buenos, aborígenes, e introdujeron el orden constitucional en su raciocinio. De éstos se conservan los nombres, pero sus obras y hazañas desaparecieron a causa de las destrucciones que sufrieron los que las heredaron y por la gran cantidad de tiempo transcurrido desde entonces. En efecto, los que en cada ocasión sobrevivían, como ya fue dicho anteriormente, eran cerriles y analfabetos, de modo que sólo se habían enterado de los nombres de los gobernantes del país y, además de éstos, de muy pocas hazañas. A sus hijos les pusieron los nombres porque les agradaban, aunque no conocían las excelencias y las leyes de los anteriores, con excepción de algunos oscuros relatos sobre individuos particulares. Al carecer de lo necesario durante muchas generaciones, ellos y sus hijos se fueron despreocupando de lo acontecido una vez en el pasado porque prestaban atención y hablaban sólo de aquello de lo que carecían. En efecto, la mitología y la investigación de las antigüedades llegan a las ciudades al mismo tiempo que el ocio, cuando ambas observan que algunos ya están

provistos de lo necesario para la vida, no antes. De esta manera, pues, se conservaron los nombres de los antiguos sin sus hechos. Afirmo esto sobre la base del testimonio de Solón, que decía que los sacerdotes al relatar la guerra de entonces mencionaban los nombres de Cécrope, Erecteo, Erictonio, Erisictón y la mayoría de los restantes anteriores a Teseo de los que hay recuerdo. Lo mismo sucedía en el caso de las mujeres. Además, el aspecto de la estatua de la diosa: que los de entonces la representaran con una imagen armada según aquella costumbre que hacía cumplir las mismas funciones en la guerra a las mujeres y a los hombres, es una demostración de que todos los miembros de un rebaño, hembras y machos, están en condiciones, por naturaleza, de practicar en común la virtud correspondiente a cada clase.

En aquel tiempo, los restantes ciudadanos habitaban en esta región dedicados a la artesanía y al cultivo de la tierra, y los guerreros, a los que desde el comienzo habían separado hombres divinos, vivían aparte, con todo lo necesario para la alimentación y la educación, sin que ninguno poseyera nada propio, ya que consideraban que todo era común a todos y no pretendían que debieran recibir de los otros ciudadanos más que la alimentación necesaria, dedicados a la práctica de todas las costumbres e instituciones que ayer mencionamos con relación a los guardianes que habíamos supuesto teóricamente. También se contaba de manera fidedigna y verdadera lo relativo a nuestra región: en primer lugar, que entonces tenía unas fronteras que se extendían hasta el Istmo y, en el resto de la tierra firme, hasta las cimas del Citerón y el Parnes y que el límite bajaba con la Oropía a la derecha y a la izquierda bordeando el Asopo desde el mar y que esta región superaba en calidad a toda la tierra. Por ello entonces era también capaz de ali-

mentar a un gran ejército exento de las actividades agrícolas. Una prueba contundente de su calidad: lo que ahora queda de ella puede competir con cualquier otra región por la variedad y bondad de su producción agrícola y por poseer buenos pastos para todo tipo de animales. Entonces, además de la calidad, también producía todo esto en abundancia. ¿Cómo puede ser esto plausible y en qué sentido podría afirmarse con razón que es un resto el suelo de entonces? Toda la región que se interna profundamente en el mar a partir de la tierra firme es como un cabo. El mar que la rodea es profundo cerca de la costa en todas partes. Como se produjeron muchas y grandes inundaciones en los nueve mil años –pues todos esos años transcurrieron desde esa época hasta hoy–, lo que se desliza desde las alturas en los procesos que tienen lugar en estos tiempos no se apila, como en otros lugares, en un montículo digno de mención, sino que fluye siempre en círculo y desaparece en la profundidad. En comparación con lo que había entonces, lo de ahora ha quedado –tal como sucede en las pequeñas islas– semejante a los huesos de un cuerpo enfermo, ya que se ha erosionado la parte gorda y débil de la tierra y ha quedado sólo el cuerpo pelado de la región. Entonces, cuando aún no se había desgastado, tenía montañas coronadas de tierra y las llanuras que ahora se dicen de suelo rocoso estaban cubiertas de tierra fértil. En sus montañas había grandes bosques de los que persisten signos visibles, pues en las montañas que ahora sólo tienen alimento para las abejas se talaban árboles no hace mucho tiempo para techar las construcciones más importantes cuyos techos todavía se conservan. Había otros muchos altos árboles útiles y la zona producía muchísimo pienso para el ganado. Además, gozaba anualmente del agua de Zeus, sin perderla, como sucede en el presente que fluye del suelo desnudo al mar; sino que,

al tener mucha tierra y albergar el agua en ella, almacenándola en diversos lugares con la tierra arcillosa que servía de retén y enviando el agua absorbida de las alturas a las cavidades, proporcionaba abundantes fuentes de manantiales y ríos, de las que los lugares sagrados que perduran hoy en las fuentes de antaño son signos de que nuestras afirmaciones actuales son verdaderas.

Tal era entonces por naturaleza el resto del país, al que cultivaban, como es probable, verdaderos agricultores, que hacían sólo eso, amantes de lo bello y de buena naturaleza y que disponían del mejor suelo, de agua en abundancia y de estaciones templadas de la mejor manera sobre la tierra. En esta época, la ciudad estaba establecida de la siguiente manera. En primer lugar, la acrópolis no era entonces como es ahora, pues ahora una noche de lluvia torrencial erosionó toda la tierra que la rodeaba y la dejó desnuda, pues hubo terremotos unidos a un gran diluvio, el tercero antes de la destrucción en época de Deucalión. En cuanto a su tamaño anterior en la otra época, alcanzaba hasta el Erídano y el Iliso e incluía en su interior el Pnix con Licabeto como límite del lado opuesto del Pnix. Estaba toda cubierta de tierra y era llana en su parte superior, salvo en unos pocos lugares. Los artesanos y los campesinos que labraban los campos de las cercanías habitaban en el exterior a los pies de sus laderas. El estamento de los guerreros ocupaba independiente y aislado el sitio superior alrededor del templo de Atenea y Hefesto, circundado por una valla como el jardín de una casa. Habitaban la parte norte de la acrópolis, donde habían construido habitaciones comunes y comedores para el invierno y todas las construcciones de ellos y los templos de los dioses que convenía que tuviera la república común, sin oro ni plata –pues no los usaban nunca para nada, sino que buscaban el término medio entre la prepoten-

cia y la pusilanimidad y habitaban en casas ordenadas, en las que ellos y los hijos de sus hijos envejecían y que traspasaban siempre en el mismo estado a otros semejantes–. Usaban la parte sur, que habían dejado como instalaciones de verano para jardines, gimnasios y lugares de comida en común, con esa finalidad. En el lugar que ocupa en el presente la acrópolis, había una fuente de la que quedaron los pequeños manantiales actuales en círculo cuando los terremotos la cerraron. A todos los de entonces les proporcionaba una corriente abundante, templada en invierno y en verano. Con esta configuración habitaban el lugar, guardianes de sus conciudadanos y caudillos de los otros griegos por la voluntad de éstos, y cuidaban que el número de hombres y mujeres, el de los que ya eran capaces de luchar y el de los que todavía no lo eran, permaneciera siempre constante, alrededor de veinte mil.

Puesto que éstos eran así y de una manera semejante gobernaban siempre con justicia su ciudad y el resto de Grecia, en toda Europa y Asia eran famosos por la belleza de los cuerpos y la completa excelencia de las almas y los más renombrados de todos los de aquel tiempo. Ahora, si no quedamos despojados del recuerdo de lo que escuchamos cuando aún éramos niños, os expondremos cuáles eran las cualidades de los que lucharon contra ellos y cómo nacieron en un principio, para que estos mismos relatos os sean comunes a los amigos.

Antes de la narración todavía es necesario llamar la atención sobre un detalle, para que no os maravilléis si escucháis nombres griegos de hombres bárbaros. Conoceréis la razón de dichos nombres. Puesto que Solón quería utilizar el relato para su poesía, investigó el significado de los nombres y descubrió que aquellos primeros egipcios los tradujeron a su propia lengua al escribirlos, y él, a su vez, tras

captar el sentido de cada uno, los vertió a la nuestra cuando los escribió. Esos documentos se encontraban en casa de mi abuelo, y, actualmente, están todavía en mi poder y me ocupé diligentemente de ellos cuando era niño. Por tanto, no os admire si escucháis nombres como los de aquí, pues ya conocéis la razón. El siguiente era entonces el comienzo de un largo relato.

Tal como dije antes acerca del sorteo de los dioses –que se distribuyeron toda la tierra, aquí en parcelas mayores, allí en menores, e instauraron templos y sacrificios para sí–, cuando a Poseidón le tocó en suerte la isla de Atlántida la pobló con sus descendientes, nacidos de una mujer mortal en un lugar de las siguientes características. El centro de la isla estaba ocupado por una llanura en dirección al mar, de la que se dice que era la más bella de todas, y de buena calidad, y en cuyo centro, a su vez, había una montaña baja por todas partes, que distaba unos cincuenta estadios del mar. En dicha montaña habitaba uno de los hombres que en esa región habían nacido de la tierra, Evenor de nombre, que convivía con su mujer Leucipe. Tuvieron una única hija, Clito. Cuando la muchacha alcanza la edad de tener un marido, mueren su madre y su padre. Poseidón la desea y se une a ella, y, para defender bien la colina en la que habitaba, la aísla por medio de anillos alternos de tierra y de mar de mayor y menor dimensión: dos de tierra y tres de mar en total, cavados a partir del centro de la isla, todos a la misma distancia por todas partes, de modo que la colina fuera inaccesible a los hombres.

Entonces todavía no había barcos ni navegación. Él mismo, puesto que era un dios, ordenó fácilmente la isla que se encontraba en el centro: hizo subir dos fuentes de aguas subterráneas a la superficie –una fluía caliente del manantial y la otra fría– e hizo surgir de la tierra alimentación va-

riada y suficiente. Engendró y crió cinco generaciones de gemelos varones, y dividió toda la isla de Atlántida en diez partes, y entregó la casa materna y la parte que estaba alrededor, la mayor y mejor, al primogénito de los mayores y lo nombró rey de los otros. A los otros los hizo gobernantes y encargó a cada uno el gobierno de muchos hombres y una región de grandes dimensiones. A todos les dio nombre: al mayor y rey, aquel del cual la isla y todo el océano llamado Atlántico tienen un nombre derivado; porque el primero que reinaba entonces llevaba el nombre de Atlante. Al gemelo que nació después de él, al que tocó en suerte la parte extrema de la isla, desde las Columnas de Heracles hasta la zona denominada ahora en aquel lugar Gadirica, le dio en griego el nombre de Eumelo, pero en la lengua de la región, Gadiro. Su nombre fue probablemente el origen del de esa región. A uno de los que nacieron en segundo lugar lo llamó Anferes, al otro, Evemo. Al que nació primero de los terceros le puso el nombre de Mneseo y al segundo, Autóctono. Al primero del cuarto par le dio el nombre de Elasipo, y el de Méstor, al posterior. Al mayor del quinto par de gemelos le puso el nombre de Azaes y al segundo, el de Diáprepes. Todos éstos y sus descendientes vivieron allí durante muchas generaciones y gobernaron muchas otras islas en el océano y también dominaron las regiones interiores hacia aquí, como ya se dijo antes, hasta Egipto y Etruria.

La estirpe de Atlas llega a ser numerosa y distinguida. El rey más anciano transmitía siempre al mayor de sus descendientes la monarquía, y la conservaron a lo largo de muchas generaciones. Poseían tan gran cantidad de riquezas como no tuvo nunca antes una dinastía de reyes ni es fácil que llegue a tener en el futuro y estaban provistos de todo de lo que era necesario proveerse en la ciudad y en el

resto del país. En efecto, aunque importaban mucho del exterior a causa de su imperio, la mayoría de las cosas necesarias para vivir las proporcionaba la isla; en primer lugar, todo lo que, extraído por la minería, era sólido o fusible, y lo que ahora sólo nombramos –entonces era más que un nombre la especie del oricalco que se extraía de la tierra en muchos lugares de la isla, el más valioso de todos los metales entre los de entonces, con la excepción del oro– y todo lo que proporciona el bosque para los trabajos de los carpinteros, ya que todo lo producía de manera abundante y alimentaba, además, suficientes animales domésticos y salvajes. En especial, la raza de los elefantes era muy numerosa en ella. También tenía comida el resto de los animales que se alimenta en los pantanos, lagunas y ríos y los que pacen en las montañas y en las llanuras, para todos había en abundancia y así también para este animal que es por naturaleza el más grande y el que más come. Además, producía y criaba bien todo lo fragante que hoy da la tierra en cualquier lugar, raíces, follaje, madera, y jugos, destilados, sea de flores o frutos. Pero también el fruto cultivado, el seco, que utilizamos para alimentarnos y cuanto usamos para comida –denominamos legumbres a todas sus clases– y todo lo que es de árboles y nos da bebidas, comidas y aceites, y el que usamos por solaz y placer y llega a ser difícil de almacenar, el fruto de los árboles frutales, y cuantos presentamos como postres agradables al enfermo para estímulo de su apetito, la isla divina, que estaba entonces bajo el sol, producía todas estas cosas bellas y admirables y en una cantidad ilimitada. Como recibían todas estas cosas de la tierra, construyeron los templos, los palacios reales, los puertos, los astilleros y todo el resto de la región, disponiéndolo de la manera siguiente.

En primer lugar, levantaron puentes en los anillos de

mar que rodeaban la antigua metrópoli para abrir una vía hacia el exterior y hacia el palacio real. Instalaron directamente desde el principio el palacio real en el edificio del dios y de sus progenitores y, como cada uno, al recibirlo del otro, mejoraba lo que ya estaba bien, superaba en lo posible al anterior, hasta que lo hicieron asombroso por la grandeza y la belleza de las obras. A partir del mar, cavaron un canal de trescientos pies de ancho, cien de profundidad y una extensión de cincuenta estadios hasta el anillo exterior y allí hicieron el acceso del mar al canal como a un puerto, abriendo una desembocadura como para que pudieran entrar las naves más grandes. También abrieron, siguiendo la dirección de los puentes, los círculos de tierra que separaban los de mar, lo necesario para que los atravesara un trirreme, y cubrieron la parte superior de modo que el pasaje estuviera debajo, pues los bordes de los anillos de tierra tenían una altura que superaba suficientemente al mar. El anillo mayor, en el que habían vertido el mar por medio de un canal, tenía tres estadios de ancho. El siguiente de tierra era igual a aquél. De los segundos, el líquido tenía un ancho de dos estadios y el seco era, otra vez, igual al líquido anterior. De un estadio era el que corría alrededor de la isla que se encontraba en el centro. La isla, en la que estaba el palacio real, tenía un diámetro de cinco estadios. Rodearon ésta, las zonas circulares y el puente, que tenía una anchura de cien pies, con una muralla de piedras y colocaron sobre los puentes, en los pasajes del mar, torres y puertas a cada lado. Extrajeron la piedra de debajo de la isla central y de debajo de cada una de las zonas circulares exteriores e interiores; las piedras eran de color blanco, negro y rojo. Cuando las extrajeron, construyeron dársenas huecas dobles en el interior, techadas con la misma piedra. Unas casas eran simples, otras mezclaban las pie-

dras y las combinaban de manera variada para su solaz, haciéndolas naturalmente placenteras. Recubrieron de hierro, que usaban como si fuera pintura, todo el recorrido de la muralla que circundaba el anillo exterior, fundieron casiterita sobre la muralla de la zona interior, y oricalco, que poseía unos resplandores de fuego, sobre la que se encontraba alrededor de la acrópolis.

El palacio dentro de la acrópolis estaba dispuesto de la siguiente manera. En el centro, habían consagrado un templo inaccesible a Clito y Poseidón, rodeado de una valla de oro: ése era el lugar en el que al principio concibieron y engendraron la estirpe de las diez familias reales. De las diez regiones enviaban cada año hacia allí frutos de la estación como ofrendas para cada uno de ellos. Había un templo de Poseidón de un estadio de longitud y trescientos pies de ancho. Su altura parecía proporcional a estas medidas, puesto que tenía una forma algo bárbara. Recubrieron todo el exterior del templo de plata, excepto las cúpulas, que revistieron de oro. En el interior, el techo de marfil, entremezclado con oro, plata y oricalco, tenía una apariencia multicolor. Revistieron las paredes, columnas y pavimento de oricalco. Dentro del templo colocaron imágenes de oro: el dios de pie sobre un carro llevaba las riendas de seis caballos alados y tocaba, a causa de su altura, el techo con la cabeza; lo rodeaban cien Nereidas sobre delfines –pues los de aquel entonces creían que eran tantas–. En el interior había muchas otras estatuas que eran exvotos de particulares. Afuera, alrededor del templo, había estatuas de oro de todos, de las mujeres y de los hombres que habían pertenecido a la familia de los diez reyes, así como muchos otros exvotos grandes de los reyes y de particulares de la ciudad y de todas las regiones exteriores que dominaban. Había un altar que concordaba en su grandeza y su manufactura con esta

construcción. El palacio, igualmente, se adecuaba a la grandeza del imperio, así como al orden alrededor del templo. Para utilizar las fuentes de agua fría y caliente que por naturaleza tenían una abundante cantidad de agua en sabor y calidad excelente para el uso, construyeron alrededor edificios, hicieron plantaciones de árboles adecuadas a las aguas, levantaron cisternas al aire libre e invernales cubiertas para los baños calientes –aparte las reales, las públicas y las privadas, además de otras para mujeres y otras para caballos y el resto de los animales de tiro– y ordenaron convenientemente cada una de ellas. Dirigieron la corriente de agua hacia el bosque sagrado de Poseidón –múltiples y variados árboles de belleza y altura sobrenatural por la calidad de la tierra– y hacia los círculos exteriores por medio de canales que seguían la dirección de los puentes. Habían construido en aquel lugar muchos templos para muchos dioses, muchos jardines y muchos gimnasios, unos de hombres, otros, separados, de caballos, en las dos islas de los anillos. Además, en el centro de la isla mayor había un hipódromo de un estadio de ancho colocado aparte, cuya extensión permitía que los caballos compitiesen libremente en todo el perímetro. Alrededor de éste había, aquí y allí, casas de guardia para la mayoría de guardianes. La guardia de los más fieles estaba dispuesta en el anillo más pequeño y más cercano a la acrópolis, y a los que más se distinguían en su fidelidad les habían dado casas dentro de la acrópolis en torno a los reyes. Los astilleros estaban llenos de trirremes y de todos los artefactos correspondientes, todo adecuadamente preparado. Los alrededores de la casa de los reyes estaban arreglados de la siguiente manera: cuando se atravesaban los puertos desde fuera –que eran tres–, una muralla se extendía en círculo, a partir del mar –a cincuenta estadios por todas partes del anillo mayor y de su puer-

to– y se cerraba en la desembocadura del canal en el mar. Muchas casas poblaban densamente toda esta zona; la entrada del mar y el puerto mayor estaban llenos de barcos y comerciantes llegados de todas partes que, por su multitud, ocasionaban vocerío, ruido y bullicio variado de día y de noche.

Ahora ya tenemos casi recordados la ciudad y los alrededores de la antigua edificación, tal como se describieron entonces. Debemos intentar recordar el resto de la región, cómo era su naturaleza y la forma en que estaba ordenado. En primer lugar, se decía que todo el lugar era muy alto y escarpado desde el mar, pero que los alrededores de la ciudad eran llanos, suaves y planos, circundados a su vez de montañas que llegaban hasta el mar. Esta llanura era de forma oblonga y tenía por un lado tres mil estadios y dos mil en el centro desde el mar hacia arriba. Esta zona de la isla estaba de cara al viento sur, de espaldas a la constelación de la Osa y protegida del viento norte. Entonces se loaba que las montañas que la rodeaban superaban por su número, grandeza y belleza a todas las que hay ahora y que tenían en ellas muchas ricas aldeas de vecinos, ríos, lagos y prados que daban alimento suficiente a todos los animales, domésticos y salvajes, bosques variados en cantidad y especies que proveían abundantemente para todas y cada una de las obras. La naturaleza y muchos reyes, con su largo esfuerzo, habían conformado la llanura de la siguiente manera. En su mayor parte era un cuadrilátero rectangular, y lo que faltaba para formarlo lo habían corregido por medio de una fosa cavada a su alrededor. Aunque la profundidad, ancho y longitud que le atribuyeron eran tan grandes, sin contar con las otras obras, que resulta increíble para algo hecho por las manos del hombre, debemos decir lo que escuchamos. Habían cavado una profundidad de cien pies; el

ancho era en todos lados de un estadio y, como había sido cavada alrededor de toda la llanura, su longitud era de diez mil estadios. Tras recibir las corrientes que bajaban de las montañas y rodear la llanura, llegaba a la ciudad por ambos lados y allí dejaba fluir el agua al mar. Desde su parte superior habían abierto canales rectos de cien pies de ancho que corrían a lo largo de la llanura hasta desembocar nuevamente en la fosa que daba al mar y distaban entre sí cien estadios de distancia uno de otro. Así bajaban a la ciudad la madera de las montañas y proveían con barcos el resto de los productos estacionales, ya que habían abierto comunicaciones transversales de unos canales a otros y hacia la ciudad. Cosechaban la tierra dos veces por año, en invierno con las aguas provenientes de Zeus, y en verano conducían desde los canales las corrientes que produce la tierra.

En cuanto al número, estaba dispuesto que cada distrito de la llanura con hombres útiles para la guerra proveyera un jefe. La extensión del distrito era de diez veces diez estadios y los distritos eran sesenta mil. Se decía que la cantidad de hombres de la montaña y del resto de la región era innumerable; todos estaban distribuidos en estos distritos y asignados a jefes según las zonas y las aldeas. Estaba reglamentado que cada jefe proveyera en caso de guerra la sexta parte de un carro de guerra hasta diez mil carros, dos caballos y jinetes, además de un par de caballos sin carro, un infante con escudo pequeño y el guerrero que lucha sobre el carro y conduce los dos caballos, dos hoplitas, arqueros y honderos, también dos cada uno, lanzadores de piedras y lanceros con armamento ligero, tres cada uno, y cuatro marineros para cubrir la tripulación de mil doscientas naves. Así estaba dispuesto lo concerniente a la guerra en la ciudad real, lo de las nueve restantes lo estaba de otra manera que llevaría mucho tiempo relatar.

Lo relativo a los puestos de gobierno y los honores estuvo ordenado desde el principio de la siguiente manera. Cada uno de los diez reyes imperaba sobre los hombres y sobre la mayoría de las leyes en su parte y en su ciudad, y castigaba y mataba a quien quería. El gobierno y la comunidad de los reyes se regían por las disposiciones de Poseidón tal como se las transmitían la constitución y las leyes escritas por los primeros reyes en una columna de oricalco que se encontraba en el centro de la isla en el templo de Poseidón, donde se reunían bien cada lustro, bien, de manera alternativa, cada seis años, para honrar igualmente lo par y lo impar. En las reuniones, deliberaban sobre los asuntos comunes e investigaban si alguno había infringido algo y lo sometían a juicio. Cuando iban a dar el veredicto se daban primero las siguientes garantías unos a otros. Rogaban a Poseidón que tomara la ofrenda sacrificial que le agradara de entre los toros sueltos en su templo y ellos, que eran sólo diez, lo cazaban sin hierro, con maderas y redes. Al que atrapaban lo conducían hacia la columna y lo degollaban encima de ella, haciendo votos por las leyes escritas. En la columna, junto a las leyes, había un juramento que proclamaba grandes maldiciones para los que las desobedecieran. Tras hacer el sacrificio según sus leyes y ofrecer todos los miembros del toro, llenaban una crátera y vertían en ella un coágulo de sangre por cada uno. El resto lo arrojaban al fuego una vez que habían limpiado la columna. Luego, mientras extraían sangre de la crátera con fuentes doradas y hacían una libación sobre el fuego, juraban juzgar según las leyes de la columna y castigar si alguien hubiera infringido algo antes, y, además, no infringir intencionalmente, en el futuro, ninguna de las leyes escritas, ni gobernar ni obedecer a ningún gobernante, excepto a aquel que ordenara según las leyes del padre. Una vez que cada uno de ellos hu-

bo prometido esto de sí y de su estirpe, bebido y dedicado la fuente como exvoto en el templo del dios y se hubo ocupado de la comida y de las otras necesidades, cuando llegaba la oscuridad y se había enfriado el fuego sacrificial, se vestían con un bellísimo vestido púrpura y se sentaban en el suelo junto a las ascuas del juramento sacrificial. Durante la noche, tras apagar el fuego que se encontraba alrededor del templo, eran juzgados y juzgaban si alguien acusaba a alguno de ellos de haber infringido alguna ley. Cuando terminaban de juzgar, al hacerse de día, escribían los juicios en una tablilla de oro y la ofrendaban como recuerdo junto con las vestimentas. Había muchas otras leyes especiales acerca de los honores de cada uno de los reyes; lo más importante: no atacarse nunca unos a otros y ayudarse todos en caso de que alguien intentara destruir la estirpe real en alguna de sus ciudades, y tomar en común, como antes, las determinaciones concernientes a la guerra y a otras actividades, bajo la conducción de la estirpe de Atlante. Ningún rey podía matar a ninguno de sus parientes, si no contaba con la aprobación de más de la mitad de los diez.

Según el relato, tan gran potencia y de tales características existente entonces en aquellas zonas ordenó y envió el dios contra nuestras tierras por la siguiente razón. Durante muchas generaciones, mientras la naturaleza del dios era suficientemente fuerte, obedecían las leyes y estaban bien dispuestos hacia lo divino emparentado con ellos. Poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido, ya que aplicaban la suavidad junto con la prudencia a los avatares que siempre ocurren y unos a otros, por lo que, excepto la virtud, despreciaban todo lo demás, tenían en poco las circunstancias presentes y soportaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro y de las otras posiciones. No se equivocaban, embriagados por la vida licenciosa, ni per-

dían el dominio de sí a causa de la riqueza, sino que, sobrios, reconocían con claridad que todas estas cosas crecen de la amistad unida a la virtud común, pero que con la persecución y la honra de los bienes exteriores, éstos decaen y se destruye la virtud con ellos. Sobre la base de tal razonamiento y mientras permanecía la naturaleza divina, prosperaron todos sus bienes, que describimos antes. Mas cuando se agotó en ellos la parte divina porque se había mezclado muchas veces con muchos mortales y predominó el carácter humano, ya no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron; y al que los podía observar les parecían desvergonzados, ya que habían destruido lo más bello de entre lo más valioso, y los que no pudieron observar la vida verdadera respecto de la felicidad, creían entonces que eran los más perfectos y felices, porque estaban llenos de injusta soberbia y de poder. El dios de dioses Zeus, que reina por medio de leyes, puesto que puede ver tales cosas, se dio cuenta de que una estirpe buena estaba dispuesta de manera indigna y decidió aplicarles un castigo para que se hicieran más ordenados y alcanzaran la prudencia. Reunió a todos los dioses en su mansión más importante, la que, instalada en el centro del universo, tiene vista a todo lo que participa de la generación y, tras reunirlos, dijo...

Ateniense Quede, pues, ello así; pero ¿cuál diremos que es el origen del régimen político? ¿No será partiendo de aquí como se podrá comprender el mismo régimen con la mayor facilidad y perfección?

Clinias ¿Partiendo de dónde?

Ateniense De donde se ha de observar siempre el progreso de la ciudad que camina ya hacia la virtud, ya hacia el vicio.

Clinias ¿Y desde dónde es ello, según tú?

Ateniense Pienso que desde una infinita extensión de tiempo con los cambios ocurridos en el mismo.

Clinias ¿Cómo lo entiendes?

Ateniense Mira, ¿puedes calcular la cantidad del tiempo pasado desde que existen ciudades y hay hombres regidos políticamente?

Clinias No es cosa fácil en modo alguno.

Ateniense Es, pues, algo inmenso e incalculable.

Clinias Como tú lo dices, sin duda alguna.

Ateniense Así, pues, en ese tiempo, ¿no tendremos miles y miles de ciudades surgidas, y, conforme al mismo cálculo de cantidad, un número no menor de destruidas? ¿No habrá pasado muchas veces cada una a su vez por toda clase de regímenes políticos? ¿No se habrán hecho en unos casos de pequeñas grandes y en otros de grandes pequeñas, o peores de mejores y mejores de peores?

Clinias Por fuerza.

Ateniense Captemos, pues, si está a nuestro alcance la causa del cambio; quizá ello nos muestre el primer origen y transformación de los regímenes políticos.

Clinias Dices bien, y tenemos que esforzarnos, tú en declarar lo que piensas sobre ello y nosotros en seguir tu razonamiento.

Ateniense ¿Os parece por ventura que los antiguos relatos encierran alguna verdad?

Clinias ¿Qué relatos?

Ateniense Los de que el género humano ha perecido muchas veces por diluvios, epidemias y otras muchas cosas de este tipo, y que tras ellos sólo sobrevivió un corto número de individuos de nuestra especie.

Clinias Muy cierto, todo el mundo tiene eso por enteramente digno de fe.

Ateniense Bien, pues pensemos en una de esas muchas catástrofes, la ocurrida con el diluvio.

Clinias ¿Y qué hemos de pensar sobre ella?

Ateniense Que los que entonces escaparon a la ruina debieron de ser algunos pastores montaraces, mezquinas brasas del linaje humano salvadas en las cumbres de los montes.

Clinias Evidente.

Ateniense Y cierto es que esos hombres no tuvieron experiencia de las artes en general ni de los tamaños de las gentes de la ciudad para aventajarse y triunfar sobre los demás, ni sobre los restantes maleficios que suelen concebir unos contra otros.

Clinias Es natural.

Ateniense ¿Y no hemos de suponer que las ciudades establecidas en los llanos o cerca del mar quedaron destruidas de arriba abajo en aquella ocasión?

Clinias Pensémoslo así.

Ateniense ¿Y no hemos de declarar en consecuencia que perecieron todos los instrumentos de trabajo, y que, cuanto había sido descubierto con afán en las artes, en la política y en cualquier otra ciencia, todo se fue a pique entonces? ¿Cómo, en efecto, óptimo amigo, si estas cosas hubieran permanecido en todo tiempo en la misma disposición que ahora, se hubiera hecho alguna vez algún nuevo descubrimiento?

Clinias Lo ocurrido es que, después de quedar ocultas durante miles y miles de años a los hombres de entonces, hace uno o dos milenios se les revelaron, las unas a Dédalo, las otras a Orfeo, otras más a Palamedes, las relativas a la música a Marsias y a Olimpo, lo de la lira a Anfión, y a otros otras muchas cosas que podemos decir nacidas anteayer o ayer mismo.

Ateniense Bien está, por cierto, Clinias, el haberte olvidado de tu amigo, nacido ni más ni menos que ayer.

Clinias ¿Hablas, acaso, de Epiménides?

Ateniense Sí, de él hablo, pues os resultó, amigo, sobresaliente entre todos por aquel invento que de palabra presagió Hesíodo en lo antiguo y que él realizó plenamente, según vosotros decís.

Clinias Así lo decimos, en efecto.

Ateniense Por tanto, ¿afirmaremos que, ocurrida la catástrofe, las circunstancias de los hombres eran éstas: una soledad inmensa y terrible, una enorme extensión de rica tierra y, desaparecidos los demás animales, algunas reses, acaso algún ganado cabrío que habría sobrevivido, y aun éstas escasas al principio para sustentar la vida de sus pastores?

Clinias ¿Qué duda cabe?

Ateniense ¿Y de ciudad, de régimen político, de legislación, temas que ahora nos ocupan, creéis que tenían, podemos decir, siquiera algún recuerdo?

Clinias De ningún modo.

Ateniense Así, pues, ¿de aquella situación ha nacido para nosotros todo lo actual, ciudades, regímenes, artes, leyes y también mucha malicia y mucha virtud?

Clinias ¿Cómo lo entiendes?

Ateniense ¿Podemos pensar, varón singular, que los hombres de entonces, sin experiencia en las muchas cosas hermosas que se dan en la ciudad ni en la multitud de sus contrarias, llegaron a ser cumplidos en la virtud y en el vicio?

Clinias Muy bien expresado; ya entendemos lo que quieres decir.

Ateniense Así, pues, andando el tiempo y propagándose nuestro linaje, ¿avanzó hasta alcanzar todo totalmente el presente estado de cosas?

Clinias Exactísimo.

Ateniense Pero no fue ello de pronto, sino poco a poco y en un larguísimo lapso de tiempo.

Clinias Es muy natural.

Ateniense Y pienso que nació en todos ellos un gran temor a bajar de las alturas a los llanos.

Clinias ¿Cómo no?

Ateniense ¿Y no se verían con gusto unos a otros en aquel tiempo a causa de su mismo corto número, habiendo desaparecido por lo demás, podemos decir que totalmente, juntamente con las artes, los medios de transporte para encaminarse al mutuo encuentro por tierra y por mar? El congregarse, en efecto, pienso que apenas era posible; el hierro y el bronce y toda la minería había perecido arrastrada en masa, de modo que había una total dificultad de extraer tales cosas, y además tenían escasez de madera de construcción. Porque si algún instrumento había quedado en las montañas, pronto se gastó y desapareció, sin que pu-

diera haber otros hasta que llegase de nuevo a los hombres el arte de los metales.

Clinias ¿Y cómo pudo ser ello?

Ateniense ¿Cuántas generaciones creeremos que pasaron hasta que eso ocurrió?

Clinias Muchísimas, evidentemente.

Ateniense Así, pues, ¿también las artes que necesitan del hierro, del bronce y de cualquier otro elemento semejante desaparecerían entonces durante el mismo tiempo y aún más?

Clinias ¿Qué duda cabe?

Ateniense Y, asimismo, tanto la sedición como la guerra habían desaparecido en aquella época por muchas razones.

Clinias ¿Cómo?

Ateniense Primeramente se amaban y querían bien unos a otros por causa de su soledad; en segundo lugar, el alimento no era para ellos objeto de disputa. No había escasez de pastos, salvo tal vez para algunos al principio, y era del pastoreo de lo que principalmente se sustentaban en aquel tiempo; de leche y carne, en efecto, no estaban faltos en modo alguno; también por la caza se procuraban una no escasa ni mala comida. Por lo demás, tenían abundancia de vestido y de mantas, de viviendas y de los enseres que se emplean en el hogar y otros usos. En efecto, las artes del modelado y las textiles no necesitan en absoluto del hierro; y estas dos clases de arte las dio Dios a los hombres para que se procuraran todo eso y, cuando llegaran a la crítica situación descrita, el género humano pudiera procrear y acrecentarse. Por todo ello no eran realmente indigentes, ni se veían obligados por su inopia a enemistarse entre sí; pero ricos tampoco pueden hacerse nunca los hombres no teniendo oro ni plata, como a ellos entonces les sucedía. Por otro lado, aquella sociedad en que no hay ni riqueza ni in-

digencia es la que puede abrigar más nobles costumbres: en ella no surgen la violencia ni la injusticia, ni los celos ni las envidias. Eran buenos por todo esto y, según se dice, por su simplicidad, porque, oyeran cosa buena o mala, todo lo creían en su sencillez enteramente verdadero y se dejaban persuadir. Nadie alcanzaba por su propia listeza a sospechar una mentira como ahora, sino que, creyendo verdad cuanto se contaba acerca de los dioses y los hombres, acomodaban a ello su vida, por lo cual eran en todo tales como los acabamos de describir.

Clinias A éste y a mí nos parece lo mismo.

Ateniense Declaremos, pues, que una multitud de generaciones, pasando su vida del modo dicho, debieron de ser más inhábiles y rudas que las anteriores al diluvio y que las actuales en las artes en general y particularmente en las de la guerra, que ahora se practican tanto por tierra como por mar; y asimismo en las que son propias y exclusivas de la ciudad, llamadas procesos y sediciones, que se ingenian con toda clase de recursos con palabras y obras para dañar y atropellar a los demás: eran ellos más sencillos y viriles y al mismo tiempo más sensatos y más justos en todo; la razón de todo ello ya la dejamos explicada.

Clinias Dices bien.

Ateniense Pues que lo dicho y las consecuencias que de ello saquemos nos sirvan para comprender cuál era la utilidad de las leyes para los hombres de entonces y quién era su legislador.

Clinias Muy bien dicho.

Ateniense ¿No es cierto que esos hombres no tenían necesidad de legisladores y que la legislación no solía darse aún en aquellos tiempos? En efecto, los nacidos en esa época del ciclo no conocen la escritura, sino que viven ateniéndose a las costumbres y a las llamadas normas patrias.

Clinias Así es de creer, por lo menos.

Ateniense Pero había ya un modo de régimen político, que era el siguiente.

Clinias ¿Cuál?

Ateniense Me parece que en general al régimen de aquel tiempo se le da el nombre de señorío, el que aún existe en muchos sitios entre los griegos y entre los bárbaros; también Homero cuenta que éste se había dado en la vida de los Cíclopes, pues dijo:

No tienen ellos asambleas deliberantes ni leyes,
sino que habitan las cimas de las altas montañas
en las cóncavas grutas, y cada uno da normas
a sus hijos y esposas, sin preocuparse de los demás.

Clinias Ese vuestro poeta parece haber sido bien agraciado; otras cosas muy finas recordamos de él, aunque no en gran número, pues los cretenses no hacemos gran uso de los poemas extraños.

Megilo Nosotros, en cambio, sí, y en verdad que ése parece superar a los demás poetas; no es, sin embargo, la vida lacedemonia, sino más bien una cierta vida jónica la que constantemente describe. En ese pasaje diríase que atestigua a tu favor vinculando en su fábula el arcaico carácter de aquellos hombres a su propia rustiquez.

Ateniense Cierto, en efecto, que atestigua, y hemos de tomarlo como nuncio de que en algún tiempo se dieron esa clase de regímenes.

Clinias Perfectamente.

Ateniense ¿Y no nacerían aquéllos de las comunidades esparcidas bajo la angustia de las destrucciones en singulares viviendas y familias, en las cuales manda el de mayor edad por haber recibido la autoridad del padre o de la madre y le

siguen los demás formando un solo bando, como las aves, gobernados paternalmente y regidos por la más justa de las realezas?

Clinias Muy cierto.

Ateniense Después de ello he aquí que se congregan en mayor número, formando mayores comunidades, y se dedican al cultivo del campo, primeramente al de las laderas de las montañas; y se construyen en torno unos vallados de piedra, como muros de defensa contra las fieras, completando una habitación común de gran tamaño.

Clinias Es de creer por lo menos que ello sucediera de ese modo.

Ateniense ¿Y qué? ¿No es de creer también esto otro?

Clinias ¿El qué?

Ateniense Que, al producirse estos mayores y más crecidos habitáculos de aquellos otros menores y primitivos, cada una de aquellas pequeñas comunidades se hiciera allí presente por familias con su jefe de mayor edad y sus peculiares costumbres, ya que habían vivido aisladamente; costumbres diferentes según sus diferentes padres y educadores, lo mismo en relación con los dioses que en sus relaciones mutuas; más ordenadas en los de padres más ordenados, más viriles en los de padres más viriles. De ese modo, cada cual modelando conforme a sus predilecciones a sus hijos y a los hijos de sus hijos, vendrían, como decimos, con sus leyes particulares a aquella mayor comunidad.

Clinias ¿Cómo no, en efecto?

Ateniense Y, por otro lado, es fuerza que a cada cual agraden más sus propias leyes y menos las de los otros.

Clinias Así es.

Ateniense Y ciertamente hemos como puesto el pie, sin darnos cuenta, en el principio de la legislación.

Clinias Enteramente.

Ateniense Como quiera que sea, es necesario que a continuación los así reunidos elijan de entre sí algunos hombres para el común, que, observando las prácticas de todos, pongan claramente las que de ellas les agradan más ante los ojos de los jefes y rectores de los pueblos, como si se tratara de reyes, y las sometan a su aceptación. Esos hombres serán llamados legisladores y, estableciendo a estos otros como gobernantes, harán de aquella pluralidad de jefaturas una aristocracia, o tal vez una realeza, y vivirán dentro de ese régimen así transformado.

Clinias De cierto que así se desarrollarían a continuación las cosas.

Ateniense Expliquemos ahora la producción de la tercera clase de régimen político: en ella se dan ya todas las formas y accidentes de los regímenes y también de las ciudades.

Clinias ¿Cuál es ése?

Ateniense El que después del segundo señaló también Homero cuando declaró que el tercero nació de este modo, y dice:

...fundó Dardania
pues todavía la sagrada Ilión
no estaba construida en la llanura, ciudad de hombres
de voz articulada,
sino que habitaban en la ladera del Ida de muchas fuentes.

Estos versos, en efecto, los dice el poeta, igual que dijo aquellos otros sobre los Cíclopes, en consonancia de algún modo con la divinidad y la naturaleza; porque el linaje de los poetas, siendo sin duda también algo divino e inspirado en sus cantos, alcanza una vez y otra, con la ayuda de ciertas Gracias y Musas, muchas cosas de las realmente sucedidas.

Clinias Bien es cierto.

Ateniense Sigamos, pues, adentrándonos en el mito que se nos ha presentado; acaso hallemos en él alguna indicación en relación con nuestro propósito. ¿Procede así?

Clinias Enteramente.

Ateniense Fue fundada, pues, Ilión, decimos, mediante el traslado desde las alturas a un llano grande y hermoso, sobre una colina no elevada y entre multitud de ríos que tomaban sus corrientes desde arriba, del Ida.

Clinias Así lo cuentan, ciertamente.

Ateniense ¿Y no hemos de creer que eso sucedió muchísimo tiempo después del diluvio?

Clinias Muchísimo, ¿cómo no?

Ateniense Como quiera que sea, parece que estaban en tremendo olvido de la catástrofe que acabamos de mencionar cuando colocaron su ciudad bajo la exposición de una multitud de ríos que corrían desde las cumbres, confiándose a unas colinas no demasiado altas.

Clinias Es claro que estaban ya a gran distancia de tiempo de aquella calamidad.

Ateniense Y ya entonces pienso que había establecidas otras muchas ciudades al multiplicarse los hombres.

Clinias ¿Qué duda cabe?

Ateniense Y estas otras ciudades hicieron una expedición contra aquélla, probablemente por mar, sirviéndose ya todos sin miedo alguno de éste.

Clinias Así parece.

Ateniense Y después de permanecer allí unos diez años, los aqueos lograron el derrumbamiento de Troya.

Clinias Bien cierto.

Ateniense Ahora bien, en este período de diez años en que Ilión estuvo asediada, la situación de los asediantes todos pasó por muchas desgracias, allá en sus patrias, por las

sediciones de los jóvenes, los cuales, además, no acogieron bien ni en justicia a aquellos guerreros que llegaban a sus ciudades y moradas; antes bien, de todo ello surgieron multitud de muertes, degüellos y destierros: los expulsados volvieron de nuevo, cambiado su nombre de aqueos por el de dorios, por haber sido Dorieo el que congregó en aquella ocasión a los desterrados. Y todo lo que ello siguió, sois ya vosotros, ¡oh lacedemonios!, los que lo tenéis en vuestras leyendas y relatos.

CRONO

Ateniense ...Dícese que mucho antes de las ciudades cuyas formaciones expusimos anteriormente existió un cierto principado y establecimiento sumamente feliz en tiempos de Crono, del que hay una imagen en aquellos que hoy son mejor gobernados.

Clinias Bien necesario será, a lo que parece, el escuchar lo referente a él.

Ateniense A mí así se me muestra; por eso lo he traído en la conversación ante nosotros.

Clinias Has hecho muy bien; y lo harás asimismo completando seguidamente ese mito si en efecto conviene a nuestro propósito.

Ateniense Así se ha de hacer como decís. Hemos recibido una tradición acerca de aquella feliz vida de entonces, de cómo todo se daba abundantemente y por sí mismo. Se cuenta que la causa de ello era tal como ésta: conociendo verdaderamente Crono, como nosotros lo dejamos expuesto, que ninguna naturaleza humana es apta para administrar soberanamente todos los asuntos de los hombres sin henchirse de insolencia e injusticia, puso en consecuencia, como reyes y gobernantes de nuestras ciudades, no a hombres, sino a seres de un linaje más divino y mejor, los genios. Es lo que nosotros hacemos con los rebaños y con todos los ganados mansos: no ponemos a unos bueyes a gobernar a los demás bueyes, ni a unas cabras a las otras cabras, sino que los señoreamos nosotros mismos, que so-

mos de linaje mejor que el suyo. Del mismo modo, el dios, que verdaderamente amaba a los hombres, puso al frente de nosotros un linaje mejor que el nuestro, el de los genios, que con gran comodidad suya y nuestra cuidó de nosotros, nos procuró paz, decoro, buenas leyes y abundancia de justicia, con lo que dejó a las estirpes humanas pacificadas y felices. Y actualmente el mismo razonamiento nos enseña, valiéndose de la verdad, que para aquellas ciudades que no gobierna la divinidad, sino un mortal, no hay escape de los males ni de los trabajos; muéstranos, por el contrario, que debemos imitar por todos los medios la vida que se refiere de la época de Crono, y gobernar nuestras moradas y ciudades obedeciendo pública y privadamente a cuanto hay en nosotros de inmortal, dando nombre de ley a lo dispuesto por la razón. En cambio, si un hombre único o una oligarquía o acaso una democracia cuya alma está tendida hacia los placeres de la concupiscencia y necesita henchirse de ellos –alma que no guarda en sí cosa alguna, antes bien, se halla dominada por un mal morboso de insatisfacción e insaciedad–, gobierna a una ciudad o a un individuo, pisoteando en su gobierno las leyes, no queda, como decíamos ha poco, medio alguno de salvación.

ACTIVIDADES TRAS LA LECTURA

Los mitos platónicos

Una de las características de la época en la que vivió Platón es que las personas utilizaban constantemente mitos, es decir, relatos más o menos largos con los que pretendían explicar algunas de las características fundamentales de la sociedad en la que vivían, el origen de la humanidad y del mismo universo, u otros temas que preocupaban a los seres humanos: para qué estamos aquí, qué nos espera después de esta vida, si es que algo nos espera, cuál es nuestro destino... Cada cultura ha tenido sus propios mitos: los griegos, los hindúes, los mayas, los zulúes, los vikingos... Los más cercanos a nuestra cultura son los mitos griegos y parte de los mitos del próximo oriente que fueron incluidos en la Biblia.

En casi todas las bibliotecas suele haber colecciones de mitos antiguos; dado su carácter narrativo, su lectura suele ser muy amena. Lee, por ejemplo, el mito de Prometeo, el del nacimiento de Zeus, el de Perseo, o algún otro de la cultura griega. Es posible también que hayas visto alguna película basada en la mitología griega *(Jasón y los argonautas, Furia de Titanes...).*

–¿Cuál es el personaje principal? Describe sus características fundamentales.

–¿Hay otros personajes importantes en el relato? ¿Quiénes y cómo son?

–¿Qué hechos nos narra?

–¿Crees que está intentando explicar algo? ¿Qué?

–¿Crees que está intentando enseñarnos algo? ¿Qué?

En muchos cuadros del arte europeo se recogen diversas escenas de la mitología griega. Puedes verlos en algún museo de pintura, o reproducidos en algún libro de arte. Después de ver algunos de los cuadros con escenas mitológicas, selecciona el que más haya llamado tu atención.

–Resume brevemente el mito que aparece en el cuadro.

–¿Qué es lo que más te ha atraído del cuadro?

–¿Por qué se utilizaba tanto la mitología griega en el arte europeo? ¿La utilizaban con el mismo sentido que los griegos?

–En la época en que fueron pintados esos cuadros, la gente conocía los mitos griegos. ¿Por qué ahora ya no forman parte de nuestra cultura cotidiana?

No parece ser que en estos momentos haya mitos parecidos, ni siquiera conocemos bien los mitos clásicos de los griegos y los romanos. Cuando empiezan a escribir los filósofos griegos, allá por el siglo VI a. C., éstos van abandonando los mitos como medio adecuado de explicación. Platón los sigue utilizando, pero quizás en un sentido diferente. Él mismo, después de relatarnos la alegoría sobre el destino de las almas en el *Fedón* (ver páginas 61 a

68), dice: «Desde luego que el afirmar que esto es tal cual yo lo he expuesto punto por punto, no es propio de un hombre sensato. Pero que existen esas cosas o algunas otras semejanters en lo que toca a nuestras almas y sus moradas, una vez que está claro que el alma es algo inmortal, eso me parece que es conveniente y que vale la pena correr el riesgo de creerlo así –pues es hermoso el riesgo–, y hay que entonar semejantes encantamientos para uno mismo, razón por la que yo hace un rato ya que prolongo este relato mítico».

Aquí justifica Platón por qué recurre al mito: son temas difíciles, que exceden el sentido común. Pero son temas importantes y por eso hay que esforzarse por darles alguna respuesta. ¿Estarías de acuerdo con Platón? Si no encontramos una respuesta clara para un problema que nos preocupa, ¿sería mejor guardar silencio y decir simplemente que no conocemos la respuesta?

–Puedes, por ejemplo, leer el relato que ofrece la Biblia sobre la creación del universo en el libro del *Génesis*, capítulo 1; vuelve a leer a continuación el mito del Demiurgo que narra Platón en el *Timeo*; por último, lee en algún libro de ciencias cómo explican hoy día los científicos el origen del universo.

¿Cuáles son las principales diferencias entre estas tres explicaciones? ¿En qué se parecen? ¿Crees que son incompatibles?

¿Es posible que, aunque los tres traten de lo mismo, estén intentando explicar problemas diferentes?

¿Cuál de las tres te parece más convincente? ¿Por qué?

La sociedad griega

Se ha dicho con bastante frecuencia que la filosofía nació en Grecia porque allí se daban algunas condiciones que favorecían el que un grupo de personas pudieran ponerse a pensar en los temas propios de la filosofía y hacerlo además con la forma y el estilo que posteriormente serán característicos de la filosofía, o más en general, de cierta actitud racional que marcará para siempre a la sociedad occidental.

Busca algún buen libro de geografía, con un atlas de Europa, y busca también alguna información sobre la historia de Grecia en el período llamado clásico, es decir, entre los siglos IX y II a. C. Procura ver imágenes del paisaje griego, y en especial de los alrededores de Atenas, incluyendo, como es lógico, los restos que han quedado de aquella época. También puedes intentar contemplar alguna de las obras de arte más famosas; algunas son tan famosas que es posible que ya las hayas visto muchas veces.

–La filosofía comenzó en diversas ciudades de la llamada Magna Grecia. Busca los nombres de los filósofos griegos más importantes y el lugar en el que nacieron y/o enseñaron. Señala en un mapa del Mediterráneo dónde se encuentran esos lugares.

–Platón vivió muchos años, ¿puedes mencionar algunos acontecimientos importantes que ocurrieran durante esos años en el mundo en el que él vivía?

–Los griegos son famosos por haber introducido un sistema de organización política democrático. ¿Quiénes fueron los fundadores de ese sistema? ¿Cuáles eran las prin-

cipales características de la democracia griega? ¿Se parecen a las de la democracia actual de tu país?

También es famoso el arte griego, que ha sido imitado en diversos momentos de la historia del arte occidental. Localiza algunas reproducciones fotográficas de obras de arte griego (por ejemplo, el Partenón, el Discóbolo, la Venus de Milo, el Laoconte...). ¿Te gustan esas obras de arte? ¿Dirías que son bellas?

–Los griegos aportaron grandes ideas en el campo de las matemáticas, sobre todo de la geometría; algunas las has estudiado ya y otras las estudiarás más adelante (o quizás no llegues a estudiarlas nunca). Pregúntale a quien te esté enseñando matemáticas por alguna de esas aportaciones fundamentales. Platón decía que nadie podía entrar en su academia sin saber matemáticas. ¿Por qué crees que daba tanta importancia a las matemáticas?

–También fueron conocidos los griegos por su manera de escribir la historia. En algún momento se ha dicho que con ellos aparece la historia en el sentido en el que nosotros la entendemos ahora. Puedes buscar el nombre de algún historiador famoso griego, y leer algunos párrafos o un breve capítulo de sus obras. ¿Se parece a la historia que tú aprendes? ¿Cómo entendían los griegos la historia?

–Por último, podemos fijarnos en otro campo en el que los griegos hicieron aportaciones muy importantes, que tuvieron una gran repercusión en la historia posterior: su forma de practicar la medicina. Todavía los médicos siguen manejando el juramento que Hipócrates hizo, en el que expresaba las obligaciones fundamentales de un médico. La próxima vez que vayas al médico pregúntale si tiene el juramento de Hipócrates y procura leerlo. ¿Consideras que ése debe ser el comportamiento de los médicos? ¿Quitarías o añadirías algo al juramento de Hipócrates?

La filosofía de Platón

Aunque no es el primer filósofo, sí es posible que sea el primer gran filósofo, al menos porque escribió bastantes obras y en ellas trató casi todos los problemas que después han preocupado a los filósofos. Desde luego es el primer filósofo griego del que nos han quedado sus obras. Su pensamiento ha ejercido una enorme influencia en toda la historia del mundo occidental, en parte porque fue recogido por los cristianos para expresar algunas de sus creencias. Tras la lectura de los mitos de Platón, tendrás ya alguna idea de su filosofía, pero es conveniente que busques alguna información para poder tener una idea general más completa. Puedes recurrir también a la autobiografía que escribió Platón en su Carta VII. Eso te permitirá hacer un breve resumen contestando, entre otras posibles, las siguientes preguntas:

–¿A quiénes llamamos filósofos presocráticos?

–¿Quién fue Sócrates?

–¿Quiénes eran los sofistas con los que polemiza Platón?

–¿Qué problemas fundamentales quería resolver Platón?

–¿Cuál fue su relación con los sofistas y con Sócrates?

–¿Qué papel desempeñan los sentidos y la razón en el conocimiento humano?

–¿Por qué conocer es recordar?

–¿Qué relación existe entre el cuerpo y el alma?

–¿Qué son las ideas y qué es el mundo de las ideas?

–¿Cuáles son las virtudes fundamentales que debe poseer un ser humano?

–¿Cómo debe ser una sociedad justa?

RECUERDA: en las seis últimas preguntas se trata de que contestes como hubiera contestado Platón.

Los seres humanos

Algunos de los mitos incluidos en este libro intentan explicarnos cómo somos los seres humanos, cuáles son las características fundamentales que poseemos y que nos convierten en seres distintos a todos los demás seres que puedas encontrar. Eso es lo que se intenta, por ejemplo, en la alegoría del tronco alado que escribe en el *Fedro.*

¿En qué se diferencian los seres humanos de otros seres?

Platón establece en el mito de Prometeo y Epimeteo las diferencias fundamentales entre animales y seres humanos; lo que en él expone puede ayudarte a realizar la actividad que aparece a continuación. En el cuadro de la página siguiente aparecen una serie de actividades y cuatro columnas con cuatro tipos de seres. Señala en cada casilla si esa actividad la realiza el grupo de seres correspondiente.

	Plantas	Aves	Mamíferos	Seres humanos
Comer				
Crecer				
Construir casas				
Reír				
Volar				
Amar				
Soñar				
Resolver problemas				
Pensar				
Respirar				
Tener derechos				
Vestirse				
Jugar				
Llorar				
Reproducirse				
Saber lo que está bien y lo que está mal				
Hablar				

–De todas esas actividades, ¿hay alguna que realice solamente el ser humano?

–¿Se te ocurre alguna otra que nos diferencie a los seres humanos de todos los demás?

–¿Y otras que hagamos tanto los seres humanos como los otros seres?

–¿Hay algunas actividades que hagamos todos, pero que las hagamos de forma distinta?

–¿En esas actividades que hacemos todos, existirían diferencias de grado o de clase?

–Utilizando la lista anterior, pero añadiendo lo que

consideres necesario, elabora una lista de diez características que te definen a ti mismo como un ser humano. Procura que haya tanto características físicas como de comportamiento. Una característica, por ejemplo, puede ser que andas sobre dos piernas; otra que puedes leer.

¿Qué es lo más valioso de nosotros mismos?

Una vez que hayas terminado tu lista, ordénala por orden de importancia; es decir, pon en primer lugar la característica que te parece más valiosa, aquella que te perjudicaría más si la perdieras, y ve enumerando las demás, hasta llegar a la que consideres menos importante. ¿Has podido establecer la jerarquía de tus características como ser humano, o es imposible porque todas o algunas son igualmente importantes? En todo caso, procura argumentar tus respuestas.

En la alegoría del tronco alado, Platón expone su propia manera de entender ese orden de las características del ser humano. Para él, lo más importante que poseemos es la razón, la capacidad de conocer; después vendrían la fuerza, el valor, el coraje; por último estarían los deseos y apetitos diversos, como pueden ser hambre, sed, deseos sexuales... En la alegoría, Platón nos dice que el auriga (la razón) debe dirigir a los dos caballos (la fuerza y el deseo). Por debajo de todo esto, Platón considera que está el cuerpo humano, con todas sus características y necesidades.

–¿Coincide en algo esta jerarquía de Platón con la que tú has elaborado? Si coincide, ya habrás expuesto las razones que tienes para establecer ese orden.

–Si Platón propone un orden distinto al tuyo, ¿en qué crees que se puede basar? ¿Cuáles pueden ser las razones que dé para justificar su jerarquización?

¿Estamos formados por cuerpo y alma?

Platón repite en varios de los mitos recogidos en este libro que las personas estamos formadas por cuerpo y alma, siendo esta última la que en realidad nos define, y siendo el cuerpo una especie de cárcel en la que está encerrada el alma, algo que pone más dificultades que facilidades a nuestra vida. Es posible que hoy día más que de la diferencia entre cuerpo y alma se hable de la diferencia entre mente y cerebro. No es lo mismo, pero en ambos casos se alude a que en las personas hay algo más claramente material y tangible, y algo más espiritual y más difícil de definir.

–¿Es lo mismo la mirada que los ojos?

–Existe una frase que dice: «La cara es el espejo del alma». ¿Qué crees que significa?

–¿Es posible que en alguna ocasión sigas haciendo algo a pesar de estar muy cansado?

–¿Qué diferencia hay entre estar desmoralizado y estar agotado?

–¿Y entre estar cansado y estar desanimado?

–¿Es lo mismo una lesión cerebral que una enfermedad mental?

La inmortalidad

Platón es uno de los primeros filósofos en afirmar que los seres humanos somos inmortales: terminada la vida corporal en este mundo, nuestra alma sigue viviendo, bien sea en el mundo de las ideas o en otros seres. Aquí hemos incluido varios mitos en los que habla de ese tema intentando convencernos de su idea de que existe otra vida; puedes intentar seleccionar primero las ideas fundamentales que expone. En cualquier breve historia de la filosofía o en un buen diccionario enciclopédico puedes encontrar algo más de información sobre lo que decía Platón.

Otros autores en la filosofía así como algunas religiones, por ejemplo la cristiana o la musulmana, han hablado también de la inmortalidad de los seres humanos, explicándola de diversas formas. Quizás pueda interesarte obtener más información sobre ese tema y sobre cómo lo plantean de formas diferentes.

Hoy día sigue siendo un asunto muy discutido y que suscita cierto interés. Hay mucha gente que considera que existe otra vida después de ésta, y el tema ha sido tratado en alguna película famosa, como *Ghost*. Otros consideran que no hay nada después de la muerte.

–¿Has visto o leído algo sobre el tema?

–¿Qué es lo que más te ha llamado la atención?

–¿Consideras que hay vida después de la muerte?

–¿En qué argumentos puedes basar tu contestación?

–¿En qué se parece y en qué se diferencia tu posición de la que mantiene Platón?

–¿Qué argumentos puede tener el que piensa lo contrario de lo que tu mantienes?

–¿Cómo podrías refutar estos argumentos?

–En el caso de que afirmes la existencia de otra vida, ¿cómo sería? ¿Duraría para siempre? ¿Habría un lugar para los que han sido buenos y otro para los que han sido malos? ¿Nos reencarnaríamos en otros seres?

Dado que es un tema muy polémico, con posturas claramente enfrentadas, puede ser mucho más interesante si lo discutes con tus amistades o en la propia clase, procurando organizar un debate en el que cada grupo defienda su propia postura, buscando previamente toda la información que pueda ayudarle a hacerlo.

La belleza

Al hablar del amor, y en muchos otros lugares de su obra, Platón habla de la belleza, un tema que interesaba mucho a los griegos, y que también sigue interesándonos a nosotros.

En una historia del arte busca la imagen de algunas esculturas clásicas del mundo griego, por ejemplo, el Discóbolo de Mirón, el Auriga de Delfos, la Venus de Milo.

–¿Te gustan?

–¿Consideras que son bellas?

–¿Sabes en qué consistía el canon de belleza de los griegos?

–¿Crees que puede haber un modelo ideal de belleza?

–¿Existe en la actualidad un modelo de belleza?

–En caso de que exista, ¿es igual, parecido o diferente al que tenían los griegos?

–Cuando te vistes por la mañana, ¿pretendes estar bello?

–¿Crees que la gente acude a gimnasios y se hace la cirugía estética porque quiere ser bella?

–Si fuera así, ¿significaría que intentan imitar un cierto modelo ideal de persona bella?

–¿Se puede medir la belleza?

–¿Qué criterios se emplean en los concursos de belleza?

Puedes a continuación buscar en revistas que tengas a mano tres fotos, una de un paisaje, otra de una persona y otra de un cuadro, pero es necesario que consideres que las tres son bellas.

–¿En qué te has basado para realizar la selección?

–¿Por qué has rechazado otras, o has considerado que no eran bellas?

–¿Puedes ofrecer algún argumento que justifique tu elección?

–¿Crees que te han gustado porque son bellas?

–¿O dices que son bellas porque te gustan?

–¿Puede que existan cosas que te gustan pero que no son bellas?

–¿Puede que haya cosas bellas que no te gustan?

–¿Hay alguna que te parezca bella ahora, pero que no te lo pareciera hace unos años?

–Pídele a un compañero que realice la misma selección que tú. ¿Coincide con la tuya? Sería bueno que discutieras con esa persona sobre las elecciones de ambos.

–Si no coincide su elección con la tuya, ¿se trata de que

tenéis gustos diferentes? ¿Se debe acaso a que no hay cosas bellas, sino sólo personas que deciden que unas cosas son bellas?

–¿Crees que existen personas que tienen mal gusto?

La belleza es un concepto que no resulta fácil definir y que no siempre es apropiado utilizar. Hay además otros términos próximos que pueden ayudar a aclarar su significado.

A continuación aparece una serie de palabras relacionadas con la belleza y la fealdad. Hay tres columnas: una para la belleza, otra para la fealdad y una tercera intermedia. Coloca cada una de las palabras en la columna de la palabra con la que más relación guarde:

hermoso	vulgar	espantoso	encantador
grotesco	lindo	peculiar	deforme
bonito	extravagante	agraciado	ordinario
llamativo	raro	repulsivo	trivial
sugerente	precioso	primoroso	guapo
encantador	atractivo	mono	basto
desagradable	horrible	esperpento	perfecto

BELLO	?	FEO

Hay un último aspecto que plantea Platón y que sería bueno discutir. En los *Diálogos*, Platón, siguiendo a Sócrates, suele establecer una distinción entre la belleza exterior y la interior. Es decir, considera que puede haber personas no muy agraciadas físicamente y, por tanto, no muy bellas, pero que son muy bellas interiormente.

–¿Estás de acuerdo con Platón?

–¿Consideras que una persona puede ser físicamente perfecta, pero no ser bella?

–¿Hay personas bellas aunque no sean físicamente agraciadas?

–¿Es lo mismo una persona bella que una bella persona?

–En el caso de que estés de acuerdo con Platón, ¿cómo explicas esa diferencia?

El amor

El amor es un tema muy importante en la filosofía de Platón. De hecho, como sabes, filosofía significa en griego «amor a la sabiduría». Platón intenta explicarnos qué es el amor, precisamente para dar cuenta de la importancia que tiene para los seres humanos, y lo relaciona con la belleza. En este libro hemos recogido unos relatos sobre el amor que aparecen en un diálogo de Platón dedicado expresamente a este tema.

–¿Qué dicen estos relatos sobre el amor?

–¿Expresan los tres las mismas ideas o son diferentes?

–¿Hay alguna oposición entre lo que dicen los tres relatos o son complementarios?

–¿Consideras que es una exposición adecuada sobre el amor o crees que habría que añadir o quitar algo?

El amor ha sido un tema al que se ha dedicado una gran atención: muchas novelas, poesías, canciones, películas, se han centrado en mostrar, analizar, ensalzar o criticar el amor. Es seguro que conoces algunas de ellas, incluso es bastante probable que haya alguna canción, poesía o película con la que te sientas especialmente identificado.

–¿Dice esa canción o poesía lo mismo que dice Platón?

–¿Añade algo diferente o se trata de una visión distinta sobre el tema?

–¿Has probado alguna vez a escribir tú una poesía sobre el amor? Mucha gente lo ha hecho; si tú no la has escrito todavía, podrías intentarlo ahora.

No es fácil hablar del amor, ni definirlo.

–De todas las palabras que figuran a continuación, señala cuáles forman parte del amor y cuáles no. Intenta también decir cuáles reflejan las características más importantes del amor:

admiración	entusiasmo	querer
afecto	cariño	enamoramiento
deseo	pasión	caridad
entrega	ternura	abnegación
respeto	amistad	solidaridad

simpatía	altruismo	inclinación
ilusión	estimación	

También es cierto que empleamos la palabra amor en situaciones muy diferentes y para hablar de relaciones muy distintas.

–¿Podrías explicar en qué se diferencian y en qué se parecen el amor a:

a) los animales
b) los padres
c) la naturaleza
d) los amigos
e) tu pareja
f) tu nación
g) ti mismo
h) el dinero?

–¿Es posible que sólo en alguno de esos casos estemos utilizando la palabra «amor» de forma correcta y en otros sólo de forma metafórica?

–¿Es posible que en cada uno de los casos se puedan aplicar algunas de las palabras mencionadas antes, pero no todas, y diferentes palabras para cada caso?

–¿Si hay diferencias importantes, por qué aplicamos en todos los casos la palabra «amor»?

Estas mismas preguntas puedes intentar responderlas para aclarar el significado de la palabra amor en las siguientes expresiones:

a) Desgraciado en el juego, afortunado en amores.
b) Haré esto de mil amores.
c) El amor es ciego.

d) Cristo dijo: Amaos los unos a los otros.

e) Luis tiene muy poco amor propio.

f) Estaban sentados al amor de la lumbre.

g) No me gusta trabajar por amor al arte.

h) ¡Déme usted una limosna, por amor de Dios!

i) Haz el amor, no la guerra.

j) Julia y Andrés se amaban profundamente.

k) Él fue el gran amor de su vida.

La ciudad ideal

El relato que incluye Platón sobre la Atlántida es uno de los relatos que más fortuna han tenido en la historia de la literatura occidental. Desde entonces se ha discutido mucho si existió efectivamente esa ciudad o fue solamente una ficción de Platón. Ha habido discusiones sobre su posible lugar de emplazamiento y se han organizado algunas expediciones arqueológicas para intentar averiguar dónde se encontraba. Quizás quieras conocer algo más sobre el tema, y no te será difícil encontrar información en alguna enciclopedia.

Al margen de si existió o no la Atlántida, desde luego a Platón le interesaba mucho lograr una ciudad ideal, lo que en su época era lo mismo que decir un Estado ideal. La Atlántida puede entenderse como un posible modelo narrativo de esa ciudad, a la que además Platón dedica más atención en otros diálogos. La *República*, posiblemente el más importante y más conocido, es todo un estudio y propuesta de cómo se debería organizar una ciudad para que funcionara bien y en ella los ciudadanos

pudieran llegar a ser plenamente personas. Es más, Platón se dedicó algún tiempo a la política para llevar a la práctica sus ideas, pero no le fue muy bien y renunció. Desde Platón, otros autores se han preocupado también de intentar mostrar cómo sería la ciudad, o la sociedad ideal, siendo muy conocidos los autores del Renacimiento; Tomás Moro, con su libro *Utopía,* retomó la idea de la ciudad ideal y dio comienzo a un género de ensayo que ha recibido el nombre de su obra: el género utópico. Sin duda ya sabes algo de las utopías y quizás te interese encontrar más información, lo cual no te será muy difícil.

Procura fijarte en la ciudad en la que vives:

–¿Vive mucha gente en ella?
–¿Hay muchos o pocos coches?
–¿Están las calles limpias?
–¿Hay jardines y plazas públicas bien cuidados?
–¿Es fácil ir en transporte público?
–¿Existen suficientes instalaciones deportivas?
–¿Existen suficientes lugares para el tiempo libre: cines, teatros, discotecas, bares, restaurantes...?
–¿Hay algún museo? ¿Está bien organizado?
–¿Hay bibliotecas públicas o privadas a las que puedas acudir para consultar un dato o leer un libro?
–¿Hay un hospital? ¿Es público o privado?
–¿Hay colegios suficientes? ¿Públicos? ¿Privados?

Éstas son sólo algunas de las cosas en las que podrías fijarte, pero puedes ampliar la lista intentando describir lo mejor que puedas tu ciudad, y pensando no sólo en lo

que a ti te interesa, sino en lo que puede interesar a otras personas. Piensa, por ejemplo, en lo que necesitarían las personas ancianas, o los niños, o quienes tienen alguna incapacidad física. Piensa igualmente en lo que necesitas para estudiar, para pasar el tiempo libre, o en lo que podrás necesitar el día de mañana para trabajar y, si quieres, formar una familia.

–¿Has conocido otras ciudades?

–¿Dirías que son mejores o peores que la tuya?

–¿Qué es lo que menos te gusta de tu ciudad?

–¿Qué es lo que más te gusta?

–¿Crees que se podrían cambiar las cosas, suprimiendo las que no te gustan y consiguiendo las que consideras importantes?

–Si fueras el alcalde de tu ciudad, ¿que cambiarías?

Es posible que no sea nada fácil cambiar una ciudad que ya está funcionando desde hace muchos, muchos años. Por eso Platón y los autores de utopías prefieren describir una ciudad ideal, algo que comienza totalmente de nuevo, para que así pueda servir de modelo. Describen cómo sería la ciudad que a ellos les gustaría.

Tú también puedes intentar hacer lo mismo. Elige una de las siguientes posibilidades:

–Imagínate que emprendes un viaje con unos amigos y, después de perderte en un lugar muy intrincado, terminas llegando a una ciudad que nadie en la Tierra conoce y en la que todo es perfecto, tal y como a ti te gustaría que fuera. Haz una descripción, lo más detallada posible, de cómo

sería esa ciudad, cómo serían los edificios, las calles, cómo vivirían las personas, cómo sería el paisaje...

–Imagínate que vas en un barco y éste va a hundirse por culpa de una grave tormenta. Tus amigos y tú lográis meteros en una barca de salvamento y remando llegáis a una isla desierta, en la que podéis encontrar todo lo necesario para vivir. Os quedáis viviendo allí y comenzáis a edificar una ciudad desde el principio. Describe con algún detalle qué es lo que haríais y cómo procuraríais organizar la ciudad.

–Imagínate que te han seleccionado para participar en el primer viaje espacial intergaláctico. Es posiblemente un viaje sin retorno, dadas las enormes distancias y la inseguridad de que se pueda volver. Al cabo de un tiempo de viaje, llegáis a un planeta hasta entonces desconocido en la Tierra. Al aterrizar allí, os encontráis con una civilización humana muy desarrollada en la que todo funciona bien y es perfecto. Describe cómo sería esa nueva civilización, incluyendo cuál sería el aspecto físico de los habitantes.

–Vas a fallecer dentro de unos meses porque tienes una enfermedad importante. Como ya existen las técnicas adecuadas, decides que te congelen para que vuelvan a descongelarte en el momento en que se conozca una curación para tu enfermedad. Lo hacen así y en el año 2120, cuando existe ya el remedio, te descongelan. Al volver a la vida, estás en tu misma ciudad, pero, gracias a muchos adelantos de diverso tipo, es una ciudad mucho mejor que la actual, en la que casi no hay problemas de ninguna clase y la gente vive bien. Describe cómo será tu ciudad, ya casi perfecta, en el año 2120.

En todas las actividades anteriores se te pedía que pensaras en tu ciudad. Puedes hacerlas exacta-

mente igual, pero pensando en tu comunidad autónoma o en tu país. No olvides que para un griego de la época de Platón las ciudades eran ciudades estado y en cierto sentido equivalían a las naciones o estados actuales, aunque más pequeñas.

Las clases sociales

Una de las propuestas fundamentales de Platón para que la ciudad funcione bien es que cada persona ocupe el lugar para el que esté capacitado y haya sido educado. Si todos cumplen con lo que se espera de ellos, la ciudad funcionará bien, será una ciudad justa y todos vivirán bien. Él distingue tres clases sociales:

–Artesanos, encargados del trabajo básico en la agricultura y en los diferentes oficios; es la clase más numerosa;

–Guerreros, encargados de defender la ciudad contra posibles enemigos;

–Gobernantes, encargados de dirigir la ciudad; sólo unos pocos, los filósofos, pueden ser gobernantes.

En todos los libros de sociología se analiza la estratificación social, es decir, el hecho de que en las sociedades se puede clasificar a las personas según el lugar que ocupan y según la importancia de ese lugar dentro de la sociedad. De todas formas no se ponen del todo de acuerdo, y si buscas algo de información, verás que es así. Todo depende muchas veces de los criterios que se utilicen para establecer la clasificación. A continuación aparecen algunos de esos criterios:

poder político	creencias religiosas
poder militar	grupo étnico
riqueza	estilo de vida
propiedades	nivel de ingresos
trabajo	lazos familiares
grado de educación	...

Procura fijarte en la sociedad en la que vives para contestar las siguientes preguntas:

–¿Existen en tu sociedad clases sociales?

–¿Cuáles serían?

–¿Qué criterios, de los anteriores, son los que has utilizado para decidir las clases que existen?

–¿Sería mejor que las clases existieran siguiendo otros criterios?

–¿Es posible que en tu propia sociedad se puedan hacer varias clasificaciones utilizando diferentes criterios?

–¿Crees que esos criterios son los mismos en otras sociedades?

–¿Crees que las personas que pertenecen a una de esas clases son más respetadas simplemente por pertenecer a esa clase?

–¿Te parecen mejores las clases que has detectado en tu sociedad que las que propone Platón?

–¿Sería mejor una sociedad en la que no hubiera clases sociales?

Platón no sólo propone varias clases; propone también todo un proceso educativo para conseguir formar a las personas que van a ocupar una determinada posición social. En otras sociedades, el lugar que se ocupaba dependía del nacimiento, como

ocurría en la Edad Media en Europa o en el sistema de castas de la India en la actualidad. Es decir, en el supuesto de que deba haber clases y que hayamos decidido cuáles deben ser, se trata ahora de saber qué lugar ocupará o deberá ocupar cada persona en su respectiva sociedad.

–¿Qué crees que es lo más importante para pertenecer a una determinada clase social: la familia en la que se ha nacido; los estudios que se han hecho; el dinero que se ha logrado ganar o conseguir en la vida; la propia capacidad personal...?

–¿Ocupan en general las personas el lugar que se merecen por su capacidad personal?

–¿Es posible cambiar de trabajo sin cambiar de clase social?

–¿Es posible cambiar de ingresos económicos sin cambiar de clase social?

–¿Si en algún momento te tocan mil millones de pesetas en un sorteo, cambiarías de clase social?

–¿Cuando eligen a un trabajador para ser miembro de las Cortes, crees que cambia de clase social?

–¿Resulta sencillo cambiar de clase social?

–¿Qué es más sencillo, ascender en la escala social o descender? (Puedes suponer que para contestar esta pregunta debes resolver primero qué se entiende por estar más arriba o más abajo en la escala social.)

–¿Crees que debería haber políticas sociales que favorecieran el que las personas pudieran pasar de una clase a otra?

Los políticos y la política

De todo lo que has ido sabiendo de Platón al leer estos relatos, te habrás fijado en la importancia que daba a la vida política y, de forma especial, a los políticos. Platón pensaba que en su época había muchos políticos corruptos o incompetentes y que, para mejorar la sociedad, era muy importante que llegaran a gobernar los mejores, es decir, personas con una sólida formación y con un elevado nivel de vida moral. Al menos en dos de estos relatos habla directamente del gobernante ideal. Aunque Platón y los griegos de su época tenían una idea de la política como algo más amplio que en la actualidad, podemos centrar nuestra actividad en la política y los políticos en sentido estricto, tal y como ahora los entendemos: aquellas personas que se dedican de forma casi exclusiva a la actividad política (concejales, alcaldes, diputados, senadores, ministros y otros miembros del gobierno, presidente del gobierno, jefe de estado, altos cargos de los partidos políticos...). Dejamos fuera, aunque se podrían incluir, a personas que, sin ser políticos profesionales, inciden directamente en la vida política: líderes sindicales, propietarios de medios de comunicación, representantes del mundo empresarial...

–¿Podrías mencionar el nombre de algún concejal de tu ciudad? ¿Y de algún consejero de tu comunidad? ¿Y de algún ministro del gobierno?

–¿Y el nombre del alcalde? ¿Y el del presidente de tu comunidad autónoma? ¿Y el del presidente del gobierno?

–¿Sabes cuántos partidos políticos tienen representan-

tes en tu ayuntamiento? ¿Y en la comunidad autónoma? ¿Y en España?

–¿Conoces el nombre de algún diputado? ¿Y el de algún senador?

–¿Has oído hablar de algunos problemas recientes relacionados con los políticos: financiación de los partidos políticos; adjudicación de contratos a empresas; favores a amigos o familiares...?

–¿Conoces algún político extranjero, bien sea de Europa o de otros continentes?

–¿A qué actividades se dedican los políticos?

Si no has podido responder a casi ninguna de las preguntas anteriores, parece que queda claro que, por el momento, la actividad de los políticos no es uno de los temas que te interesan, por lo que difícilmente vas a hablar mucho sobre las preguntas que figuran a continuación. Es frecuente que el interés por la vida política comience bien pasada la adolescencia. Puede darse el caso, sin embargo, de que estés más informado, con lo que la discusión puede ser interesante. O bien puede ser que aproveches la ocasión para empezar a informarte; lo primero que puedes hacer es preguntar en tu casa, durante la comida o en otro momento, para que te expliquen un poco cómo funciona; puedes también buscar alguna información en algún libro asequible; incluso puedes dirigirte directamente a tu ayuntamiento, a la sede de algún partido o al mismo parlamento. Seguro que allí te proporcionan bastante información.

–¿Consideras que hay muchos políticos incompetentes o

corruptos, o crees que en general son honestos y trabajadores?

–¿En qué basarías tu opinión?

–¿Crees que hay más personas incompetentes y corruptas en la política que en otras profesiones: empresarios, sindicalistas, profesores, médicos, estudiantes, etc.?

–¿Sería mejor que los políticos sólo ocuparan su cargo durante unos años y no pudieran ser reelegidos indefinidamente?

–¿Es mejor que los políticos no se dediquen a actividades económicas relacionadas con la administración mientras están en el cargo y hasta unos años después de haberlo dejado?

–¿Consideras que los ciudadanos debemos pagar un sueldo a todos los políticos que se dedican a tiempo completo?

–¿Crees que los políticos deben declarar los bienes que poseen antes de ocupar el cargo y después de dejarlo?

–¿Debería obligarse a los políticos a que cumplieran lo prometido en el período electoral?

–¿Deberían las personas que se dedican a la política poseer una formación especial? Si has contestado afirmativamente, ¿qué formación sería?

–Cuando tengas que votar en las próximas elecciones, ¿en qué te vas a fijar para votar a un determinado candidato: presencia física, forma de hablar, partido al que pertenece, promesas electorales, información sobre su actuación anterior a las elecciones...?

–¿Consideras que es importante tener en cuenta el comportamiento de un político en su vida privada o debemos fijarnos estrictamente en su comportamiento en la vida pública?

–¿Cómo te gustaría que fueran los políticos?

–¿Sería mejor que no hubiera políticos?

–¿De ser así, cómo se organizaría la vida del país?

El mito de la caverna

Pocos textos en el pensamiento occidental han tenido tanta fortuna como el mito de la caverna de Platón. Desde que lo escribió, ha sido comentado innumerables veces, y con frecuencia se considera que es un magnífico resumen de todo su pensamiento. Aunque Platón es bastante explícito y desentraña él mismo el significado del mito, eso no impide que exija del lector un esfuerzo de interpretación, lo que provoca que no siempre haya una total unanimidad entre los intérpretes.

Para empezar, sería bueno que intentes realizar un dibujo de la caverna: sitúa a las personas encadenadas, el fuego, la pared, los objetos y sus porteadores, la salida de la cueva... Puedes hacerlo de forma esquemática, como si fuera el plano de tu propia casa, o darle un tono más realista, utilizando si te parece oportuno, colores. Si otros compañeros realizan el mismo dibujo, sería bueno que luego compararais los resultados. Unos serán mejores que otros, pero lo importante es que todos reproduzcan fielmente la descripción realizada por Platón.

–¿Por qué crees que Platón utiliza la imagen de las cadenas para describir las situación de las personas?

–¿Se podría decir que en estos momentos las personas estamos también, en general, encadenadas?

–De ser así, ¿cuáles serían las cadenas en la actualidad?

–¿Es posible que las cosas no sean exactamente como parecen ser?

–Si la situación de los encadenados no parece ser buena, ¿por qué sólo uno decide romper las cadenas?

–¿Es mejor acaso vivir encadenados o no querer saber que lo estamos?

–¿Por qué es tan duro el camino de ascenso hasta salir de la caverna?

–¿Qué dificultades crees que habría que ir superando?

–¿Puedes encontrar situaciones parecidas en la vida de las personas?

–¿Se parece ese difícil proceso de ascenso al que tiene que realizar un deportista para llegar a destacar en su especialidad?

–¿Se parece ese difícil proceso de ascenso al que tiene que realizar un pintor para pintar un cuadro?

–¿Se parece en algo al esfuerzo que tú vienes realizando durante los últimos años de tu vida en la escuela?

–¿Crees que el saber exige un esfuerzo personal constante?

–¿Es correcto comparar, como lo hace Platón, el camino hacia el conocimiento con un proceso de liberación?

–¿Somos más libres cuanto más sabemos?

–¿Por qué crees que después de salir al exterior, un sitio maravilloso, decide volver al interior de la caverna?

–¿Es importante comunicar a los demás lo que hemos descubierto?

–¿Por qué los compañeros pretenden matarlo?

–¿Es corriente que la gente trate mal a las personas que han logrado diferenciarse o destacar?

–¿Conoces lo que le pasó a Sócrates, el maestro de Platón?

–¿Conoces algún otro caso similar en la historia?

POR SI QUIERES SEGUIR LEYENDO

Es posible que algunos de los temas que han aparecido en este libro te hayan llamado la atención y que tengas interés en leer algo más sobre ellos. No siempre resulta sencillo encontrar libros de filosofía fáciles de leer para personas que no están iniciadas en la materia, pero algunas cosas sí son asequibles.

Para empezar, quizás sería bueno ampliar tu conocimiento sobre los mitos. En este caso, la bibliografía es inmensa; son muchas las ediciones de los mitos, y muchos también los libros sobre mitos. Uno que puede ser útil es *Introducción a la mitología griega* de Carlos García Gual (Alianza, Madrid 1992).

También es muy oportuno ampliar tus conocimientos sobre el mundo griego, pero de forma especial sobre la filosofía. Normalmente se puede acudir a historias de la filosofía. Una muy asequible es la de Jostein Gaarder, *El mundo de Sofía* (Siruela, Madrid 1996). Ahí, al hilo de la narración, encontrarás un buen resumen de la filosofía de Platón. Otro breve resumen, bastante asequible, lo tienes en los *Cuentos de la filosofía griega*, de Alicia Esteban y Mercedes Aguirre (De la Torre, Madrid 1997). Lo mismo, pero más en relación con la época y con otras manifestaciones de la cultura griega, lo encontrarás en *Vida y muerte de las ideas.*

Pequeña historia del pensamiento occidental, de José María Valverde (Ariel, Barcelona 1985, 4.ª ed.), y en *Luces y sombras*, de Magdalena García González, Félix García Moriyón e Ignacio Pedrero Sancho (De la Torre, Madrid 1995). Una buena introducción a la filosofía griega es la escrita por Luciano Crescenzo, *Historia de la filosofía griega* (Seix Barral, Barcelona 1997).

Como acabo de comentar, esas obras no resultan muy complicadas y pueden ayudarte a entender mejor los temas de los que habla Platón en sus mitos. Eso sí, a veces no hay nada mejor que el propio autor para entenderlo. Ahí tienes sus *Diálogos*, que en general no son especialmente difíciles, aunque alguno sí tiene cierta dificultad. A lo mejor es el momento de que leas alguno de ellos entero. Platón elaboró una especie de autobiografía en su Carta VII; la puedes encontrar en muchas ediciones de sus obras y es, sin duda, una perfecta introducción a su pensamiento.

Por último, puede ser que quieras alcanzar un conocimiento más profundo de su obra y de lo que en ella significan los mitos. También aquí hay algunos libros de enorme interés, aunque algunos son más difíciles que otros. Puedes empezar por *Los mitos platónicos*, de Geneviève Droz (Labor, Barcelona 1993); incluye algunos de los mitos que aparecen en esta obra y además los comenta y explica. El libro de Marcos Martínez, L. M. Pino y G. Santana: *Los mitos de Platón* (Tenerife 1997) contiene una antología de textos griegos y una bibliografía amplia y actualizada. Más general, pero no más sencillo, es *Leer a Platón*, de Thomas A. Szlezak (Madrid 1997).

ISBN: 84-7844-408-4
Depósito legal: M-29.226-2001
Impreso en Rigorma

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante y promueva este proyecto en su comunidad para que otras personas que no tienen acceso a bibliotecas se vean beneficiadas al igual que usted.

Borre el libro una vez leído

Para otras publicaciones visite:
www.lecturasinegoismo.com
Facebook: Lectura sin Egoísmo
Twitter: @LectSinEgo
o en su defecto escríbanos a:
lecturasinegoismo@gmail.com

Referencia libro: 1850





«Para Platón, el diálogo con los mitos tiene una notoria utilidad: como instrumento didáctico, expone sus ideas con un fresco lenguaje de símbolos. Además, los mitos permiten ir más allá de los razonamientos y avistar paisajes trascendentes, como por ejemplo el destino de las almas en el otro mundo y las ciudades utópicas. Su uso nos obliga también a considerar los límites de la razón empírica frente a la imaginación seductora, y a confiar en esos relatos de fondo mítico para orientar nuestra vida.»

Carlos García Gual

Platón es el primer gran filósofo que nos ha dejado una importante obra escrita que nos responde a esas preguntas fundamentales de la filosofía: ¿Qué es la verdad? ¿Qué es el bien? ¿Qué es la belleza? ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Cuál es nuestro destino final?, etc. Para ello, a veces recurre a los mitos, elaborando unos relatos en los que incita a los lectores a una reflexión tranquila y profunda sobre esas preguntas decisivas de nuestra vida.

Es tanta la capacidad de sugerencia de esos mitos que, en este volumen, se han agrupado los más sugerentes e importantes para obtener una mejor comprensión de lo que, cada uno de ellos, ofrece como reflexión filosófica.

LECTURA Y CULTURA SIN EGOISMOS
BIBLIOTECA
www.lecturasinegoismo.com

